

Jorge Rodríguez Gil

# YO ESTUVE LOCO POR TI



Yo estuve loco por ti

Jorge Rodríguez Gil

*Si tengo ganas de bailar, para qué voy a esperar  
Ahora necesito amor, es mi única ambición.  
Y como yo no sé bailar, a galeras a remar.*

*“Como un burro amarrado en la puerta del baile”*

**(El último de la fila)**

# CONTENTS

[Norma](#)

[Dana](#)

[Elizabeth](#)

[Carla](#)

[Mariana](#)

[Lucía](#)

[Jessica](#)

[Carolina](#)

# Norma

En 1994, gobernaba el Perú Alberto Fujimori, quien ya aspiraba a ser reelegido. Ese mismo año, se celebró con éxito el mundial de fútbol en Estados Unidos, que tuvo como campeón a Brasil, de la mano de su goleador y líder Romario. En el cine, dos películas provocaron la admiración del público y de la crítica: *Forrest Gump*, de Robert Zemeckis, y *Tiempo violentos*, de Quentin Tarantino. En la televisión local, el programa concurso *De dos a cuatro*, conducido por los hermanos Romero, animaba las tardes familiares; y en las noches, en canal 9, la serie *Tatán* y la novela *Los de arriba y los de abajo* arrasaron con el rating. En 1994, el periodista Jaime Bayly publicó también su novela *No se lo digas a nadie* y casi todo Lima, incluso los que nunca habían leído en su vida, compraron veladamente un ejemplar (pirata u original). En las radios, sonaban con fuerza The Cranberries, Vilma Palma e Vampiros y Ricardo Arjona. En diciembre de ese año, una de las canciones de aquel, “Historia de taxi” (para mí, un buen tema), encabezó la lista de las mejores baladas. La protagonista del video se llamaba Norma, una rubia muy guapa, que vive un romance con un melencólico y fornido taxista. Precisamente, la protagonista de esta historia, que viví también por aquella época, cuando aún era un insulso colegial, se llamaba igual.

Debo indicar, en este relato, que el único culpable de lo acontecido no fue ella, sino yo o ese imberbe de escasos quince años que alguna vez fui. Mea culpa de antemano.



Era finales de noviembre del 94 y yo estaba culminando el cuarto de secundaria en un colegio de varones cuyo nombre prefiero olvidar. Lo único que deseaba entonces era terminar de una vez el bendito colegio (estaba hastiado de ver los mismos semblantes todos los días), llegar al metro setenta y siete de estatura (en esa época, medía un metro sesenta y ocho) y, sobre todo, conseguir pareja para mi fiesta de Pre-promoción.

Semanas previas, el único tema de conversación, a la hora de entrada o de salida, en la formación, en los recesos de clase o en los recreos, era la dichosa fiesta, que conllevaba a la inevitable y temida pregunta: “¿Con quién vas a ir?”. A esa edad y más en un colegio de hombres, conseguir una chica simpática para tu fiesta de Pre-promo (que no es una celebración cualquiera) era una cuestión de vida o muerte. Pero para mí, además de eso, era un Vía Crucis. ¿De dónde iba a conseguir pareja si la única mujer con la que había hablado en toda mi vida era mi hermana (una niña de ocho años)? ¿De dónde iba a conseguir pareja si en mi cuadra, que pertenecía a una urbanización nueva, la única *mancha* éramos mi amigo Alex, mi hermano menor y yo? (las pocas chicas de la cuadra eran feúchas y la única chiquilla bonita que había conocido en el verano –a la que vi en cuatro ocasiones e intercambiamos monosílabos alguna vez– no la veía desde hacía meses). Por si fuera poco, ese año me la pasé castigado por mis malas notas y con las justas había salido a reuniones dos o tres veces. Con ese panorama sombrío, encontrar una pareja para llevar al Country Club de Lima –lugar histórico y elegante– era tan difícil como que nuestra selección de fútbol clasificara al mundial. Pero entonces yo, joven candoroso, lo que me sobraba era la esperanza, y cruzaba los dedos y rezaba a diosito para encontrar una chica bonita que quisiera ir.

Faltaba semana y media (la Pre-promo se iba a realizar el siete de diciembre) y no encontraba a nadie. Era una vaina no tener amigas y sobre todo no saber cómo hablar con ellas, ya que salvo las esporádicas fiestas a las que acudía, no tenía la costumbre de hacerlo. Tengo que mencionar, para salvaguardar mi honor, que en aquella época los colegios eran básicamente de varones o de mujeres y los colegios mixtos eran una excepción. Por tanto, conversar con el sexo opuesto, para alguien que venía de un colegio de hombres, representaba un acto de audacia.

La idea, como me sugirió mi madre, de invitar a alguna de mis primas, la descarté de inmediato: no tenía, en la familia, ninguna prima de mi edad lo suficientemente simpática como para llevar a tan importante evento. Además, me daba vergüenza pedir ayuda. Así que un sábado, llevado por la necesidad imperiosa de no pasar el ridículo ante mis “amigos” de colegio, salí con mi

bicicleta a buscar pareja. Sí, así como lo leen: cogí mi bicicleta y comencé a recorrer las calles y los parques aledaños a mi casa con el fin de encontrar a una muchachita que quisiera acompañarme. Recuerdo que eran aproximadamente las cuatro de la tarde e iba en mi montañera Goliath, de franjas rojas y negras; vestía un jean azul, zapatillas marrones y una polera verde. Pedaleé cerca de media hora pero no encontré nada. Las calles parecían desoladas y solo algunos niños y adolescentes tímidos jugaban en las esquinas. Ya empezaba a perder el ánimo, cuando cerca a un parque, ubicado a un par de cuadras de mi casa, observé a tres chicas que caminaban en grupo. Tendrían más o menos mi edad. De las tres, sobre todo, había una que sobresalía: tez blanca, nariz respingada, cabello negro, tierna sonrisa y un gracioso mechón cayendo sobre su frente. Luego de seguir las por unos minutos y comprobar que ella cumplía con mis expectativas, no la pensé mucho y me animé a acercarme (total, qué perdía; además ¡no me iba a quedar sin pareja y luego los papanatas de mis compañeros y mi familia me iban a molestar diciendo que no fui!). Entonces, con culebritas en el estómago, las saludé con voz trémula y les pregunté educadamente si podía acompañarlas. Ellas me miraron sorprendidas, pero luego –al verme nervioso o tal vez parecerles simpático– aceptaron. Ahora que ha pasado el tiempo, me imagino también que accedieron porque ellas, al igual que yo, todavía no habíamos sufrido los desengaños de la vida ni éramos desconfiados. Estábamos más abiertos a conocer personas.

Bajé de la bicicleta y caminé junto a ellas. Dimos un par de vueltas alrededor del parque: una amplia alfombra verde poblada de grandes y frondosos árboles; luego nos sentamos en una de las bancas de cemento. Ellas me contaron que vivían cerca de ahí, a la espalda, y estudiaban en un colegio de la policía. Estaban en segundo y tercero de media. La chica que me parecía simpática se llamaba Norma; la más alta era su hermana mayor (aunque no se parecían); y la otra, delgadita y trigueña, era amiga de ambas. Creo que les caí en gracia, porque me comían a preguntas y mis respuestas les provocaban sonrisas. En un momento, Norma me pidió que le prestara mi bicicleta para pasear y yo acepté complacido. Tras casi una hora, me despedí no sin antes solicitarles el teléfono de alguna de ellas. Para mi suerte, fue Norma la que se animó a darme el suyo, pero como no tenía lapicero, sacó un lápiz labial del

bolsillo de su pantalón y me apuntó su número en la palma de mi mano. Yo me marché emocionado y cuando llegué a casa, le conté lo que pasó a mi primo Óscar –que hacía un par de meses había llegado de Trujillo para estudiar en la universidad–, sin embargo no me creyó; recién me dio crédito, cuando le mostré la marca del pintalabios.

No obstante, aún faltaba lo más importante: tenía que invitar a Norma a la fiesta. Así que el lunes, después de salir del colegio, marqué su número desde un teléfono público. Reconocí su cálida y tierna voz (acababa de cumplir catorce años) y la saludé con ligero nerviosismo. Luego de intercambiar algunas frases protocolares, le pregunté con tono más sosegado, si quería ser mi pareja en la fiesta de Pre-promoción, que era el viernes. Tras una pausa, me respondió que por ella encantada pero, primero, tenía que consultar con sus padres. Me dijo que conversaría con ellos y me llamaría más tarde. Yo estuve de acuerdo y fue así que nos despedimos.

Esa tarde no podía estudiar, mi mente estaba pendiente del teléfono. Como a las siete, el aparato comenzó a repiquetear y corrí raudo a la sala. Era ella. Me saludó con ese bonito timbre que poseía: una voz de niña-señorita, afectuosa y educada, y me anunció que tenía una buena noticia y otra mala. Yo sudé frío cuando escuché lo de “mala” (¿qué iba a hacer si me decía que no?). “¿Cuál quieres escuchar primero?”, agregó con gracia. Yo me quedé mudo de la impresión. Ella se rio y señaló: “Está bien, Miguel, primero te daré la buena: ¡mis padres me han dado permiso!”. Yo me alegré y suspiré aliviado. “¿Y cuál es la mala?”, le pregunté ya más tranquilo. “La mala es que solo voy a poder hasta la medianoche”. Yo que me imaginaba algo peor, contesté: “¡Está bien, Norma, no hay problema!”. Esa noche, nos despedimos y acordamos que la llamaría mañana, para charlar un rato sobre la fiesta.

El martes, al retornar del colegio, bajé en la esquina de la calle donde vivía. Me dirigí a la panadería que estaba a unos cuarenta metros de la casa de Norma y la llamé desde ahí. Me contestó ella y me dijo que ahorita salía, y

que la esperara en la tienda contigua. Minutos después, la vi aparecer desde la esquina de enfrente. Llevaba un jean azul, un suéter color vino y unas zapatillas blancas. Me dirigió una diáfana sonrisa que iluminó su rostro (recién ahora que escribo esto, valoro este bello detalle). Nos saludamos con cariño e ingresamos a la tienda. Compró un chocolate Sublime y me invitó un pedazo. La verdad es que no hablamos mucho (parece que salió sin que su madre lo supiera), pero sí me preguntó cómo iba a ir vestido. “Con terno”, le respondí bobalicón. “¡Ya sé eso. Me refiero al color!”, volvió a interrogar comprensiva. Yo quedé ensimismado. La verdad era que ni siquiera lo había pensado. Había estado tan ocupado en conseguir pareja, que lo último que había proyectado era el color de mi terno y menos si le iba a obsequiar una orquídea. Ella, sin embargo, entendió mi silencio y me miró con afecto. Recuerdo que esa tarde, el sol brillaba como anunciando la llegada del verano. También, que un muchacho de unos diecinueve años, que era ex alumno de mi colegio, pasó por donde estábamos y me reconoció, y al vernos conversando a los dos, como si fuésemos una parejita de enamorados, esbozó una sonrisa de complicidad. Al final, me despedí de Norma y quedamos en que el viernes, a las seis, iría a recogerla a su hogar.

Al día siguiente, el miércoles en la noche, llamaron a mi casa. Era la madre de Norma que solicitó conversar con mi padre. Como les conté, ella estudiaba en un colegio de la policía, ya que su papá era oficial de la institución. Yo, desde mi cuarto, escuchaba lo que ellos charlaban a través del hilo telefónico. Se estaban poniendo de acuerdo sobre nuestra salida. Mi padre le aseguró a la señora que no se preocupara, que su hijo era un muchacho tranquilo y bien educado, y que además eran vecinos; la madre de Norma dio su visto bueno. Finalmente, acordaron que los padres de ella nos llevarían y recogerían de la fiesta.

El jueves asistí feliz y tranquilo al colegio, pues al fin tenía pareja. En un receso de clase, un compañero me preguntó si ya tenía con quién ir. Y ahora no tuve que salir con una evasiva o un embuste, sino que respondí con un sí categórico. En cuanto al terno, mi primo Óscar, que era de mi estatura, se ofreció a prestarme el suyo (uno elegante de color azul marino); y en cuanto a la orquídea, mi madre me compró una.



El viernes, diez minutos antes de las seis, y luego que mi primo me diera algunos consejos, partí a la casa de Norma. Ella vivía a la espalda del parque, en una calle paralela a la mía. Su departamento ocupaba el segundo piso de un edificio de cuatro plantas, de color ladrillo. Me recibió su hermana mayor y me hizo pasar a una pequeña sala bien iluminada. Tomé asiento en un sofá color vino. Ella, muy cordial, me contó que Norma aún se estaba acicalando y que su madre la estaba ayudando. Estuvimos conversando unos minutos hasta que salió Norma. Llevaba un vestido blanco, zapatos del mismo color, un pequeño collar y el cabello recogido. Se le veía contenta y nerviosa, al igual que yo. La saludé y me presentó a su madre y a su padre, un hombre de rostro adusto. Le dije a Norma que se le veía linda, lo cual era muy cierto, y le coloqué en su vestido, ante su sorpresa, una orquídea violeta.

Viajamos en el carro de su padre rumbo al Country Club. El vehículo era un Datsun antiguo, color verde oscuro, e íbamos los dos sentados en la parte posterior. Su madre ocupaba el asiento del copiloto. El Country Club de Lima, el cual entonces solo conocía de nombre, quedaba en San Isidro y era más imponente de lo que imaginaba: un hotel grande y lujoso rodeado de jardines que, en sus buenos tiempos, había sido lugar de encuentro de la aristocracia limeña.

Norma y yo nos despedimos de sus padres, pero antes acordamos que regresaríamos a las doce y media (ella los convenció para quedarnos media hora más). Al ingresar, unos jóvenes anfitriones nos recibieron. Tras saludarnos, nos hicieron pasar a un elegante vestíbulo rodeado de finos muebles y lámparas, con un piso de parqué que relucía, y donde un fotógrafo nos tomó unas imágenes y apuntó nuestras direcciones.

Después pasamos al jardín interior, un lugar bastante amplio, donde había varias mesas prolijamente decoradas y más al fondo un tabladillo que era la pista de baile. No sabíamos dónde ubicarnos, pero después de saludar a

algunos amigos, divisé a tres, con sus respectivas parejas, sentados en una mesa semivacía; me aproximé y me senté junto a ellos. Eran mis compañeros Harold, Julio y el negrito Juan José. La música de moda sonaba en ese momento; yo me coloqué frente a Norma, tal como habían hecho los demás con sus parejas. El ambiente era agradable y me puse a charlar con ella. Al rato, las parejitas comenzaron a llegar en mayor número y a la media hora el recinto lucía atiborrado. En ese momento, los mozos sirvieron la cena, el postre (una copa de helado) y unas jarras de cerveza. Yo le serví a Norma en su vaso; ella me agradeció con una dulce mirada. En otro instante, Harold, que estaba sentado a mi costado, quiso jugarme una broma, y yo irritado porque ella estaba presenciando la escena, le dije disimulado: “¡No jodas!”, y él no volvió a molestar.

Luego de cenar, todavía nadie bailaba. Un chico de otro salón, que conocía, se acercó a nosotros y nos pidió que saliéramos a bailar para animar al resto. Estuvimos de acuerdo con él. Fue así que, unos minutos después, cuando escuché “Mr. Jones” de los Counting Crows, canción que adoraba y tocaba con mi primo todas las noches, me levanté emocionado y saqué a Norma a la pista de baile. Otras parejas nos imitaron.

Esa noche bailamos mucho y la pasamos bien. Ella se hizo amiga de la pareja de Harold y platicaban como si se conocieran de toda la vida. Se encontró también con una amiga de su colegio. Hubo un momento hilarante, cuando estábamos en la mesa descansando y yo –que no quería tomar más cerveza– boté, disimuladamente, el contenido de mi vaso al césped. Pero luego de hacerlo, bajé la mirada y vi que le había salpicado a los zapatos de Norma, y ella, en vez de molestarse, esbozó un mohín y se rio.

Aquella fiesta fue mágica, tengo un grato recuerdo de esa noche. Sin embargo, teníamos que retirarnos temprano y así lo hicimos. A las doce y media en punto partimos. Sus padres nos esperaban en el vetusto auto. En el camino de regreso, Norma, alborozada, contó a sus padres lo que nos había

pasado. Su madre la escuchaba atenta, al igual que yo. Su padre manejaba serio y en estricto silencio. Norma les relató la anécdota de la cerveza y sus zapatos, y nos desternillamos de risa. Finalmente, nos despedimos los dos agradecidos y con la promesa de volvernos a ver.

No obstante, y a diferencia de otras historias que luego viví, el que se portó mal después fui yo. Una vez que en el colegio, pasé la prueba de no estar en la lista de los *monses* que no habían asistido a la fiesta, y pude acudir tranquilo a clases el lunes siguiente, me olvidé de Norma. Es decir, ya no busqué llamarla o siquiera mantener la amistad. El miércoles en la tarde, sonó el teléfono y era ella. Yo acababa de llegar a mi casa, de clases de natación, y me preguntó si podía ir a su departamento en ese momento. Le pedí que me disculpara, que estaba exhausto (en parte, era cierto). Norma, indulgente, me dijo que comprendía y que ya sería para otra ocasión. Yo prometí llamarla el jueves, sin embargo no lo hice. Parecía como si la hubiese borrado de mi mente de un día para otro.

El viernes en la noche, volvió a llamar y me invitó a una fiesta que organizaba un amigo suyo al día siguiente. Tras una breve pausa, con tono serio pero afable, me excusé arguyendo que estaba en exámenes finales. Lo cual era verdad aunque pienso, ahora a la distancia, que si hubiese estado realmente interesado, habría aceptado. Recuerdo que colgué el auricular y mi primo Óscar, que había escuchado la conversación, me preguntó quién era. Le conté y él me señaló en buena onda: “¡No seas tonto, Miguel! ¡Estás perdiendo una chance!”.

Pero hubo una vez más que desairé a Norma, y ahí no tengo perdón. Era la víspera de Navidad. Yo estaba caminando de regreso a casa, luego de comprar un paquete de coheteillos en la tienda de la esquina, y en la puerta me esperaban mi padre y mi primo. Era ya de noche y una bocanada de viento fresco suavizaba el ambiente. En ese momento, de manera sorpresiva, advertí que Norma venía hacia mí desde el otro extremo de la acera. Nos

íbamos a cruzar. Es cierto que me percaté de su presencia solo unos quince metros antes, mas al notar que estaba algo desaliñada (un polo y un short blanco raídos, el cabello despeinado) y observar que mi padre y Óscar me miraban risueños y parecían comentar algo; yo, tarugo, alcornoque, cabeza de chorlito, no la saludé. Me hice el sobrado y pasé de largo, mis ojos hundidos en el piso, a pesar de que ella buscó mi mirada.

Luego de contar lo anterior no tengo palabras para excusarme, asumo toda la responsabilidad. Pero sí puedo decir, en defensa de ese chiquillo de quince años que fui, que a esa edad uno no sabe lo que hace, se es literalmente inmaduro. Y en ese acto torpe, se reflejó lo infantil que era.

Por supuesto que, después de eso, Norma ya no me volvió a llamar. Recuerdo eso sí, haberme topado con ella, fugazmente, unas cuantas veces más. La primera, al año siguiente, en agosto, cuando ya cursaba el quinto de media. Yo estaba en el paradero y vi pasar una movilidad escolar en la que distinguí, a través de la ventana, su rostro. Cruzamos nuestras miradas y alcé mi mano derecha en señal de saludo. Ella me miró no con encono sino con ternura (esas miradas que hablan) y también alzó su mano. Ese gesto decía mucho de ella.

La segunda vez fue a inicios de 1996, en verano, cuando me preparaba para ingresar a la universidad. Yo caminaba por una calle aledaña a su casa, cuando divisé, en una esquina, a Norma abrazada con un chico (uno que sí la valoró). Se le veía radiante. Y aunque no me vio, me alegré por ella.

Y la última, más de diez años después, me la encontré en una *combi* rumbo a mi casa. Ella ya no vivía a la espalda del parque; sin embargo, por la conversación que mantenía con la señora que la acompañaba, y el paradero en el que se bajaron, entendí que se había mudado relativamente cerca. Ese día me sentía triste y escuchaba a los Beatles en mi discman. La distinguí casi

de inmediato: se había sentado frente a mí y nuestras miradas se entrelazaron fugazmente (se le veía simpática, con muy buen semblante). Pensé en hablarle pero como charlaba con esa señora, y además estaba acompañada de unos niños –que parecían sus sobrinos–, me abstuve. Además, luego de tantos años, y de lo que le hice, me pareció tonto preguntarle si se acordaba de mí. Preferí guardar silencio.

Hay algo más que se escapa a lo anterior. A los meses de la fiesta de Pre-promoción, tocaron el timbre de mi casa: era un señor mayor, en una moto, que me entregó las fotos que nos habían tomado aquella vez. Le pagué y me dio tres instantáneas: una en la que aparecía Norma sonriente cogida de mi brazo, teniendo como fondo el elegante vestíbulo del Country Club; y otras dos en las que aparecíamos solos: yo de frente, con rostro circunspecto, la mano izquierda en el bolsillo; y ella, con su vestido blanco, de costado y feliz. Luego, el señor me preguntó dónde vivía Norma. Le indiqué la dirección y me despedí. Eso fue todo.



Ahora que escribo esta historia escucho la canción de Arjona, “Historia de taxi”, e inevitablemente me acuerdo de Norma. Cada vez que escuche esa canción, lo sé, me acordaré de ella. A veces, también, cuando abra el cajón del mueble de mi dormitorio y revise las fotos que guardo conmigo, encontraré esas imágenes que son el único recuerdo de nuestra breve historia (además de este relato que escribo a destiempo). Estimada Norma, si algo te tuviera que decir después de tantos años, es que lo siento, no fue mi intención hacerte daño o comportarme de esa manera tan pueril. Disculpa, aún era un adolescente inmaduro que ingenuamente pensaba que debía tener por enamorada a una modelo o algo así. Ahora que lo veo a la distancia, hubiera sido lindo haberte tenido como amiga, pero a veces uno es tan zopenco que desperdicia oportunidades. Sin embargo, y a pesar de mis calabazas, te recuerdo con cariño y te agradezco que hayas aceptado ir conmigo a esa fiesta. ¡Es uno de los recuerdos más bellos que tengo de mi época de colegial y eso te lo debo a ti! Espero que tú también te quedes con lo positivo y te olvides de mi lado majadero. De repente, al igual que yo, a veces, abres la

c33moda de tu habitaci33n, y al revisar entre tus fotos, te topas con nuestras im33genes. Y al contemplar a esos adolescentes que fuimos y recordar esa inolvidable fiesta, una hermosa sonrisa ilumina tu rostro.

# Dana

Conocí a Dana en el verano de 1996. Acababa de terminar el colegio y estaba preparándome en una academia para ingresar a la universidad. Ahí me había hecho amigo de Kenji, que postulaba a la carrera de Contabilidad, siguiendo la tradición de su familia. Con él teníamos gustos en común: el básquet, los videojuegos, la música. Además, éramos bien tranquilos (pero no aburridos) y, al mes de frecuentarnos, íbamos a las discotecas de Miraflores a conocer chicas. Un día de febrero, me dijo para ir a su casa y en el camino (él vivía en Monterrico, cerca al colegio La Inmaculada) me contó que tenía una hermana y, no sé por qué, pensé que terminaría enamorándome.

La casa de Kenji era de dos pisos, de color blanca. Tenía unas rejas negras en la fachada y un pequeño jardín y un estacionamiento antes de ingresar a la puerta principal. Dos o tres veces a la semana iba a jugar *Super Nintendo* o a escuchar los videos de *MTV* en su cuarto. Recuerdo un día que estábamos jugando un videojuego de fútbol en la salita de la entrada, y su hermana bajó las escaleras y me saludó. No me equivoqué: era simpática como me la había imaginado. Tenía catorce años y se llamaba Dana. Era delgada, de mediana estatura, el rostro ovalado, el cabello negro largo y los ojos color de miel. Ella, al igual que su hermano, poseía ciertos rasgos orientales. Esto se debía a que su madre, que era guapa, tenía ascendencia italiana; mientras que su padre, que corría tabla, era hijo de inmigrantes japoneses.

No sé en qué momento me enamoré de Dana. De lo que sí estoy seguro es que a los pocos meses, ya no iba a la casa de Kenji a jugar videojuegos, sino básicamente para verla. Y me bastaba con escuchar que bajaba las escaleras de madera y saber que me iba a saludar, para sentirme alegre y algo nervioso. Sin embargo yo, que le llevaba casi tres años (que a esa edad es un mundo), hacía mi papel de duro e indiferente y no dejaba asomar el interés que ya empezaba a sentir por ella.



Me di cuenta, definitivamente, que estaba enamorado de Dana porque, cada vez que volvía a mi casa de la universidad (sí, ya habíamos ingresado Kenji y yo), escuchaba en mi walkman rojo el disco “Pies descalzos”, de Shakira, que me hacía recordarla. Además, en ese álbum había una canción sobre una chica que llevaba su nombre.

En agosto, Kenji me informó que iba a celebrar su cumpleaños a mitad de mes. Cumplía dieciocho. También me dijo que su hermana cumplía quince años tres días antes, y sus padres iban a hacer una fiesta para los dos en su casa. Yo, por supuesto, estaba invitado. Desde que recibí la noticia, supe que el día de la fiesta tenía que mostrarle mi interés a Dana; pasar de ser ese chico que solo la saludaba a ser el chico que estaba interesado en ella. La verdad es que no tenía muchos indicios de que le pudiera gustar, salvo una vez que su hermano me invitó al Club El Bosque, de la playa, y ella, ante un comentario mío, me dijo con una sonrisa diáfana: “¡Qué lindo!”.

Recuerdo que en una tienda de regalos compré una pequeña tarjeta y le escribí una dedicatoria que decía más o menos así: “¡Feliz 15 años, a la muchachita más dulce y simpática que he visto!”. Pues bien, esa noche de la fiesta, asistí con un par de amigos del barrio. Los padres de Kenji habían acondicionado una pista de baile en el jardín posterior, con un *disc-jockey* que ponía la música y un joven que repartía sándwiches y bebidas. El ambiente era perfecto.

La primera hora estuve sentado charlando con mis amigos y la veía a ella, en una esquina, con un grupo de su edad: llevaba un jean y una camisa celeste abierta, de mangas largas, que mostraba un polito blanco. En cierto momento, cuando ya había empezado el baile, tomé valor y la saqué a la pista. Bailamos una canción de Los Prisioneros, “Nunca quedas mal con nadie”, y otra de Shakira, “Pies descalzos”. Se la veía linda con el pelo negro

cayendo sobre sus hombros y la manera emocionada en que cantaba la canción: “*Y ahora estás aquí/ queriendo ser feliz/ cuando no te importó un pepino tu destino*”. Entonces, aproveché para sacar la tarjeta y entregársela. Dana sonrió y me agradeció. Se le veía contenta, yo también lo estaba. Bailamos un par de canciones más y nos despedimos con un beso en la mejilla. Eso fue todo, esa noche.

Sin embargo, a esa edad, yo era un chico tímido e inseguro. Por eso, aunque su hermano ya sabía que me gustaba Dana, yo tenía miedo de que ella me rechazara. ¡Nunca me había declarado a una chica y menos me habían dicho que “No”!



Luego de la celebración, seguí visitando la casa de Kenji y, por supuesto, saludaba a Dana cada vez que la veía. Ella me dijo, una tarde, que le había gustado mi presente y yo le respondí “¡qué bien!”, pero no me atreví a decir nada más. La verdad es que no encontraba el momento adecuado ni el valor suficiente para confesarle mi secreto: que me moría por ella. Y así pasaron dos largos meses.

A inicios de noviembre, un sábado como a las tres, recibí una llamada inesperada de Kenji. Me invitó para ir a una fiesta junto con su nueva enamorada (que no era bonita), su hermana y una amiga de ella. La reunión era en su ex colegio *Magíster*, que quedaba cerca al hipódromo.

Esa noche la recuerdo como si hubiese sido ayer. Luego de bailar con Dana un buen rato, nos sentamos exhaustos en el patio. Su amiga se acababa de marchar y Kenji y su enamorada habían desaparecido. Estábamos los dos solos conversando y la abracé. Ella dejó que mi brazo se posara sobre su hombro. Una canción de Oasis (“Wonderwall”) sonaba en ese momento. La miré a los ojos pero, no sé por qué, no le decía lo que en verdad quería.

“Ahorita le digo”, pensaba yo, mas no lo hice y solo la abrazaba y le hablaba nimiedades. A la media hora, Kenji apareció y nos pidió que saliéramos: su padre nos iba a recoger. Ya fuera del colegio, mientras esperábamos, Kenji me miró irritado, como diciendo: “¡No me digas que no le dijiste nada! ¡Qué huevón!”. Y observé a Dana, también circunspecta, que parecía señalarme: “¡Qué monse!”. Fue entonces que comprendí que esa invitación había sido planeada por mi amigo (¿y Dana?) para que yo me declarara. Esa madrugada, no pude dormir.



Después de aquella fiesta, ya casi no tuve oportunidades. Y Dana ya no me miraba igual. Yo seguía, por supuesto, visitando la casa de Kenji y a veces la veía y la saludaba, pero no había siquiera un momento en que estuviésemos solos y pudiéramos platicar. Y así pasaron los días, los meses y el año. No obstante, cada día que pasaba, yo la quería más.

Había noches, en mi habitación, que soñaba despierto que los dos bailábamos “El baile y el salón” del grupo mexicano Cafetacuba: “*Yo que era un solitario bailando/me quedé sin hablar./ Mientras tú me fuiste demostrando/ que el amor es bailar*”. Y yo, al compás de la melodía, la cogía de la cintura, contemplaba fijamente sus ojos (de caramelo), pegaba lentamente mi nariz a su nariz y, por fin, la besaba.

En verano, su familia me invitó al Club El Bosque todo un fin de semana. Hubo una mañana, en que vi a Dana sola jugando básquet en una cancha. Me acerqué y le dije para acompañarla. Estuvimos jugando unos veinte minutos, mientras charlábamos un poco. Sin embargo, la conversación era protocolar, superficial. Ella se mostraba distante conmigo, como si ya no le interesara. El domingo en la tarde, que regresé a mi casa, me sentí triste al ver que ella partía en el carro de su madre; mientras Kenji y yo, íbamos en el auto de su padre. Ni siquiera nos habíamos despedido.



Pero yo...pero yo...seguía muerto de amor por Dana. Para entonces, ya me había cambiado de universidad, en las notas me iba fatal (no tenía ganas de estudiar) y me sentía desorientado, sin rumbo. Un año después de la fiesta en que le mostré mi interés, Kenji me comunicó que festejaría nuevamente su cumpleaños en su hogar. Al escucharlo, me prometí que ese día me sacaría el clavo.

Esa noche llegué decidido a todo. Grande fue mi sorpresa cuando no la encontré. Esperé un buen rato, pero nunca apareció. Luego su hermano me informó que ella se había marchado a un retiro religioso de su colegio. Lo curioso es que ese día, que estaba tan afligido por no verla, terminé, no sé cómo, besándome con una chica que no conocía. Casi toda la fiesta estuvimos en la salita, en penumbra, besándonos y, por un momento, me llegué a olvidar de Dana. Sin embargo, cuando nos despedimos y me quedé a solas con mis amigos, que empezaron a burlarse de mí, sentí pena al pensar en ella.



Era el veinticuatro de diciembre de 1997. Había transcurrido un año y cuatro meses de sus quince años. Y un año y dos meses, de la fiesta en que no me atreví a declararme. Estaba en mi cuarto, solo y aburrido, esperando la llegada de la Navidad (que cada vez poseía menos valor para mí) y solamente tenía cabeza para pensar en Dana y recordarme lo pánfilo que fui. Ese día, a las seis de la tarde, decidí, movido por un impulso repentino y hastiado de mi cobardía, a hacer eso que tenía pendiente conmigo mismo.

Me cambié rápidamente, cogí una carta que le había escrito y un casete con una canción dedicada a ella (“Ángel” de John Secada), y me dirigí a su domicilio. Estaba oscureciendo cuando llegué; me sentía envalentonado. Toqué el timbre y salió Kenji. Le dije que quería hablar con su hermana, que si podía llamarla. Ella apareció casi de inmediato. La saludé y le pedí salir un

momento.

Fuimos a un parque cercano y nos sentamos en el césped al pie de un frondoso árbol. La tenue luz de un poste nos iluminaba. Le entregué la carta y el casete que llevaba conmigo. “¡Espero que te agrade!”, señalé. Luego, sin mayor preámbulo, invadido por un halo de confianza y la urgencia de expresarme, le confesé, mirándola a los ojos, que me gustaba mucho, que la quería desde hacía tiempo, e intenté besarla. Sin embargo, Dana me retiró el rostro educadamente. Se quedó observándome unos segundos y me dijo que estaba sorprendida, que no se lo esperaba. Más ahora. Yo le recalqué que estaba interesado en ella, que siempre lo había estado. Tras una pausa, Dana sugirió que saliéramos para conocernos, ya que a pesar de que nos frecuentábamos cerca de dos años, en el fondo no sabíamos si congeniábamos. Yo terminé por aceptar su propuesta y decidimos salir luego de Año Nuevo.



En el verano de 1998, con el fondo musical de “Todas las flores” de Presuntos Implicados, salí con Dana al cine en cuatro ocasiones. A partir de la segunda cita, decidimos ir a ver *Titanic*, que era un gran éxito de taquilla en ese momento. Sin embargo, siempre que íbamos al cine, en Miraflores, las entradas estaban agotadas y había un mar de gente haciendo cola. Solo en la última salida logramos nuestro propósito.

Normalmente, la rutina era llamarla y quedar para un martes o jueves (ambos estábamos de vacaciones). Luego nos encontrábamos en el Burger King que estaba al costado de la Universidad Ricardo Palma. Su madre la dejaba y, después de comer una hamburguesa o un helado, tomábamos un taxi hasta el cine El Pacífico. Ahí comprábamos las entradas en la boletería y, como aún faltaba para el inicio de la película, nos íbamos a caminar al parque central de Miraflores o a mirar tiendas en la avenida Larco. En una de nuestras salidas, ingresamos a una discoteca (por ese entonces, era usual coleccionar discos) y ella me comenzó a hablar maravillas del grupo Hanson,

conformado por tres hermanos adolescentes. Era tal la pasión con la que hablaba de aquel grupo de moda que yo, aunque tenía poco dinero, le obsequié el álbum. Ella se rehusó al principio, pero al final terminó por aceptar el regalo y me agradeció con una hermosa sonrisa. Otro día (¿o fue el mismo?), me compré el disco de Pedro Suárez Vértiz, “(No existen) Técnicas para olvidar”, y justo cuando estábamos haciendo la cola para entrar al cine, me percaté de que Pedro estaba unos metros delante de nosotros, junto con su novia. Le dije a Dana y ella me alentó a acercarme y a pedirle que me firme el disco. Eso hice y Pedro me escribió una bella dedicatoria que aún conservo: “¡A Miguel y Dana, con mucho cariño!”.

En las cuatro oportunidades que salimos, cada vez que veíamos la cinta escogida, yo intentaba, a mitad de la película, cogerle la mano. Con ese fin, deslizaba lentamente mi mano a través de la oscuridad y entrelazaba mis dedos con los suyos. Mas ella, a los pocos segundos, me retiraba delicadamente su suave extremidad diciendo: “Hace calor”. Y yo me quedaba con un sinsabor, pero con la esperanza de que a la siguiente no me rechazara.

Recuerdo, además, que en la segunda salida vimos una película en la que el protagonista era Mr. Bean, el comediante inglés. Yo me carcajeaba divertido y ella me miraba asombrada y se reía. También se me viene a la mente, la vez que regresamos a su casa en una combi de la línea Chama, aquella de colores rojo y verde. Estábamos sentados adelante, junto al chofer, y conversábamos de lo más entretenidos: yo le conté que me gustaba lo clásico en la música, y ella me dijo que no era de su agrado; sin embargo, cuando escuchamos por la radio “Rapsodia Bohemia” de Queen, y le di como ejemplo de “clásico” esa canción, ella me respondió que también le gustaba y que pensó, en un inicio, que me estaba refiriendo a la música de Beethoven o de Mozart. Finalmente un día, en la boletería, no sabíamos qué película ver. No nos poníamos de acuerdo. Entonces, Dana se acercó a un grupo de chicas (de veinte años o poco más) y les preguntó qué nos recomendaban. Ellas le dieron un par de sugerencias y, tras mirarnos con curiosidad, nos dijeron: “Lo importante es que la pasen bien”. Yo, que estaba a un par de metros, las observé con semblante arisco, pero supe muy bien a qué se referían.

Fue por ese tiempo, que yo había vuelto a ver *La Bamba*. Y estaba fascinado con la cinta, pues además de ser conmovedora, había una canción que se titulaba “Dana”, y que le dedicaba el protagonista (el cantante Ritchie Valens) a su chica. Yo quería conseguir la canción para dedicársela a mi Dana. Pero en ese entonces, no había Google ni Youtube y era difícil encontrarla. Así que, luego de revisar las Páginas Amarillas, llamé a las discotiemendas de la ciudad y pregunté si tenían la banda sonora de la película. A la tercera llamada fue la vencida. Tras conseguir el dinero, fui a la tienda en Larco, compré el disco y se lo regalé en una de nuestras salidas.

Es curioso, hasta el día de hoy evoco cada una de las citas que tuvimos ese verano del 98 (aunque muchas imágenes se entremezclan). Pero, salvo esos intentos medrosos de querer cogerle la mano y sus educados desplantes, no le volví a mencionar que estaba loco por ella. Al menos, no directamente. Claro, ahora que lo pienso, yo sí se lo decía en cada detalle que tenía, en cada gesto o palabra cariñosa, en la manera de tratarla, de estar pendiente de ella. Sin embargo, es cierto que no le dije: “¡Dana, te amo. Quiero estar contigo!”. De repente, ella no dejó que le cogiera la mano, porque, primero, tenía que confesarle que la quería.



Una tarde, que estaba en su cocina (ahora sus papás ya nos dejaban a solas), nos pusimos a charlar sobre *Titanic*, que vimos días antes y nos había gustado. Yo hice una broma al respecto y ella se rio. Aproveché para soltar un comentario velado insinuando mi interés. Dana, de pronto, me miró desafiante y, cansada de mis rodeos, me inquirió: “¡Qué buscas, Miguel!”. Y yo le dije, sí, le dije, nuevamente, con esa timidez de adolescente, que quería estar con ella, que me gustaba mucho. Dana sentada en una silla de madera, con los codos apoyados en la mesa, me miró en silencio, como escrutándome, durante un par de segundos. Luego me respondió que, por el momento, quería estar sola. Que no me iba a negar que antes me hubiera dicho que sí (cuando recién me conoció), pero que ahora tenía dudas y que no quería estar con nadie. Yo la miré aliviado (?) de por fin haberle dicho lo que tenía que decirle y, no sé por qué, no le volví a insistir (aún entonces no sabía que cuando una

mujer dice que “No”, puede estar diciendo lo contrario). Y contesté como mentecato: “Bueno, Dana, si eso es lo que deseas, está bien”. Y ella, al verme recibir su negativa tan calmo, ¡tan bobalicón!, ¡tan zopenco!, me respondió: “¡Por tu reacción, parece que ya me olvidaste y te vas a conseguir otra!”.



Seguro muchos que lean esto, dirán qué tal gilipollas que era. Y en parte tienen razón, pero hay que entender que yo (o ese adolescente que fui) había estudiado en un colegio de hombres y, por tanto, no tenía la menor idea de lo compleja que era la psicología de una mujer. Además, era un chiquillo tímido, bonachón (demasiado entonces) y, como muchos a esa edad, todavía no confiaba en mí. Pero a mi favor tenía que era sincero, transparente, detallista, puro corazón. Y a pesar de mis torpezas, tras esa conversación en su cocina, yo seguía visitándola, seguía tratando de conocerla, como si esperase que un día, por fin, nos besáramos y todo sucediera como en sueños.

Así llegó agosto de 1998, mes en el que Dana cumplía diecisiete años. Ya estaba en quinto de media y yo, en el cuarto ciclo de la universidad (y en los estudios me seguía yendo pésimo). El día de su santo, fui a su casa en la tarde —la noche anterior le escribí un poema muy cursi que terminé desechando—. Toqué el timbre y nadie me contestó. Volví a tocar, pero no tuve suerte. Era inicios de semana: lunes o martes. Pensé que de repente había salido con su familia a algún lugar. Entonces me comencé a marchar; sin embargo, al llegar a la esquina, se me ocurrió llamar desde un teléfono público. Me sorprendió escuchar la suave voz de Dana. Le dije que había estado minutos antes en su hogar, pero nadie me abrió. Ella me señaló (¿a manera de excusa?) que recién acababan de llegar y que si quería podía visitarla. Estaba con sus padres, su hermano y una prima. Le contesté que iría de inmediato.

Cuando llegué, estaban sentados todos en el amplio comedor. Ella estaba vestida como un día normal, pero yo igual la veía linda: un short amarillo, un polo blanco con un estampado del ratón Mickey y unas sandalias. Su cabello negro largo caía sobre sus hombros y los flamantes bráquets le sentaban muy

bien. Estuvimos con su familia, incluida su prima, conversando. Sus padres, no me quejo, me trataban muy bien, aunque a veces sentía que su padre me miraba por debajo del hombro. Después, le cantamos el Happy Birthday a Dana y la felicitamos. Tras comer la torta, su prima se despidió y Kenji, Dana y yo nos retiramos a la salita de la entrada a jugar *Super Nintendo*. Era la primera vez que jugábamos los tres juntos. Recuerdo que nos pusimos a jugar *Street Fighter* y luego *Mortal Combat*. En un momento, no sé bien cuándo, lo que empezó como un juego terminó en una disputa entre los dos. Cada vez que nos teníamos que enfrentar en la pelea virtual, y ella me lograba ganar, me lo restregaba en la cara, me recriminaba, se mofaba y me miraba despectivamente. Y yo, extrañado por su comportamiento, me dejaba “golpear” sin ningún tipo de reacción y, si le respondía, era solo para no caer “derribado”. Y pensaba: “¿Por qué se comporta así? ¿Qué quiere demostrarme?”. La verdad es que sus palabras me herían, más si ella era la persona de la cual había estado enamorado.

No sé qué pretexto di, pero en un momento me levanté y les dije que me tenía que marchar. Estaba desconcertado, fastidiado, irritado por su comportamiento. “¡No vale la pena!”, pensé. Esa noche, cuando me despedí de Kenji y Dana, sabía que ya no regresaría y que algo se había terminado por quebrar. Además de mi corazón. Mientras caminaba de regreso a mi casa, en medio de la calzada vacía, el sol había dado paso a una ligera lluvia. Esas gotas que caían del cielo, las sentía como pequeños puñales que atravesaban mi cuerpo. Estaba, por primera vez, decepcionado de la vida y me prometí nunca más volver.



Una semana después, Dana llamó a mi casa. Me dijo para ir al Bowling de Miraflores. Yo, aún con la herida, le contesté que no podía, que estaba ocupado. Me preguntó si me pasaba algo. Por supuesto, le dije que nada. Luego me llamó otra vez, pero yo respondí lo mismo. No quería saber nada de ella. Y solo escribía un diario personal y me reprochaba lo tonto que había sido por haber tratado como reina a una mujer que no se lo merecía.

La última vez que me llamó fue en el verano del 99. Dana se estaba preparando para ingresar a la universidad y me solicitó algunos consejos. Tras dárselos, me agradeció y me invitó a salir. “¿Con qué fin?”, pregunté serio. “Para salir...como amigos”, respondió. Y yo, de manera seca y tajante, contesté: “¡No! ¡Ya para qué!”. Eso fue todo. Nunca más volvió a llamar. Más aún, ya casi no volví a visitar su hogar. Quería olvidarla. Alejarme de su vida. Era como si un día, de la noche a la mañana, hubiese descubierto que ella no merecía mi amor.

Y sin querer, también me alejé de su hermano, que fue siempre un buen y leal amigo. Era el precio que tenía que pagar.



La última vez que la vi, fue un año y medio después. Había ido a devolverle unos discos a Kenji. Estuve una media hora conversando con él en la salita de la entrada. Dana, como era costumbre, bajó las escaleras de madera y la saludé con cortesía. Cruzamos algunas frases banales. En ese momento, supe que ya la había olvidado.

Lo que ella nunca sabrá es que tardé bastante en sacarla de mi corazón, que pasé noches de noches rumiando mi dolor, escribiendo todo el rencor que tenía en mi diario y escuchando la canción de Pedro Suárez Vértiz, “Cuéntame”, que termina así: *“Cuéntame sobre tu vida/ cuéntame sobre tu vida/ porque de ti no queda nada. / No queda nada. / Yo estuve loco por ti”*.



Pero esa noche la recuerdo como si hubiese sido ayer. Un sábado como a las tres, recibí una llamada inesperada de Kenji. Me invitó para ir a una fiesta junto con su nueva enamorada (que no era bonita), su hermana y una amiga de ella. La reunión era en su ex colegio *Magíster*, que quedaba cerca al hipódromo.

Luego de bailar con Dana un buen rato, nos sentamos exhaustos en el patio. Su amiga se acababa de marchar y Kenji y su enamorada habían desaparecido. Estábamos los dos solos conversando y la abracé. Ella dejó que mi brazo se posara sobre su hombro. Una canción de Oasis (“Wonderwall”) sonaba en ese momento. La miré a los ojos pero, no sé por qué, no le decía lo que en verdad quería. “Ahorita le digo”, pensaba yo, mas no lo hice y solo la abrazaba y le hablaba nimiedades. A la media hora, Kenji apareció y nos pidió que saliéramos: su padre nos iba a recoger. En ese preciso instante, la inconfundible melodía de “El baile y el salón”, de Cafetacuba, comenzó a escucharse a través de los parlantes. Era una señal evidente, al menos para mí. No podía perder esa oportunidad que tanto había soñado. La timidez no me lo iba a impedir. ¡Esta vez no! Me levanté entonces de inmediato, como impulsado por un resorte, y le pedí a Kenji que me diera unos minutos; luego me dirigí a Dana y, con una extraña seguridad, le dije para bailar. Ella, sorprendida por mi actitud, aceptó y la llevé a la pista de baile tomada de la mano. Una esfera de espejos, en lo alto, giraba reflejando tenues rayos de luz. Ya en medio de la multitud, mientras algunas parejas bailaban abrazadas, la cogí de la cintura (Dana enlazó sus brazos a mi cuello). Y al ritmo de la canción, contemplé fijamente sus ojos de caramelo, pegué lentamente mi nariz a su nariz y, por fin, la besé.

# Elizabeth

Hace un año, me encontré con un viejo amigo de la universidad, y mientras tomábamos unas cervezas, me mencionó el nombre de Elizabeth. De inmediato, los recuerdos se agolparon en mi mente, una leve sonrisa se esbozó en mi rostro: una sonrisa no tanto de alegría, sino más bien de nostalgia y sorpresa. Mi amigo Diego me dijo que ella estaba trabajando en la embajada del Perú en España (algo me había insinuado Elizabeth la última vez que la vi, hace ya varios años atrás) y que la tenía agregada a su Facebook. Le recordé a Diego que yo había estado enamorado de ella en la época de la universidad y él había sido mi confidente.

Una semana después, me acordé de todo eso mientras navegaba en la red. Entonces, ingresé a la lista de contactos de Diego y ubiqué el nombre de ella. Le cursé una solicitud de amistad. Al día siguiente, noté que me había aceptado y escrito un mensaje que decía: “Yo pensé que me odiabas... Aquellos tiempos locos de la juventud. He visto que has publicado un libro. ¡Te felicito!”. Luego de observar sus fotos y ver que se había casado con un español que parecía modelo, y que estaba más delgada y guapa y se había dejado el pelo largo (que por cierto, le sentaba muy bien), le respondí parcamente: “Sí pues, aquellos tiempos locos de la juventud. Veo que te está yendo bien. ¡Un abrazo!”. Es cierto que me hubiese gustado escribir algo más, pero no quise remover el pasado, supongo que por temor a abrir viejas heridas. Sin embargo, ahora que relato esta historia que fue importante en mi vida –mi historia con Elizabeth– estoy dispuesto a emprender ese viaje en el tiempo para saber realmente qué pasó.



A fines de marzo de 1999, iniciaba el cuarto ciclo de Comunicaciones en la Universidad de Lima, luego de más de un año de Estudios Generales (en los cuales, casi desapruébo Matemática y termino expulsado) y después de haberme cambiado de carrera y de universidad. Era el primer día de clase de

Redacción Periodística. El profesor era un joven periodista del diario *El Comercio*, que inició el curso presentándose y explicando su metodología. El aula simulaba la sala de redacción de un diario: una mesa grande de madera en el centro y, en los extremos, cuatro hileras de computadoras, en las cuales escribirían los futuros aspirantes a periodistas. Precisamente, yo era uno de ellos, y estaba sentado en una esquina, a escasos metros de la puerta de entrada. A los diez minutos de iniciada la clase, ingresó una chica con una inmensa sonrisa y se sentó a mi costado. Me llamó la atención por su *look*. Llevaba una falda larga de color negro, un polo gris y sandalias de plataforma elevada, además de múltiples aretes en las orejas y uno en la lengua. Tenía el cabello corto, era blanca, gordita, de nariz larga y ojos claros. Mientras el profesor exponía, ella soltaba algunos comentarios risueños. Yo la miraba, entre sorprendido e irritado, por la actitud de interrumpir lo que decía aquel. Su voz era aguda y hablaba como si se riera a la vez. Luego el profesor nos pidió trabajar en grupos y me junté con ella y un chico alto, flaco, rubio, de aspecto bonachón. Ella, que no me prestaba mucha atención, sin embargo lo interrogaba a él a cada rato, y recuerdo que lo primero que le dijo fue: “Tú no eres peruano ni fregando, ¿no?”. Y este se sonrojó.

La segunda vez que la vi, fue en el pasillo de la facultad, junto a las fotocopadoras del primer piso. Estábamos sacando copias después de una clase, y no sé qué cosa le dije, que me contestó: “¿Por qué hablas como tonto?”. Y yo, circunspecto, atiné a responderle de inmediato: “¡Así hablo yo! ¡Piensa antes de hablar!”. Ella abrió los ojos como platos y quedó en silencio.

La siguiente ocasión, yo estaba esperando el inicio de la clase en el pasadizo del tercer piso. Había llegado media hora antes y saqué de mi vieja mochila un libro de Tolstoi y me senté a leer en el piso. Poco a poco los compañeros fueron llegando y al igual que yo se acomodaban en el suelo, pues el salón aún estaba cerrado. Al rato apareció ella y empezó, de manera espontánea, a conversarles. Parecía como si los conociera de toda la vida. Ellos se reían con lo que decía. Yo seguía leyendo, pero escuchaba sus ocurrencias y a veces sonreía disimuladamente. En un momento, se acercó a

mí y me preguntó qué leía. “*Anna Karenina*, de León Tolstoi”, le respondí. Ella me escrutó con sus pupilas y dibujó un rostro grave, pero a la vez comprensivo. “¿Cómo te llamas?”, pregunté. “¿Elizabeth!”, me contestó.

Otra imagen que se me viene a la mente es que, durante las clases, ella hacía preguntas diferentes al resto, y las remataba diciendo “¿qué bruta que soy!” y soltaba una sonora carcajada. A mí, sin embargo, sus interrogantes me parecían muy interesantes, por no decir brillantes. Otra vez, ya a la mitad del ciclo, mientras hablaba el profesor, coincidimos en asientos contiguos. Estábamos en torno a la gran mesa de madera y yo escribía, en un papel, la letra de un poema de Oliverio Girondo: “*Me importa un pito que las mujeres/ tengan los senos como magnolias o como pasas de higos /; un cutis de durazno o de papel de lija...*”. Lo escribía porque me agradaba y acababa de ver la película argentina “El lado oscuro del corazón”. Elizabeth me preguntó qué anotaba. Con la mirada sombría, le alcancé el papel y ella lo leyó. “Es de la película *El lado oscuro...* ¿no?”, me dijo. Yo asentí con la cabeza y nos miramos cómplices.

Debo señalar que en esa época acababa de cumplir veinte años y era, en suma, un jovencito tímido, solitario y melancólico que escuchaba a Charly García y leía novelas con voracidad (buscando respuestas a mi confusión). Todavía no me recuperaba de la chica que me había roto el corazón un año antes... Y lo que me llamaba la atención de Elizabeth era que parecía lo opuesto a mí: siempre tan alegre, con una sonrisa que iluminaba todo a su paso. Además, por los gestos y las actitudes que tenía, parecía una muchacha sensible e inteligente.

El ciclo transcurrió raudo y las últimas semanas ya no hablaba mucho con ella. Solo la veía ingresar al salón, sentarse frente a una de las máquinas y, en silencio, ponerse a redactar los textos que nos mandaba el profesor. A veces, la veía sentada en el pasillo de entrada a la facultad, el que daba a la fotocopidora, y la saludaba. Una semana antes de la entrega del trabajo final,

hicimos cola para que el profesor nos dé algunas observaciones sobre trabajos anteriores. Mientras esperábamos nuestro turno, estuvimos conversando. Ahí me percaté o comprobé que tenía unos ojos hermosos: pardos y verdes a la vez. Y brillaban como el sol. Creo que ahí fue que me enamoré de ella. Porque a partir de ese día la empecé a mirar diferente. A veces, también me sentaba en ese pasillo del primer piso, que frecuentaba ella, para verla con sus amigas. Le gustaba fumar y soltar lisuras mientras charlaba. Pero esos más que defectos, para mí eran virtudes.

Luego de acabado el semestre, la dejé de ver hasta el ciclo siguiente. Es curioso, ya nunca más llevamos juntos un curso, pero yo no dejaba de pensar en ella. De vez en cuando, la veía en el corredor de entrada a la facultad, estudiando sola o platicando con sus amigas. Sin embargo, hubo un lapso de tiempo, casi mes y medio, en que le perdí el rastro y me preguntaba qué le podía haber pasado. Hasta que una tarde, la volví a encontrar sentada al pie de las escaleras de ingreso y me acerqué. Ese día, por primera vez, conversamos en serio. Le dije que se le extrañaba, ella me miró agradecida. Y mientras el sol se ocultaba, charlamos acerca de nuestras especialidades (la suya era Comunicación para el Desarrollo), de nuestras aficiones: la literatura, el cine, la música. No me había equivocado, teníamos gustos en común y Elizabeth era una mujer noble. Incluso, en ocasiones, se conmovía por algo que decía y al sonreír se le veía tan linda y sus ojos, esos ojos que siempre tengo presentes, fulguraban de tal manera que quedé hechizado. La mañana en que, parado frente al panel de la facultad, observé que su nombre figuraba en el primer puesto de la carrera, ya no dudé de que estaba completamente enamorado. Había visto su valor antes que muchos y me sentí feliz de haberme percatado de su inteligencia y encanto.

Pero conforme iba conociéndola, a través de las conversaciones que teníamos, también fui descubriendo su lado melancólico. Me di cuenta que, detrás de esa gran sonrisa, guardaba una gran pena. Ella nunca me contó a qué se debía, pero me imaginaba que un idiota le había hecho añicos el corazón. Esas sospechas se incrementaron cuando un amigo mutuo me comentó que, cuando Elizabeth ingresó a la universidad, no era ni la sombra

de lo que era ahora. Vestía de manera sobria, además era delgada. Entonces, me cuestioné: ¿qué le había pasado a Elizabeth para cambiar tan drásticamente? Porque debo ser sincero, ella, a pesar de ser simpática, estaba bastante subida de peso y para algunos tenía fama de loca. Así, cuando charlábamos, le afloraba la tristeza y una vez me señaló muy afligida: “A mis veinte años, he vivido muchas cosas y hay algunas que hubiera preferido no vivir”. A mí me hubiese gustado preguntar cuáles eran estas, pero no me atreví. Solo atiné a relatarle un cuento de Horacio Quiroga, “Estefanía”, que trata de una adolescente que sufre mucho luego de una decepción amorosa y termina suicidándose (¡qué cabeza de chorlito que fui!). Ella, sin embargo, me escuchó emocionada.



Como yo estaba enamorado, pensaba en invitarla a salir. Un día, encontré la oportunidad. Estábamos conversando en el pasillo de entrada y surgió el tema del teatro. Justo, en esa época, yo estaba comenzando a ir con mayor frecuencia. Así que aproveché un comentario suyo acerca de una obra en cartelera, para decirle: “¡Vamos, Elizabeth, te invito al teatro!”. Pero ella se hizo la desentendida y me cambió de tema. Al ver eso, no le insistí.

Por esa época, gané los Juegos Florales de la universidad en el género Cuento. No le había dicho a nadie de la facultad, porque, además de que no tenía muchos amigos, me daba vergüenza (¡acuérdense que tenía veinte años!). Pues bien, un día en la revista de la universidad apareció un artículo, con una foto mía, sobre el premio que había obtenido. Durante la semana, algo abochornado, recibí varias felicitaciones. Elizabeth se enteró una mañana mientras platicábamos en grupo en la escalera. “¡Oye, Miguel, me hubieras avisado! ¡Te felicito!”, me dijo entusiasmada y me dio un cálido abrazo. “¡Gracias!”, le respondí. Luego salió a comprar a la cafetería y regresó con un sánduche y me lo obsequió. Recordé que, minutos antes, le confesé que aún no había desayunado. Y ese gesto me pareció una señal.

Durante la charla en grupo, en la cual mi premio era el tema central,

nuevamente apareció el asunto del teatro y específicamente de la obra “El rey Lear”, de William Shakespeare, que estaban escenificando en ese momento en el Teatro Municipal. De pronto, aprovechando esa repentina confianza que otorga ser el centro de atención, y tras escucharle decir a Elizabeth –según los comentarios– que el montaje era excelente, le pregunté a boca de jarro: “¿Quieres ir a ver la obra?”. Ella, ante el silencio expectante del grupo, quedó pensativa y desvió la vista al suelo. “¡No te hagas de rogar!”, volví a insistir, mientras los demás nos observaban risueños. “¡Puede ser, Miguel!”, me contestó no muy convencida. “¡Ya pues, Elizabeth, no me choteles como la otra vez!”. “¿Cuál otra vez?”, me respondió ahora sí mirándome. “¿No te acuerdas que el otro día te dije para ir y te hiciste la interesante?”. “¡No, no me acuerdo!”, dijo con un mohín. Al final, ante mi empeño, ella terminó por ceder y yo estaba más que feliz.

Con una laboriosidad solo atribuible al amor, le pedí su carnet universitario para ir a comprar las entradas con más de dos semanas de anticipación. Elizabeth me lo entregó. Yo estaba emocionado y había planeado declararme el día de la salida. Decirle que me moría por ella. Pero ocurrió una tragedia, al menos para mí, o para el jovencito de veinte años que alguna vez fui.

La semana previa a nuestra salida, se realizaba un congreso de Comunicaciones en la universidad. Elizabeth estaba trabajando ahí de anfitriona. Yo, por mi parte, realizaba un trabajo para un curso, en el que tenía que grabar conversaciones de jóvenes para ver cómo se desarrollaba el proceso de socialización entre ellos. Una tarde, en la cafetería, me encontré a Elizabeth con un grupo de la facultad. La saludé y me senté a acompañarlos. Había ya confianza entre nosotros y me deslumbró lo bonita que estaba con su traje sastre de color crema, pues resaltaban más sus ojos y su piel blanca. En un momento, le comenté sobre mi trabajo y me ofreció su ayuda, pero le dije que tenía que grabar a la gente sin que lo supiera, porque se perdería la espontaneidad (y ella lamentablemente ya lo sabía). Al rato, Elizabeth y una amiga suya se encontraron con una muchacha inglesa, que estaba llevando unos cursos de intercambio en la universidad, y se fueron con ella, no sin

antes despedirse de mí. Minutos después, al retirarme de la cafetería, las vi a las tres conversando en una de las bancas del jardín aledaño, frente a la pileta. Al verlas tan animadas, me provocó acercarme. No conocía a la inglesa, pero sí a su amiga, pues teníamos amistades en común. A poco de integrarme, me percaté de que había llegado en mal momento, así que les dije que iba a comprar y les pregunté si deseaban algo. Luego de recoger sus pedidos, me dirigí al quiosco, pero antes (sin prever lo que iba a ocurrir) encendí la grabadora que estaba en mi mochila, pues súbitamente me vino la idea de mi trabajo (¡juro por Dios que no tenía otra intención!).

En el trayecto, iba tarareando una canción de Sui Generis, “Un hada, un cisne”, que por su letra y melodía lúgubre, sería, sin saberlo, un vaticinio de lo que acontecería más adelante y, sin embargo, un hermoso fondo musical para este relato. La cuestión es que tras comprar, regresé y me incorporé a la conversación. La joven inglesa se retiró ahí nomás y me quedé platicando con Elizabeth y su amiga. Cuarto de hora después, me despedí de ambas.

Esa noche y la siguiente me olvidé de la grabación. Como señalé, la pensaba utilizar solo para mi trabajo. Recién a los dos días, escuché la cinta, y para mí fue una hecatombe, una verdadera tragedia. Recuerdo que la escuché en mi habitación, en la noche, y me produjo una gran sorpresa conforme avanzaba el audio. Al principio no podía creerlo; retrocedí la cinta para saber si me había equivocado, si era una simple fantasía o invención, pero eran sus palabras, era su voz. Recuerdo que apagué la luz de mi cuarto, me eché en el piso de parquet, debajo de mi cama, y me puse a llorar como un niño.



Como entenderán, yo estaba herido de amor y lleno de rencor hacia la persona que antes adoraba. Por si fuera poco, faltaba menos de una semana para nuestra cita y, por supuesto, yo no iba a salir con Elizabeth ni loco. Así que el lunes, la busqué en la facultad con el fin de devolverle su entrada y decirle que era una hipócrita. La encontré en un salón del tercer piso,

charlando con un muchacho, y le indiqué que quería hablar urgente con ella. Salimos al amplio pasillo y frente a un ventanal, desde donde se filtraba un tenue rayo de luz, le señalé (al principio lo más sosegado que pude, pero luego completamente exaltado) que nunca pensé que fuera una embustera, que sin querer había grabado lo que pensaba de mí y me parecía una total canallada de su parte. Ella, mientras me escuchaba, pasó de lucir serena a un estado de visible estupor. “¿Pero qué te dije?”, preguntó con la mirada dilatada. “¡No te lo voy a decir. Tú más que nadie lo debe saber!”, contesté irritado. Finalmente, le devolví su entrada y me marché diciendo: “¡Eres una caca. No te quiero volver a ver!”.

Pasaron tres días en que no vi a Elizabeth. Trataba de no encontrarme con ella. Uno de los pocos amigos al que le referí lo sucedido fue a Diego –quien mencioné al inicio de este relato– y justo, el jueves, él me vino a contar que había conversado con Elizabeth y que se le notaba muy apenada por lo ocurrido. “Sería bueno que hables con ella”, me aconsejó. “¡Ni fregando!”, le respondí aún dolido. Sin embargo, dando muestras de las contradicciones y debilidades del ser humano, no sé por qué, me acerqué a ella la siguiente vez que la vi. Recuerdo que estaba sentada en el corredor de entrada leyendo una separata. Su semblante reflejaba tristeza. Mas al escuchar mi voz, su rostro se iluminó. Esa mañana, nuevamente, charlamos como en los buenos tiempos. Ella me explicó que muchas veces las palabras no significan lo que aparentemente uno dice, que a veces cuando estamos con personas decimos cosas que no sentimos de verdad, y que si hubiese escuchado lo que refirió de mí luego que me despedí de ella y su amiga, hubiera sabido la verdad. Agregó que no quería perder la bonita relación que teníamos, y todo eso lo profirió embargada de emoción y con sinceridad (al menos, para mí). Yo me quedé en silencio por unos segundos. Al final, pronuncié: “¡Está bien, Elizabeth!”. Y ella preguntó: “Entonces ¿me perdonas?”. La miré y asentí. “¡Gracias, Miguel!”, exclamó con las mejillas encarnadas y la mirada brillante. Luego le consulté si todavía quedaba en pie lo de nuestra salida, pero ella se excusó pidiéndome que, por favor, vaya con otra persona (me obsequiaba su entrada); porque si iba conmigo, se acordaría de lo que pasó y se sentiría muy mal. Al final, no muy convencido, decidí no forzarla.

Tras despedirnos, me fui a almorzar al comedor. Ella se quedó pues tenía que estudiar para una práctica. Recuerdo –y esta es una de las imágenes más hermosas que conservo– que estaba comiendo solo, alegre con la reconciliación, cuando de pronto vislumbré la imagen de Elizabeth en el comedor, con un cuaderno bajo el brazo. Se acercó a mí, me dio un beso sentido en la mejilla y se marchó presurosa. Yo quedé tan conmovido y maravillado, que no atiné a nada, salvo a levantarme de mi asiento para verla alejarse. A través de un amplio ventanal, contemplé arrobado su imagen difuminarse en el horizonte.

Pasaron dos semanas. Se acababa el año, y luego de la salida frustrada y la posterior reconciliación, nos unimos más. Ella me pidió mi cuento –aquel que ganó los Juegos Florales– y, gracias a dios, le gustó. Al ver eso, le ofrecí que se quedara con el relato, que era mi original. Aunque al principio no quería recibirlo, ella terminó por acceder y, estoy seguro, le gustó el detalle. La idea de entregarle el original nació de mi amigo Diego, quien era el único que estaba al tanto de lo que me sucedía con Elizabeth. En esa época, los dos solíamos ir a nadar, dos veces por semana, a la piscina de la universidad. Una tarde, en el trayecto, al contarle que le había entregado a ella mi cuento, él dijo sentencioso: “¡Yo me quedaría sin los negativos!”. Al principio no entendí, pero luego supe a qué se refería. Así fue que le obsequié a Elizabeth ese relato como un pequeño símbolo de mi aprecio. Y por supuesto, como yo estaba loco de amor, el siguiente paso era volver a invitarla a salir y, por fin, declararme. Sin embargo, ocurrió algo. Ya no una tragedia, sino algo incluso peor; algo que le pasa a muchos, sobre todo a los jóvenes: la inseguridad, el maldito miedo a fallar o a ser rechazado.

Todo comenzó cuando le confesé a Diego, en la piscina, mi plan de invitarla a salir. Yo estaba muy animado. Pero él, a quien consideraba un tipo leal y sincero, me señaló en tono categórico: “¡Si quieres invítala a salir, pero no te hagas ilusiones!”. Yo ya había dejado atrás el incidente de la grabación, al menos eso pensaba, sin embargo aquellas palabras me hicieron dudar y cuestionarme: ¿no será que me estoy engañando? ¿No será que Elizabeth solo me ve como un amigo y estoy soñando un imposible? Además, Diego era

íntimo amigo de la chica que estuvo involucrada en aquel incidente y no me podía estar mintiendo. Luego de cavilar toda la noche, llegué a la terrible conclusión de que debía olvidarme de Elizabeth... ¡Pero, por Dios, cómo la iba a olvidar si estaba enamorado hasta la médula!

Justo unos días después, Elizabeth llamó a mi casa –fue una de las pocas veces que lo hizo– y me dijo para ir al cine el fin de semana. A mí me hubiera encantado decirle que sí, pero le respondí que no iba a poder, que de repente la próxima semana (¡qué alcorchoque!). Y todo por la absurda promesa que me había hecho de olvidarla, pues total, ella solo me veía como un amigo. Cuando colgué el auricular me arrepentí de inmediato. ¡Miguel, qué papanatas que eres! No obstante, me mentí diciéndome que había sido consecuente con mi promesa y, además, para qué me invitaba a salir si no estaba enamorada.

Ese verano del 2000, busqué cumplir aquel disparatado juramento, pero no pude. Me era inevitable pensar en ella. Además, sabía que su cumpleaños era a mediados de febrero. Recuerdo que la llamé un par de veces aquel verano: la primera, para preguntarle cómo le iba. Supe así que no estaba llevando cursos en la universidad y, sobre todo, descubrí que estábamos leyendo el mismo libro: *El mundo de Sofía*, de Jostein Gaarder (¿simple azar?). En la segunda, le solicité la dirección de su casa y ella me la dio amable. Sin embargo, debo agregar algo. A veces, su tono de voz era distinto a cuando hablábamos en persona: más parca, más seria, más glacial; es decir, lo opuesto a la chica que conocí en un inicio.

En febrero comencé a realizar mis prácticas pre-profesionales en una revista económica, y no sé cómo, terminé en una relación con una de las redactoras. Yo no hice ningún esfuerzo y fue ella la que se ilusionó. Nos besamos una tarde, en un taxi, a la vuelta de una comisión y estuvimos juntos cerca de un mes. Un día, ella (que era muy noble) se dio cuenta que no estaba enamorado, que solo pensaba en tener sexo y me cortó. Pero en ese lapso de

tiempo, aunque no volví a llamar a Elizabeth, yo pensaba bastante en ella y me cuestionaba qué hacía en aquella relación. Sin embargo, y vaya de compleja que es la vida (yo recién empezaba a descubrirlo), ese amorío me otorgó cierta confianza que no tenía y decidí ir a buscar a Elizabeth. Ella vivía en La Castellana, por el óvalo Higuiereta, en un pequeño departamento dentro de una residencial, frente a un gran parque. Recuerdo que me demoré bastante en ubicar su casa pero al final, con la ayuda del vigilante de la zona, pude llegar. Toqué su timbre. Era aproximadamente la siete de la noche. Elizabeth me abrió la puerta y su rostro lució visiblemente sorprendido. Tras saludarnos, me hizo ingresar y me presentó a su madre, una mujer trigueña de aspecto elegante, que estaba en la cocina; luego me llevó a una salita contigua y tomamos asiento en un confortable sofá crema. A los minutos, su hermano adolescente me trajo un vaso con Coca Cola. Ya solos empezamos a platicar. Ella me contó que estaba estudiando en la Alianza Francesa y que ya quería que se iniciaran las clases en la universidad, pues estaba algo aburrida. Entraba al octavo ciclo (yo recién pasaba al quinto). Le conté, por mi parte, de las prácticas en la revista mas no le mencioné la relación que había tenido. Hubo un momento, y lo tengo atesorado en mi mente, en que se quitó la cinta que sujetaba su cabello (siempre la había visto con el pelo negro recogido) y se lo alisó con sus dedos hacia atrás. El espectáculo era simple pero hermoso. No pude resistirme y exclamé: “¡Se te ve linda con el cabello suelto!”. Ella me miró y me sonrió. Esa noche, me despedí de Elizabeth y recuerdo la frase que pronunció antes de marcharme: “¡Me alegra mucho que hayas venido!”.

A continuación viene una parte del relato que ni yo mismo entiendo, por la manera como actué; así que por favor, querido lector, no trate de encontrarle lógica. No obstante, seré sincero porque esta historia, si quiero comprenderla, debe ser contada tal como ocurrieron los hechos o, al menos, de la manera más fidedigna a como mi mente la evoca. Pues bien, después de aquella visita, lo lógico era que yo la llamara y la invitara a salir, dejando de lado la tonta promesa de olvidarla. Pero no. Lo que hice, absurdamente, fue abrir una cuenta de correo electrónico –según yo, anónima– a través de la cual, de manera interdiaria, le enviaba mensajes de amor. No había semana que no le mandara a Elizabeth un poema, sin embargo era un anónimo (cobarde) que no se identificaba. No sé cuál era la intención de todo esto,

pero así lo hice. Obviamente, no conseguí respuesta alguna, mas era evidente que ella sabía que era yo (de eso me percaté mucho tiempo después. Y lo supe porque, debido a mi falta de pericia tecnológica, a pesar de que la dirección del correo permitía despistar, había colocado mi nombre en la identificación. Tengo que decir en mi descargo, antes de que me linchen por gilipollas, que en esa época el uso del correo electrónico recién se iniciaba). Por eso, cuando nos encontramos en la facultad en abril, comenzando el nuevo ciclo, la noté más distante conmigo, como si no le interesara en lo absoluto. Mientras que yo, cada vez que la veía, ya no podía disimular mi amor. Era una fuerza que me desbordaba y se traslucía en mi rostro, en mis palabras, en mis ademanes. Y Elizabeth, estoy seguro, se daba cuenta. Recuerdo que un día, en las gradas de la entrada de la facultad, no sé qué le dije pero lo hice en un tono que quería mostrar desinterés, y ella me respondió: “¡Así no vas a lograr nada!”. Esa frase me hirió de muerte. A los pocos minutos, se despidió y se marchó al pabellón de Sistemas, pues estaba como jefa de prácticas del curso de Introducción a la Computación. Yo me quedé sentado en la escalera con una sensación de impotencia. El sol brillaba en lo alto y aquella frase resonaba en mi mente como un eco que me aturdía. Fue entonces que, sacando fuerzas de flaqueza, me levanté y me dirigí a aquel pabellón. Subí al segundo piso, mas no la encontré. La ubiqué, por fin, en un aula del tercero dictando clase a un grupo de cachimbos. Estaba muerto de miedo, pero respiré profundo e ingresé. Ella me miró pasmada. Se acercó a la puerta y me preguntó qué hacía acá, mientras los alumnos me observaban con curiosidad. Le señalé, a manera de excusa, que necesitaba una computadora para un trabajo, que por favor era urgente. Elizabeth, desconcertada, me cedió una de las máquinas que estaba libre. Después prosiguió con su clase. Tras sentarme, me puse a escuchar y observarla. Me pareció la profesora más hermosa del planeta. ¡Desperdigaba inteligencia y encanto! Hubo un momento, en que ella preguntó si alguien tenía un poco de agua. Nadie contestó. Entonces me levanté, saqué un dulce de mi bolsillo (era lo único que llevaba) y le dije emocionado, con el brazo extendido, si deseaba un caramelo de limón. Todos me miraron. Elizabeth respondió amablemente “no, gracias” y continuó. Cuando finalizó la clase, se quedó un buen rato ayudando a los muchachos. Yo, mientras tanto, había escrito en la computadora la letra de una canción de Pedro Infante, que me gustaba mucho, y me hacía acordar a ella.

### **Sus ojitos**

*Qué bonitos que son sus ojitos  
que parecen puntitos de vida.  
No permitan que así me despida  
sin haberles jurado mi amor.*

*Son chiquitos pero rebonitos  
y entreabiertos parecen rendijas.  
Yo no quiero que nunca se aflijan  
sus ojitos llenitos de sol.*

*Sus ojitos, al mirarme,  
me jugaron una chanza.  
Y ahora traigo, la esperanza  
de podérmelos robar.*

Casi de inmediato llamé a Elizabeth y le señalé con semblante adusto, producto del nerviosismo, que lea la letra de esta canción. Y agregué: “¡Quiero hablar contigo. Te espero afuera!”. En seguida, me retiré del aula y me senté en un largo pasadizo de losetas cremas. Creo que estuve ahí una media hora, hasta que por fin salió ella. “¡Pensé que te habías ido!”, me dijo, y se sentó frente a mí.

No recuerdo con detalle qué conversamos, pero sí que lo hicimos ampliamente y le confesé que estaba interesado en ella y que “sin querer queriendo” me había enamorado. También le solté un piropo: “¡Tal vez haya chicas con ojos más bonitos que los tuyos, pero a ninguna le brillan como a ti!”. Ella, que a la mitad de la frase, pronunció un irónico “gracias”, cuando finalicé pareció conmovida. Hubo un instante en que señaló que, a veces, sentía que yo no confiaba en mí, “es como si tuvieras que saltar de un lado a otro, y no te atreves”. Yo, por supuesto, lo negué de inmediato; sin embargo, en el fondo tenía razón. Y aquí viene lo más triste y vergonzoso para mí. Reconocer esto me duele, mas debo hacerlo. Elizabeth me dijo que si en

verdad estaba interesado, pues entonces saliéramos para conocernos más; no obstante, me pidió que, por favor, no la presionara y que no la llamara a cada rato o algo así (la cuestión es que puso un “pero”). Yo estuve de acuerdo. Sin embargo, no sé por qué, le contesté en tono cortante: “¡Bueno, entonces adiós, Elizabeth. Ya me quedó claro!” (?). Y ella desconcertada con mi respuesta, solo atinó a responder: “¡Estás loco, Miguel!”. En otras palabras, aunque les suene inverosímil, más que un “sí” por parte de ella, yo lo tomé como un “no”. La única explicación que encuentro ahora que han pasado los años, es que mi desconfianza era tal en esa época, que no me atreví a confiar en mí y ser feliz. Yo solo me daría cuenta de eso mucho tiempo después, y recién ahora que escribo esto soy totalmente consciente de tal yerro. Recuerdo que un par de días después se celebraron las elecciones presidenciales y fui a votar junto con un buen amigo del barrio. De regreso a casa, él me preguntó cómo me había ido con Elizabeth. Y yo le contesté, más pesimista que convencido, que las cosas se habían enfriado.

El problema prosiguió porque yo, según mi mente acomplexada, había sido rechazado; así que no me animaba a concretar una cita. Solo le seguía escribiendo mensajes (ahora sí con mi nombre) en los que le mostraba mi cariño. Eso sí, debo indicar que ella también se mostraba contradictoria. En los correos que me enviaba, por ejemplo, sus respuestas eran más frías que un témpano de hielo. Y eso a mí me rompía mis esquemas y alimentaba mis inseguridades. Sus mensajes eran secos, escuetos; y los míos, por el contrario, eran la pasión desbordada. Igualmente, las veces que la llamaba a su casa, me respondía con una voz que no parecía la suya: totalmente apagada, como si estuviese deprimida o enferma. Y yo me preguntaba, desconcertado, por qué me trata bien y, a veces, me trata mal. ¿Acaso está jugando conmigo? Y esas contradicciones tuyas, sumadas a mis inseguridades, hacían que yo no me atreviese a dar el siguiente paso, que era evidente para todos, menos para mí.

Hasta que una mañana luminosa de junio, la busqué en una de sus clases. Me senté en una banca de madera, en el largo corredor, y esperé a que saliera. Cuando la vi aparecer le pedí para conversar. Ella aceptó de buena gana y tomó asiento. A mí me encantaba charlar con ella. Sentía que era auténtico y

no necesitaba fingir o aparentar (y creo que a Elizabeth también le sucedía lo mismo). Le propuse ir al cine el fin de semana y ella asintió contenta. Yo, agradecido y con la confianza renovada, le escribí esa noche una carta de amor y se la envié a su correo electrónico. Esperaba que me respondiera al menos con unas palabras de agrado. Sin embargo, lo que encontré al día siguiente, en mi bandeja, fue esto:

*Miguel:*

*Agradezco tu interés, pero la verdad es que no me gustan las cartas de amor. Gracias.*

*E.*

Francamente, luego de leer este mensaje, mi corazón quedó hecho trizas y mi mente más enrevesada que una telaraña. Ya no podía con este “juego” y decidí detenerme por temor a sufrir. A partir de ahí, resolví alejarme de ella, a pesar de que mi corazón me decía lo contrario. No le volví a escribir ni a llamar, menos la busqué. Decidí, cobardemente, dar un paso al costado y respeté, ahora sí, esa determinación.

Por supuesto, me fue doloroso olvidarme de Elizabeth. Hice, de manera inconsciente, dos cosas para sacarla de mi mente (que solo mis amigos me hicieron ver que se debían a ella): me rapé el cabello de manera radical y yo, que era flaquísimo, comencé a engullir pan en cantidades industriales. Después del almuerzo, no sé cómo, me arrellanaba en el sofá de mi casa a ver televisión y devoraba seis o siete panes con su respectiva gaseosa. Al cabo de un mes, las mejillas se me habían hinchado, tenía un prominente abdomen y pesaba casi setenta kilos (diez más que antes). Pero así y todo, y debido también a que conocí a una chica de la Católica que me empezó a ilusionar, comencé a no pensar tanto en Elizabeth.

Tres semanas después, me la encontré en la biblioteca: yo estaba realizando un trabajo y ella se acercó a mi pupitre y me saludó amabilísima. Me preguntó cómo estaba; le respondí que bien, pero en mi semblante y en el

tono de mis palabras se respiraba una herida. Elizabeth se percató de eso, pues casi de inmediato se despidió. Al año siguiente, cuando ella empezaba el último ciclo, nos volvimos a topar a la salida de la universidad. Nos saludamos cordialmente y caminamos juntos hacia el Óvalo Monitor. Ese verano, yo había recobrado la figura (había ido al gimnasio), me estaba dejando el pelo largo y, cosa curiosa, comenzaba a confiar en mí. Le dije que lucía cambiada, que estaba más delgada; y ella, que me iba bien el cabello ondulado. Conversamos amistosamente de cosas superficiales y ya en el paradero, nos encontramos con un amigo mutuo; en un momento de la charla, me despedí de ambos y, como huyendo, me encaramé a un bus.

Luego ella acabó la carrera y me causó tristeza ya no verla en la universidad. No iba a ser igual este lugar sin su presencia. Pero todavía hubo un par de ocasiones más en que nos encontramos. Un año después, yo seguía estudiando y trabajaba como encuestador para la universidad. Me había tocado encuestar por La Castellana, es decir, por la casa de Elizabeth. Justo yo estaba en una tienda cercana, tomando un refresco, cuando pensé: ¿y si me la cruzo? Precisamente, en ese momento –como en un cuento fantástico de Cortázar–, vi que ella aparecía desde el otro extremo de la acera. Al principio creí que se trataba de una quimera, sin embargo era Elizabeth con su acompasado y elegante andar. Nos saludamos sorprendidos de encontrarnos. Llevaba una blusa roja que le sentaba bien y el brillo de sus ojos era un espectáculo. Le conté que estaba de encuestador y que, para terminar mi labor, necesitaba entrevistar a una mujer de treinta a cuarenta años. Le pregunté si conocía a alguien. Ella respondió que sí y me ofreció su ayuda. Me llevó a su edificio y tocó el timbre de una vecina, que tenía poco más de treinta y que, en ese momento, daba de comer a su pequeño hijo. Esa tarde, pude hacer la encuesta final gracias a Elizabeth y me despedí de ella agradecido, pero sabiendo que lo nuestro había concluido. No sé si mi comportamiento fue muy desprendido, bondadoso o cándido, sin embargo no me nacía rencor contra ella; no tenía esa capacidad de odiar, y para mí estaba bien.

Dos años y medio después, ya había acabado la carrera y estaba

trabajando en un periódico de la ciudad. Era otro, es decir, alguien con más seguridad, alguien que había tenido un par de relaciones y en ese momento estaba enamorado de otra chica. Recuerdo que era el último día del 2004 y estaba caminando hacia la Universidad Ricardo Palma, pues había quedado en encontrarme ahí con un amigo. Planeábamos ir a la casa de playa de unas amistades en común. De pronto, frente a la puerta de la universidad, la divisé a ella, junto a un grupo de chicas de la facultad, esperando un taxi. No me contuve. Me acerqué y la saludé afectuosamente. Seguía igual en apariencia y vestía todo de negro. Le conté cómo me iba en el periódico y ella me refirió que había estudiado en la Escuela Diplomática y, tras ubicarse en los primeros puestos de su promoción, estaba ahora a la espera de un viaje a España, enviada por el gobierno peruano. La felicité y nos despedimos, no sin antes preguntarle si mantenía su correo. Me respondió que sí. Recuerdo que luego intercambiamos un par de mensajes, pero fueron más protocolares que otra cosa. De ahí, le perdí el rastro.



Y el tiempo, el soberano tiempo, ese que no perdona, siguió avanzando veloz, haciendo el trabajo que sabe hacer muy bien. Y pasaron varios años hasta que la ubiqué por Internet y me actualicé de lo que pasó en su vida. Y a mí todo esto me resultó un viaje al pasado y ¡vaya qué tal viaje!

A la distancia, le diría a Elizabeth que le deseo, sinceramente, lo mejor. Yo ya dejé atrás el pasado y sané mis heridas. No le guardo rencor (aunque sí me llamó la atención que me dijera, en su mensaje por Facebook, que pensaba que la odiaba. ¿Será que eres consciente de tus errores pasados?). En todo caso, ya di vuelta a la página. Entiendo que, en esa época, éramos personas diferentes: mucho más inmaduras, inseguras y contradictorias. Entiendo, también, que no me quisiste hacer daño, al menos no de manera consciente. Y si algo tuviera que decir de aquella época, y como mea culpa, es que me hubiera gustado ser más seguro de mí. Elizabeth era una mujer bella, inteligente y sensible, pero como toda mujer, y más a esa edad, era difícil de carácter y necesitaba un hombre que despejara sus dudas y vacíos existenciales. Y yo a esa edad aún no estaba preparado. Por tanto, salí más

confundido y dañado que ella. ¡Si tan solo hubiera tenido unos años más!... Pero no importa, de los errores se aprende y aunque no estuve a la altura de las circunstancias, esa experiencia me sirvió para saber en qué debía mejorar. Elizabeth forma parte de mi historia, esa que nunca olvidaré (y que si no la hubiera vivido, no podría contarla tal como lo hago ahora), y la quiero recordar bien y por siempre con dos bellas imágenes: aquel beso suyo en el comedor, que me dejó embelesado, y sobre todo, el brillo de sus ojos. ¡Sí, el inolvidable brillo de sus ojos!

# Carla

–¡Eres un inmaduro! –fue la frase que pronunció Carla, luego que Miguel le dijera, por teléfono, que ya no quería estar con ella y que era mejor ser amigos. Cuando él señaló esto, a ella se le quebró la voz y su tono fue de lamento, de pena, de crispación.

–¡No entiendo! ¡El lunes me llamaste todo cariñoso, y ahora me dices que quieres terminar! ¡La verdad no te entiendo! –agregó Carla, completamente mortificada.

Miguel se quedó callado, no sabía qué contestar, solo creía que ella tenía razón, mientras sostenía el auricular de un teléfono público. Cuando colgó se sintió un poco mal, pero también aliviado porque había sido sincero con ella y consigo mismo. Esa tarde caminó sin rumbo fijo por las calles de su adolescencia. Calles que le evocaban recuerdos y que no recorría hacía tiempo. Finalmente, se sentó al borde de una vereda y se puso a observar un partido de fútbol que protagonizaban unos chiquillos entusiastas. Sin embargo, en su mente solo estaban Carla y las imágenes de aquellos dos meses que duró su relación.



En el verano del 2002, que fue un año inolvidable, Miguel tomó la mejor decisión de su vida. Se matriculó en el Club de Teatro de Lima, ubicado en pleno centro de Miraflores (en el cruce de la calle Porta y la avenida 28 de Julio). Ahí comenzó a vencer sus miedos, a dejar atrás su timidez y a ser él mismo. Y si hubo una época en que hizo vida bohemia, fue precisamente aquella que vivió en el Club. Ahí también conformó un grupo de amigos muy unido y diverso. Personas de todas las edades, de diferente condición social y temperamento, pero que tenían algo en común: expresarse y ser auténticas. Hasta el día de hoy Miguel recuerda, de manera imborrable, ese bello sótano donde se encontraba el Club. La escalerita empinada que conducía al hall, las paredes amarillas y celestes del vestíbulo, los afiches de obras antiguas colgados en las paredes, los rostros de su director (el infatigable señor D

Amore), sus colaboradores (don Melqui y Zarelita), los profesores (Paco y Pold); además de los salones alfombrados con sus sillitas de color crema, el piso de parqué de los salones auxiliares, el escenario central y su juego de luces, el camerino con su pequeño baño, los cubos negros de madera y el olor a antiguo. Sí, el olor a antiguo.

Fue en ese año y en ese lugar que Miguel empezó a confiar en él (y por eso le debe tanto). Simultáneamente, comenzó a recuperar el tiempo perdido. Tenía veintidós años, casi veintitrés, y se moría por vivir historias de amor. Ese 2002 se enamoró varias veces, algunas chicas lo aceptaron y otras no. Pero a diferencia de años anteriores, ya no tenía miedo a fallar. Por el contrario, creía firmemente que mientras más veces lo intentara, más oportunidades tendría de acertar.

En marzo llegó Carla al Club. Se había cambiado del turno de la tarde al de la noche, en el cual Miguel estaba. El día que apareció no lo hizo sola, sino acompañada de un par de chicas. El grupo de Miguel –que estaba conformado por unas veinte personas– las recibió con agrado pues las tres, además de ser bien sencillas, eran simpaticonas. Precisamente, Carla era la más guapa. Parecía una muñequita con su dulce sonrisa y una voz que acentuaba esa ternura. Era de mediana estatura, delgada, de cabello castaño, ojos cafés, labios pequeños y mejillas encendidas. Rápidamente se convirtió en el centro de atención. Varios chicos comentaban lo buenamoza que era y querían enamorarla. Miguel, sin embargo, no le prestaba mucha atención pues creía que era demasiado bonita para él. Asimismo, las veces que les tocaba trabajar en grupo, no tenían afinidad a la hora de conversar. Hubo una clase en que hizo un ejercicio teatral con ella y una compañera, y Carla les comentó que no era nada romántica; su amiga se rio porque, por su voz y su aspecto, parecía la dulzura encarnada.

Por ese entonces, Miguel comenzó a enamorar a una de las muchachas que se había incorporado también al turno de la noche. Se llamaba Evelyn,

era alta, morocha, de bonita figura, y en su caso sí sentía que tenía posibilidades pues existía una mutua simpatía, además actuaba excelente. Una noche, finalizada la clase –luego de haberle mostrado su interés en una reunión y ella comenzara a evitarlo– le dijo para acompañarla al paradero. Evelyn lo miró con recelo y observó a su alrededor como buscando ayuda; al ver a Carla, le pidió que la acompañara. Miguel se acercó a ella y le susurró al oído: “Déjanos solos, por favor”. Carla sonrió y accedió al pedido.

Dos semanas después, fueron en grupo a ver una obra de teatro a la Alianza Francesa. Al final del espectáculo, sentados al borde de una antigua pileta de aguas lóbregas, Carla le preguntó qué tal le había ido con Evelyn. Miguel le contestó risueño: “¡Me choteó. Ella se lo pierde!”. Y Carla se rio.

Hubo tres o cuatro ocasiones en que coincidió con ella en el paradero, luego de las clases, y también en algunas obras de teatro que presenciaban en grupo. Aunque no tenían mucha química, charlaban siempre de manera amical. Y él no se proyectaba con Carla en absoluto, porque le parecía inalcanzable.

Recién al mes y medio de su llegada, en una fiesta en casa de un amigo del Club, Miguel se percató de que sí podía pasar algo entre ambos. En un momento de la reunión, él la sacó a bailar; y en medio de la penumbra, al ritmo de “Lobo hombre en París”, Carla le confesó a bocajarro: “¡Tienes bonitos ojos!”. Miguel se quedó mudo de la impresión y solo atinó a dibujar una sonrisa improvisada. Luego se sentaron en un vetusto sofá y se pusieron a conversar. En un instante, ayudado por las opacas luces de la sala, él estiró su brazo izquierdo sobre el respaldar y llegó a abrazarla por un breve instante. De regreso a sus casas, en un taxi (vivían relativamente cerca), con el alcohol en el cuerpo, Miguel pensó por primera vez en besarla. Sin embargo, esa noche no ocurrió nada y, simplemente, se despidieron como amigos.

Dos semanas más tarde, finalizada la clase de teatro, salieron con varios compañeros a tomar unas cervezas al Pollo Pier, un restaurante-bar de moda situado en la calle Porta. Por casualidad, les tocó sentarse en sillas contiguas; y entonces sucedió. Estaban charlando todos, cuando de pronto, sin querer, por debajo de la mesa de madera, la mano derecha de Miguel rozó la izquierda de Carla. Sin embargo, ella no rehuyó el contacto y mantuvo su brazo en la misma posición. Con un par de vasos de cerveza encima, dicha situación lo encendió a él como una antorcha e intentó acariciar aquella suave extremidad. Así, poco a poco, sus dedos se animaron a explorar aquel territorio ignoto. El meñique y luego el anular se deslizaron lentamente sobre el dorso de la mano de Carla provocando un leve roce. Al notar que no oponía resistencia, sus dedos, más envalentonados, comenzaron a buscar los de ella. Su meñique tocó el meñique de Carla, y ella le devolvió la caricia. Poco a poco, los demás dedos comenzaron a acercarse y a reconocerse con ternura. Ambos jugaban con sus manos y el juego les parecía delicioso. Hasta que en un momento, sus dedos se entrelazaron. Por supuesto, salvo ellos, nadie se daba cuenta de lo que sucedía por debajo de la mesa (o se hacían los tarugos), pues por encima de esta, los dos seguían bien atentos a la conversación.

Una hora después, Carla se levantó para marcharse y él, por acto reflejo, la imitó de inmediato. Estaba emocionado y excitado. Luego de despedirse del grupo, caminaron en silencio rumbo al paradero. Hacía frío y él expulsó una bocanada de aire en medio de la noche. Ya intuían lo que iba a pasar. Antes de llegar al destino, Miguel le dijo para sentarse en una banca del parque Kennedy, y fue ahí que la cogió de la cintura y la besó por primera vez.

Al día siguiente, el sábado en la tarde, se encontraron en el Club para observar un espectáculo. Al verse, se saludaron con cariño. Miguel admiró lo linda que estaba Carla con un polo blanco de manga larga y una casaca jean de color azul. A mitad de la función, deslizó su brazo derecho sobre su hombro y la abrazó. Ella volteó su rostro, lo miró con afecto y se dieron un beso. Sin embargo, hay que indicar algo. Como todo había empezado de

manera fortuita, Miguel más que amor, sentía deseo o atracción física. Por eso, luego de la obra le planteó, de manera burda, ir a un lugar donde estuvieran “a solas”. Carla, de inmediato, se percató de sus intenciones y le contestó seria: “¡No, Miguel, todavía es muy pronto! ¡Hay que conocernos primero!”. Él la observó resignado y con su silencio le dio la razón. Después la acompañó a su casa en San Borja. Ella vivía a la espalda de Las Torres de Limatambo, en un pequeño departamento, junto con su madre (su padre había fallecido y su hermana mayor vivía en Italia). Esa noche, se despidió de Carla y de regreso a su hogar pensó que era una buena chica, y que mejor era ir conociéndola poco a poco. Total, de repente se podía enamorar.

A partir de ahí, los fines de semana salían juntos. A veces, a ver una obra de teatro o una película. En una oportunidad, fueron al cine que quedaba al costado del coliseo Dibós, en la avenida Angamos. Miguel no tenía dinero y ella le prestó. Vieron una cinta intrascendente, en el último horario de la noche, en una sala en la que solo había tres o cuatro parejas. Se ubicaron en una de las filas de adelante y, en un momento de la proyección, Miguel apoyó su cabeza sobre el hombro de Carla y sintió una calma, una paz interior, que no experimentaba desde hacía tiempo.

En otras ocasiones, iba a visitarla a su casa o ella iba a la suya. Fue en su primera visita que Miguel conoció a su madre, una señora simpática de cabello corto, quien lo recibió muy bien. En cierto momento, se despidió de ambos ya que tenía una reunión con sus amigas. Una vez que se marchó, Miguel se abalanzó sobre Carla para prodigarle cariño. Le besó los labios, las mejillas, las orejitas, el cuello, las tetas, pero cuando quiso ir más allá, ella le apartó la boca y sus inquietas manos de su cuerpo, y le refirió que calmara sus hormonas pues no era el lugar ni el momento adecuado. Y como él sabía que en el fondo tenía razón, no le insistió. Después prosiguieron la charla y Carla, que estaba culminando la carrera de Biología en la Agraria, le comentó que más adelante quería viajar a Italia y por eso estudiaba el idioma en un instituto. En otro instante, sacó un álbum y le mostró a Miguel imágenes de su adolescencia. La foto que más le llamó la atención era una en que ella, de dieciocho años, aparecía como flamante Miss Cachimba de su universidad.

Se le veía bien linda ahí: ella sobre una carroza, con un vestido blanco, una gran sonrisa, las mejillas encarnadas y la mano derecha levantada saludando a la multitud. En ese momento, Carla le estaba abriendo su corazón a Miguel; sin embargo, él no le prestaba la atención que se merecía y solo pensaba en llevársela a la cama.

Ese desinterés se reflejaba también en las pocas llamadas que le hacía durante la semana. A veces, ni siquiera se comunicaba con ella. Carla se dio cuenta de eso: una noche en la puerta de su casa, cuando estaban a punto de despedirse, le señaló con rostro grave que la relación no estaba funcionando y que era mejor terminar. Miguel quedó perplejo. Luego de unos segundos, él le contestó calmado que si quería eso pues estaba bien; pero en todo caso, no entendía su decisión, ya que habían pasado buenos momentos (“como en el cine, por ejemplo”). Por su semblante, Carla ahora vacilaba y parecía arrepentida de lo dicho. Pese a eso, Miguel no le insistió. Cuando se despidió y empezó a alejarse, escuchó “¡Espera!”. Él se detuvo y volteó hacia ella. Carla exclamó: “Todavía somos amigos, ¿no?”. Miguel asintió con el rostro y le dijo que no se preocupara. Luego se marchó.

La semana siguiente, Carla faltó a las clases en el Club. A Miguel le pareció muy extraño. A solas, reconstruía aquella última escena y siempre aparecía en su mente el rostro compungido de ella. Estaba casi seguro de que Carla sí lo quería y su objetivo era hacerlo reaccionar. Entonces el fin de semana, luego de mucho cavilar, la llamó por teléfono y le dijo que quería intentarlo de nuevo, pues creía que la relación aún tenía futuro. Ella se alegró (eso lo dedujo Miguel por su tono de voz) y aceptó su propuesta. Él respiró aliviado y fue así que volvieron a estar.

A partir de entonces, Miguel trató de acercarse a Carla, de conocerla más. Era sin duda una buena mujer, además le gustaba mucho. Una tarde, la llevó a su casa y le presentó a sus padres. Ellos la acogieron con agrado. Salió después con Carla a pasear a Misky, su perra siberiana, al parque que estaba

cerca de su casa; ella se mostró contenta. De regreso, la condujo a su habitación, cerró la puerta y se besaron en un viejo sofá escuchando una canción de Charly García. Le enseñó también los libros de su estante y le obsequió uno titulado *Amores imperfectos*, el cual le había gustado bastante. Finalmente, la acompañó a que tomara su carro. En el trayecto al paradero no se cansaban de besarse y así también se despidieron. Por otro lado, Miguel comenzó a enviarle mensajes a su correo de manera frecuente y la llamaba por teléfono al menos dos veces por semana. Estaba intentando poner de su parte.

A fines de mayo, Carla cumplía veinticuatro años (era nueve meses mayor que él) y lo celebró en su departamento. Esa noche, Miguel y los chicos del Club fueron a visitarla. Estuvieron charlando y tomando cervezas en su pequeña sala. Hubo un momento en que los dos, aprovechando la ausencia de su madre, se separaron del grupo y se fueron al dormitorio. Tras cerrar la puerta con seguro, Miguel se abalanzó sobre Carla para prodigarle cariño. Le besó los labios, las mejillas, las orejitas, el cuello, las tetas, pero cuando quiso ir más allá, ella le apartó la boca y sus inquietas manos de su cuerpo, y le refirió que calmara sus hormonas pues no era el lugar ni el momento adecuado. Y como él sabía que en el fondo tenía razón, no le insistió. Al cabo de unos minutos, regresaron a la sala y se reintegraron al grupo. Miguel estuvo un rato más (cerca de media hora) y luego, como a la doce, se despidió de Carla y sus amigos sin motivo aparente.

¿Qué es lo que hace que un hombre se enamore de una mujer? ¿Qué es lo que hace que no se enamore y solo piense en sexo? Es un misterio. Lo que sí queda claro es que los hombres saben cuándo ven a una mujer en serio y cuándo no. Y en el caso de Carla, aunque Miguel la respetaba mucho, no sentía amor, tan solo deseo. Más aún, poco a poco su belleza física, que era lo que más le atraía, le comenzó a parecer normal. Es cierto, a él le daba orgullo que fuese su enamorada y sea preparada, y no tonta (como alguien del Club alguna vez insinuó). Pero pese a eso, y al débil esfuerzo de Miguel por acercarse, de nada sirvió.

Al poco tiempo, Carla tuvo que dejar el teatro para dedicarse a sus estudios. Miguel la seguía viendo los fines de semana y la llamaba a cuentagotas. Hubo un fin de semana en que no salieron y ni siquiera la llamó. El lunes siguiente, le provocó marcar su número para saber cómo estaba. Carla se alegró al escuchar su voz y Miguel se mostró más atento. Le dijo que había estado pensando en ella y se disculpó por no haberse comunicado antes, pues los trabajos de la universidad lo habían tenido atareado. Lamentablemente, este gesto fue solo una excepción. Porque a los días su desidia se comenzó a evidenciar una vez más y el sábado despertó con una pregunta clavada en su mente: ¿Qué hago en una relación en la cual no estoy interesado? Y luego aparecieron otras interrogantes: ¿Para qué le hago perder su tiempo a Carlita? ¿No sería más honesto decirle la verdad? Fue así que, de un momento a otro, tomó la decisión de llamarla y decirle que era mejor terminar y ser solo amigos. Entonces, salió raudo de su casa y caminó hacia una librería, donde había un teléfono público. Marcó su número y reconoció su timbre voz. Luego de saludarla e intercambiar algunas frases banales, le confesó la verdad. Y como se mencionó al inicio de este relato, a ella se le quebró la voz, como si le hubiesen dado la peor noticia del mundo. Con un tono crispado y plañidero, le señaló a Miguel que era un inmaduro, que no entendía cómo se podía contradecir de tal manera. Y claro, él se quedó mudo, pues sabía que tenía razón.

Qué duda cabe, en las relaciones de pareja, los hombres son básicamente iguales que las mujeres. Ambos son seres contradictorios y volátiles y muchas veces no saben qué buscan (sobre todo de jóvenes). En esta relación, Miguel se equivocó, sin duda, por darle ilusiones a Carla, pero finalmente, aunque tarde, fue sincero con su conciencia.

Luego de aquella llamada, Miguel se sintió liberado pese a que sabía que había herido a una persona, a una linda chica. Tenía emociones encontradas. Pasaron tres semanas, hasta que una noche, al finalizar la clase de teatro, Carla se apareció en el Club. Miguel la saludó al igual que el resto de compañeros. Se le veía bien y no parecía guardarle rencor (eso lo dedujo por la sonrisa que ella le obsequió). En grupo fueron al Pollo Pier a tomar unos

tragos. Ocuparon una de las rústicas mesitas de ese inolvidable bar que fue escenario de innumerables aventuras. Se sentaron juntos y, luego de un par de cervezas, sin saber cómo ni por qué, se cogieron de las manos y terminaron besándose. A los pocos minutos, Miguel se sintió mal por estar usándola y le preguntó si no le molestaba lo que estaban haciendo. Carla respondió: “¡No te preocupes, Miguel. Hay que divertirnos!”. Él quedó anonadado, pues no esperaba una respuesta así. Pero aún hay más. Al salir del bar, caminaron en tropel hacia el parque Kennedy. Era ya medianoche y los postes de luz y los locales de la zona iluminaban el ambiente. Miguel tenía a Carla de la mano y ya cerca del paradero –al ver su carro aproximarse– soltó su extremidad, se despidió de ella y sus amigos con un simple *chau*, y corrió apresurado en dirección al bus. Ella solo atinó a soltar una risita nerviosa que mostraba su desconcierto.

Al llegar a su casa y analizar su “ejemplar” comportamiento, y a pesar de esa frase insinuante de Carla acerca de “divertirnos”, Miguel decidió dejar de hacer más papelones y no seguir haciéndole perder su tiempo. Por ende, no la volvió a llamar ni a escribir.

Dos o tres meses después, se encontraron en una reunión en casa de una amiga del Club. Se saludaron cortésmente. Ya para entonces, Carla estaba con enamorado: un chico alto, flaco, de nariz aguileña, con el cual se mostraba muy cariñosa. La verdad es que Miguel ni siquiera sintió celos o algo parecido. Por el contrario, se alegró de que ella lo hubiese olvidado tan pronto y se le viera contenta. Sin embargo, hubo un momento de la fiesta en que lo invadió un sentimiento de soledad, de melancolía, y una amiga al verlo le preguntó por qué estaba así. “¿Es por Carla?”. “¡No!”, le respondió Miguel, aunque posiblemente tenía algo de razón.

En diciembre, Carla asistió a la muestra final, en el Club, que hicieron los alumnos del primer año. Al culminar la obra, se acercó a Miguel y lo felicitó por su actuación; él le agradeció complacido. Charlaron todavía un momento

sobre el escenario. Ella lucía alegre, y en su rostro y en sus palabras no había huellas de resentimiento.

Después Miguel supo, por amigos en común, que había viajado a Italia para estudiar y residir allí. Desde entonces, aunque no se han vuelto a ver hace años, sabe de ella porque la tiene agregada a su Facebook. Y siempre aprovecha para saludarla por su cumpleaños. Con el tiempo, asimismo, él ha aprendido a valorarla más como persona, a agradecerle de manera silenciosa porque –a pesar de su inmadurez del pasado– han mantenido una amistad respetuosa a la distancia.



Impulsado por un repentino recuerdo, Miguel se levantó de la silla de su escritorio y ubicó en un estante, de su habitación, aquel libro que le regaló a Carla más de diez años atrás: *Amores imperfectos*, de Edmundo Paz Soldán. Era una edición idéntica que había conseguido en una feria de libros viejos tiempo después. En la portada, en la parte superior, el título aparecía en letras blancas sobre un fondo negro; más abajo, se dejaba ver una ilustración de varios corazones de diversos colores y formas encerrados en pequeños rectángulos asimétricos. Uno de los relatos se llamaba “Presentimiento del fin”. Miguel leyó el inicio y, conforme avanzaba la lectura, su rostro comenzó a lucir visiblemente sorprendido: “Cuando Lafforet la citó a la heladería La Fuente del Deseo, Raquel supo inmediatamente que se trataba de algo grave. Después de salir dos meses con él, una cosa tan formal como una cita solo podía augurar malas noticias. ¿Estaría pensando en terminar con ella?”. En ese preciso instante, Miguel tomó conciencia de que el título de aquel libro –que le obsequió al azar– reflejaba muy bien lo que había vivido con Carla. Había sido un amor imperfecto; pero uno digno de recordar. Sin lugar a dudas.

# Mariana

Miguel era jefe de prácticas del curso de Literatura en la Universidad de Lima. Acababa de cumplir veintisiete años y hacía dos que había terminado su carrera de Comunicaciones. Volver a su universidad como asistente le pareció muy atractivo. Una de las cosas que más le llamaba la atención, además de la calidez con que lo acogió el profesor Montes (a cargo de la asignatura), era la belleza de las estudiantes. ¡Qué bonitas mujeres había por todos lados! En ningún lugar de Lima se podía encontrar tantas chicas guapas. Recordó que durante su tiempo de universitario, debido a su timidez, no había vivido todas las historias de amor que su mente albergaba. Se prometió entonces, ya más seguro de sí, ir en busca del tiempo perdido.

## **7 de abril**

¡Hoy conocí a la chica más linda del mundo! ¡De verdad, no exagero! Estaba en la fotocopidora de la facultad de Comunicaciones, revisando material de Literatura, cuando la vi. Era luz pura. Un angelito con cuerpo de mujer. Ella estaba sacando copias con unas amigas y platicaban. Me quedé arrobado mirándola. No podía apartar la vista. Su sonrisa, su voz risueña y sobre todo sus ojos iluminaban ese oscuro pasadizo y, de paso, me iluminaron a mí... Creo que se dio cuenta de que la observaba porque, en un momento, ella y sus amigas voltearon hacia mí (estaba al costado) y sonrieron de manera cómplice. Pero no fueron sonrisas burlonas, sino más bien de agrado o aprobación, como diciendo: “¿Y quién es este chico? Parece interesante”. A los pocos minutos, tuve que partir pues tenía que hacer, además era imposible acercarme de la nada (tan mandado no soy). Pero cuando crucé el pasillo y empecé a bajar la escalera de la facultad, mis pies no quisieron avanzar. Se rebelaron a mi cuerpo. Me quedé entonces parado al borde de la escalinata y esperando, ojalá, que ella pasara por ahí. Efectivamente, al rato, la muchacha bonita y sus amigas cruzaron por donde estaba y bajaron las gradas. Yo me senté en uno de los escalones y contemplé cómo se alejaba. Era como ver el sol cuando se hunde en el mar. Finalmente, su figura terminó por desaparecer en medio del horizonte. Lancé un suspiro y

pensé que sería bueno volver a verla. Grabé en mi mente el día y la hora (lunes, a la una) y me prometí estar ahí la próxima semana.

### **14 de abril**

Hoy la volví a ver. Definitivamente es hermosa. Pequeña, de contextura mediana, tez blanca, mejillas rosadas, cabello castaño y ondulado, ojos grandes de color pardo, cejas pobladas y la sonrisa más encantadora que he visto. Transmite vida con su sola presencia. Pues bien, hoy lunes estuve en la entrada de la facultad, quince minutos antes de la hora prevista. Me ubiqué en medio del pasillo y la escalera, y comencé a desplazarme de un lado a otro, ansioso, viendo si ella llegaba o salía. Ya era la una y no aparecía. En un momento, ya cansado y con la esperanza escapándose de mis manos, me senté al pie de las escaleras. Miraba sin observar lo que sucedía a mi alrededor (me refiero a lo secundario, a lo accesorio). Mis cinco sentidos estaban puestos en detectar su presencia. Fue entonces que la vi aparecer. Venía sola del lado de los jardines. Caminaba con estilo: rápido y elevando los talones del suelo, como si levitara; y noté que iba a pasar frente a mí. Fueron solo breves segundos pero los suficientes para mantener mis ilusiones intactas. Me pareció incluso que, en un momento, disminuyó la velocidad para que yo pudiera contemplarla. E incluso en un instante, que para mí fue eterno, me lanzó una breve, rotunda y fulgurante mirada que me dejó anonadado... Me pregunto, ¿cómo se llamará?

### **17 de abril**

Caminaba por los jardines de la universidad, luego de la clase de Literatura, cuando la divisé a unos veinte metros. Estaba acompañada de un joven trigueño de patillas largas y camisa blanca, junto a una cabina telefónica. Él hablaba por el auricular, mientras ella esperaba a su costado. Cuando el muchacho finalizó su llamada, ambos se pusieron a charlar. Ella lo miraba con semblante cariñoso, pero él no parecía darle tanta importancia. En un momento, deslizó su mano derecha sobre la mejilla de él y la pellizcó con ternura. Al poco rato, se despidieron. Por lo que parece, son solo amigos... Ese angelito es como me lo imaginaba: transmite buenas vibras con su sola presencia y yo, por algún mágico motivo, logro percibir estas.

## **22 de abril**

Ayer lunes, trabajaba mi tesis en la biblioteca, cuando al ver la hora (casi la una), me dispuse a salir y dirigirme a la facultad de Comunicaciones. Pero antes, me asomé por un amplio ventanal del tercer piso y la vi sentada sola en una de las bancas contiguas a la fachada. ¡Sí, completamente sola! Vestía un jean marrón de corduroy, un polo amarillo y zapatillas cremas. Se le notaba algo intranquila, ansiosa, como si esperara a alguien. En ese instante, pensé en acercarme pero vacilé y no me atreví. Cuando se paró y se marchó, me arrepentí a mares pues una oportunidad como esta no se presenta muy seguida. Eso sí, me he prometido que la próxima vez voy a abordarla (¡no sé cómo voy a iniciar la conversación!) y le voy a decir que me muero de ganas por conocerla. Y aunque soy consciente de que no hay motivo para hacerme ilusiones, yo ya decidí correr el riesgo. Pues en una chica como ella, todo se torna en una maravillosa aventura.

## **24 de abril**

La biblioteca de la universidad es un cálido y espacioso edificio de cuatro pisos con salas de lectura en cada planta. Queda en medio de las facultades de Derecho y de Comunicaciones. En frente, se ubica un amplio jardín circular, provisto de flores de diversos colores. La biblioteca resulta, por tanto, un lugar estratégico. Hoy me situé en una esquina de la sala del primer piso, en una de las mesitas de madera, donde se divisa la entrada de los alumnos de Comunicación. De esa manera, mientras avanzaba mi tesis también podía estar pendiente de ella... Pues bien, hoy jueves, a pesar de que no es habitual, logré verla. Todo sucedió muy rápido. Estaba revisando un texto, cuando alcé la vista y, a través de la ventana, distinguí su luminosa figura en dirección a la facultad. Estaba vestida con un pantalón de buzo negro, un polo blanco y usaba lentes oscuros. No se le veían sus ojos, pero sí su hermosa sonrisa (siempre se le ve sonriente) y ese andar suyo tan elegante y erguido. Después de verla pasar, ya no pude concentrarme y pensé que tenía que acercarme sí o sí la siguiente vez. No importaba que me choteara. No importaba que me muriera de miedo. Iba a correr el riesgo. ¡Pero primero tengo que escribirle una carta, como una manera de demostrar que mi interés es genuino!

### ***Tu aura***

*No sé si el resto de mortales puede ver lo que yo veo en ti. No sé si el*

*resto de mortales crea lo que te voy a decir. Tal vez ellos, al escucharme, me tildarían de chiflado, de poco serio, pero sabes, no me importa lo que puedan pensar (me interesa únicamente tu opinión).*

*Antes de contarte mi secreto, debo confesarte que siempre fui un poco reacio a aquellas creencias que se basan en la fe o en la cábala, aquellas que escapan a la razón y solo pueden sentirse mas no explicarse (Dios es un magnífico ejemplo). Soy en suma como esas personas que aunque admiran la inquebrantable fe y convicción de un creyente, dudan que pueda ser cierto.*

*Pues bien, ahora debo admitir que algo ha cambiado en mí. Y esto empieza en el preciso momento en que te vi por primera vez. En aquella ocasión, como en los relatos de la Biblia que tratan de la conversión de hombres ateos y pecadores, sentí como una revelación, como un haz de luz que me cegaba la vista e invadía todo mi ser. Desde entonces mi vida no ha vuelto a ser la misma.*

*Ahora, a diferencia de antes, mi existencia ha cambiado notablemente. La monotonía, la falta de interés, el egoísmo, han dado paso a la aventura, a la emoción, a la generosidad, a una infinita ansia de vivir. No sé si me puedas creer, pero yo tengo la suerte (a partir de aquella revelación) de ver tu aura: esa aura que es como un halo de energía, como una aureola de luz que llevas contigo a todas partes y que desperdigas ante mí como por arte de magia.*

*Paradójico aceptar que me equivocaba con respecto a la fe ciega de los creyentes. Paradójico reconocer que no encuentro una explicación racional a aquello de tu aura. Sin embargo, te agradezco que hayas encendido en mí esa bendita fe que me lleva a hacer cosas que no haría normalmente, llevándome a buscarte en todos los lugares a donde voy y planeando la estrategia adecuada para ingresar a tu mundo... ¡Este es mi secreto!*

## **25 de abril**

Ahora que lo pienso, nunca me había pasado esto antes. Bueno, tal vez sí cuando era adolescente. Me refiero al amor a primera vista. Recuerdo que cuando tenía catorce años me enamoré de una chica que vivía por mi barrio. Se llamaba Gabriela y era una morochita lindísima. Me bastó verla una vez y

cruzar algunas palabras amables, para quedar hechizado y pasarme meses de meses pensando en ella. Luego con los años y la llegada a la adultez, esos amores ingenuos desaparecieron y era un imposible volver a enamorarme de esa manera. Al menos eso creía. Pero así me ha pasado ahora, pues no hago más que pensar en la chica bonita de la facultad. Y más aún –como señalé en mi carta– yo puedo ver su aura, esa que antes solo me parecía una palabra vacía. Sí, así es, yo puedo percibir, a metros de distancia, una corriente de energía y bondad que se desprende de su ser e irradia a los demás. Y eso lo comprobé hoy, cuando la vi a lo lejos, oliendo una flor en el jardín circular. La divisé desde la biblioteca y capté esta inolvidable escena: ella arrodillándose y cogiendo con su mano derecha una flor amarilla y, sin arrancarla de su delgado tallo, la olió como si quisiera sentir el perfume de la vida. Como bien escuché una vez, en los detalles se ve a las personas, y ya no me queda la menor duda de que es una mujer valiosa.

### **28 de abril**

Hoy, muerto de miedo, me atreví a hablarle. El resultado: una mezcla de sensaciones encontradas. Por un lado, me animé; por otro, no le dije lo que realmente quería. Pero vamos en orden. Estaba caminando hacia el comedor, cuando la vi venir en dirección opuesta. Inevitablemente nos íbamos a cruzar. Además estaba sola y no había gente alrededor. Era la situación perfecta. Aceleré el paso para evitar que se encontrara con alguien y perdiera mi oportunidad. Sentía el corazón retumbar, pero sabía que era ahora o nunca. El sol esparcía sus cálidos rayos como prodigando caricias. Noté que llevaba gafas oscuras nuevamente. “¿Cómo la abordo?”, pensaba. No tenía la menor idea. Cuando estábamos casi a la misma altura, me acerqué, y le dije con el tono más casual que pude:

–¡Hola, disculpa! ¿Te conozco de algún lado? –

La chica linda se detuvo, giró hacia Miguel (pues se había adelantado un poco), se quitó los lentes de sol lentamente, lo miró con ojos risueños, y en tono amable le respondió:

–¡No que yo sepa! –

Él no estaba preparado para una respuesta de ese tipo, así que solo atinó a contestar:

–Ah...disculpa entonces. ¡Gracias de todas maneras! –

–¡Okey, no te preocupes! –dijo ella comprensiva, y siguió su camino.

Cuando Miguel la vio alejarse, pensó que debió haberle dicho algo más. Haber buscado otra forma de proseguir la conversación. Y de esa manera averiguar, al menos, su nombre (estaba seguro de que tenía uno hermoso). Pero lo importante, reflexionó –tratando de rescatar el lado positivo– era que por fin ella ya sabía que ¡él existía!

### **30 de abril**

Hoy miércoles, me la volví a encontrar en la facultad de Comunicaciones. No le hablé pero sí la vi en la rampa de ingreso. Y solo ese hecho me alegró el día... Se nota que es querida por sus amigas. Cuando está con ellas, parece la líder del grupo y siempre está bromeando o riéndose. Sin duda, es la más simpática. Pero lo que más me conmueve es que sus amistades se dirigen a ella con mucho afecto. Y en la facultad, por lo que noto entre los muchachos de su edad, es popular en el buen sentido de la palabra. Seguro que debe tener varios admiradores; sin embargo, para mi suerte, ahora solo la veo con mujeres... ¡Debo volverle a hablar!

### **2 de mayo**

He vivido una de las experiencias más inolvidables de mi vida ¡Y todo gracias a ella! ...Yo no había tenido un buen día. Había ocurrido un incidente con un par de alumnos, durante el examen de Literatura que supervisé. Y eso me puso de mal humor. Por eso, decidí regresar a mi casa una vez que terminó la prueba (a pesar de que en un inicio, pensé en esperar a la chica bonita). Sin embargo, cuando ya estaba en el bus, a unas pocas cuerdas de mi hogar, sentí remordimientos y mi conciencia me incitó a retornar. Fue así que, de pronto, me bajé del colectivo y tomé otro de regreso a la universidad.

En el trayecto, una serie de vacilaciones y debilidades me vinieron a la mente (producto del percance que había tenido), pero entendí que debía concluir lo que ya había empezado. Cerré mis ojos y traté de mantener mi temple. Cuando descendí del bus, a la altura de la avenida Olguín con el Jockey Plaza, avancé unos metros y, ¡oh casualidad!, la vi a ella junto a una amiga caminando hacia donde yo estaba. Sorprendido solo atiné, al pasar por su lado, a intercambiar miradas fugaces y con apariencia desinteresada. Volteé de inmediato y noté que cruzaba la pista rumbo al Jockey Plaza. Estaba bellísima con el pelo amarrado y recogido por detrás con una cinta. Llevaba una blusa suelta de color azul con florecitas y un jean holgado. Su piel blanca y sus ojos pardos resaltaban aun más con aquel sol intenso que refulgía. Por mi cabeza pasaron miles de ideas en cuestión de segundos. En ese momento, ella volteó su rostro y sus ojos se cruzaron con los míos. Al verse sorprendida, se volvió de inmediato y prosiguió su marcha. Ahí entendí que debía hacerlo. ¡Era la señal que necesitaba! Entonces, atravesé la pista a toda velocidad y le di el alcance en la entrada del centro comercial.

–¡Disculpa! –le dijo abordándola– ¡Me gustaría hablar contigo un momento!–

Ella lo miró sorprendida. Sus mejillas se encendieron. Al costado, su amiga los observaba con rostro serio.

–¡Por favor, dame un par de minutos. Solo quiero conversar contigo! –le recalcó Miguel en tono firme y educado.

Ella al escuchar esto, esbozó una ligera sonrisa (como sintiéndose halagada), lanzó una rápida mirada a su amiga y le pidió que se adelantara, que la alcanzaría en unos minutos en el patio de comidas. Finalmente se quedaron los dos solos, en medio de la acera, con una multitud de gente que entraba y salía del Jockey Plaza.

Esa mañana, él le dijo lo que siempre había querido decirle. Mientras lo hacía, con el sol abrazándolos desde arriba, supo que no se había equivocado: era bellísima y esa aura que irradiaba no era una quimera, sino real. Conversaron cerca de quince minutos. Ambos se hacían preguntas cargadas

de interés... Su nombre era Mariana y estudiaba Comunicación para el Desarrollo. Tenía solo diecinueve años y estaba en la mitad de la carrera. Por su parte, Miguel le mencionó que había terminado Comunicaciones un par de años atrás y ahora era jefe de prácticas de Literatura. Agregó que dudó mucho en acercársele, pero entendió que no perdía nada intentando. Mariana, con una sonrisa encantadora, le respondió que eso demostraba que tenía personalidad. Finalmente, le confesó que le parecía simpática y que quería conocerla. Ella guardó silencio unos segundos, luego lo miró fijamente a los ojos y le señaló que podían ser amigos, que la próxima vez podían saludarse y platicar. Miguel estuvo de acuerdo (ser su amigo es un buen inicio, pensó) y con un beso en la mejilla se despidieron. Cuando Mariana ya se estaba marchando, volteó de pronto y le dijo emocionada: “¡Gracias por hacerme sentir tan importante!” (con esa frase Miguel se enamoró aun más). Él se detuvo también, dio unos pasos hacia ella y señaló conmovido: “¡Gracias a ti por dejarme conocerte!”.

### **9 de mayo**

Esta semana no he visto a Mariana. A pesar de que he estado sentado en las gradas de ingreso a la facultad, horas de horas, esperando a ver si aparecía, y en la biblioteca, asomándome por los ventanales, no la he podido encontrar... Espero verla pronto.

### **12 de mayo**

Hoy lunes tampoco he tenido suerte. Normalmente, ese día siempre la encuentro. ¿Será que me está evitando? ¡Ojalá que no! Pero es muy raro que después de esa inolvidable conversación, no la haya visto. Pareciera como si se hubiese esfumado... No importa, seguiré rondando por los alrededores de la facultad. Tarde o temprano debe aparecer.

### **14 de mayo**

Hoy perdí una maravillosa oportunidad de acercarme. Luego me he arrepentido por mi falta de audacia... Estaba en la biblioteca investigando

para mi tesis, cuando asomé mi rostro por la ventana y la vi con un nutrido grupo de amigos en la entrada de la facultad. Me moría de ganas de aproximarme, pero me paralizó que estuviese acompañada. ¿Cómo iba a iniciar la conversación? ¿No la podía incomodar? ¿Estaría ocupada? Y esas interrogantes frenaron mi iniciativa. Eso sí, he jurado acercarme la próxima vez que la encuentre. Mariana me dio una chance y espero no desperdiciarla.

### **19 de mayo**

Al igual que la semana anterior, divisé su inconfundible silueta desde la biblioteca. Nuevamente, estaba con un grupo de compañeros en la escalera de acceso a la facultad. Me acordé de la promesa que había hecho: tomé una bocanada de aire y salí presuroso del edificio. Estaba decidido y un misterioso halo de valentía se apoderó de mi ser. Mariana, de espalda, charlaba con una de sus amigas al pie de las gradas. Llevaba una casaca crema y un jean celeste. Le toqué suavemente el hombro con mi índice derecho. Ella volteó y le dije “¡hola!” de manera cortés. Mariana me saludó y sus mejillas rosadas se sonrojaron aun más. Le pregunté cómo estaba, cómo le iba en los cursos. Ella respondió amable a mis preguntas. Durante la breve conversación que tuvimos (en la que sentí la mirada curiosa de algunos), era consciente de que debía darle su espacio para no incomodarla; por eso, tras un par de minutos, como si se tratase de un encuentro fortuito, me despedí. Esa noche, antes de acostarme, sentí que había dado un pequeño gran paso en mi intento por conocerla.

### **30 de mayo**

¡Más de diez días sin verla! ¿Me estará rehuyendo?... Debo pensar en positivo, no me queda otra.

### **3 de junio**

Ayer, luego de dos semanas sin tener noticias de Mariana, la esperé en la universidad. No me iba a marchar sin platicar con ella. Ya había pasado un mes desde aquella vez que la abordé en el Jockey Plaza (y pensaba no dejar

correr más el tiempo). Fue entonces que me senté en la escalera de Comunicaciones y me puse a esperarla. Tarde o temprano debía aparecer. Y así sucedió. Después de tres horas, por fin atisbé su presencia. Venía de la cafetería y se dirigía a la facultad. No iba sola, sino acompañada de dos amigas. Al ver que se aproximaba, me paré lentamente y, encomendándome a dios, caminé hacia ella.

–¡Hola, Mariana!, ¿cómo estás? –le dijo Miguel con repentina seguridad.

–¡Hola! –le contestó ella afable.

Sus amigas, como un pacto tácito, prosiguieron su camino y los dejaron a solas.

–¿Cómo te va en los estudios? –preguntó él.

–Todo bien –pero su tono de voz traslucía cierta incomodidad.

“No importa, debo romper esa barrera”, pensó Miguel.

–¿Te puedo invitar un café? –

–Disculpa, ahora no puedo. ¡Estoy con mis amigas! –contestó ella.

–¿Y las puedo acompañar? –preguntó, tratando de encontrar alguna solución.

–¡No creo. Ahora no! –le respondió.

Tras una breve pausa, Miguel señaló:

–¡Entonces otro día! –

Mariana bajó la mirada al piso y guardó silencio durante un par de segundos. Luego alzó el rostro y dijo:

–Sabes, mejor hay que dejarlo ahí nomás –

–Pero ¿por qué? ¡No entiendo! –le contestó él sorprendido. Y agregó: –

¡Yo te quiero conocer!—

—¡Lo siento, pero es mejor que lo dejemos ahí! —dijo ella con voz grave.

—¿Estás segura? —preguntó Miguel tratando de persuadirla.

—¡Sí! —señaló.

—...Mariana, me da pena lo que dices. Pero si eso es lo que quieres, lo respeto.

—Lo siento mucho... ¡Adiós y buena suerte! —concluyó ella.

—¡Adiós! ¡Suerte para ti también!

Después la vio marcharse y se entristeció por aquel sorpresivo cambio de opinión. “¿Qué había hecho mal?”, se preguntó Miguel varias veces, pero no encontró respuesta alguna. Sin embargo, aquel tono circunspecto y la mirada taciturna de Mariana le seguían rondando la cabeza. ¿Será que lo conoció de manera poco habitual y por tanto resulta un completo desconocido para ella? ¿Será posible que alguna amiga la haya indispuerto frente a él? ¿Será posible volverle a insistir? ¡No lo sabía! La única certeza que tenía era que le apenaba mucho este desenlace.

## **6 de junio**

Eran las ocho de la mañana, aproximadamente. El cielo lucía nublado y corría un viento gélido. Me dirigía a la biblioteca, cuando de pronto me la encontré. Mariana charlaba con un grupo de estudiantes frente al jardín circular. Seguramente conversaban sobre algún curso, pues en la universidad están en semana de exámenes. Pese a que estaba de espalda, la reconocí de inmediato. Llevaba una chompa color vino y un pantalón crema. Justo cuando estaba a su altura, Mariana volteó y nuestras miradas se cruzaron. Sin embargo volvió el rostro de inmediato, evidentemente ruborizada. Al percatarme de esto, proseguí mi camino e ingresé a la biblioteca. Sin duda me hubiese gustado acercarme, pero recordé su negativa y decidí respetar su decisión. Además estaba a punto de dar un examen, así que no era el

momento adecuado.

### **10 de junio**

¡No aguanto! Tengo que volverle a hablar. Algo me dice (una corazonada) que la negativa de Mariana se debió más a sus dudas que a un verdadero rechazo. Algo me dice que si le insisto, puedo convencerla de que se rectifique, de que cambie de opinión. Además, no lo olvides, las mujeres son volubles en sus emociones y uno debe ser firme si quiere conquistarlas. Es cierto, el riesgo es más que evidente, pero vale la pena. ¡Ella lo amerita! Por si fuera poco, no le he entregado la carta que le he escrito... Mariana, ¿me atreveré a hacerte la conversación nuevamente? ¿Podré persuadirte? ¿Me acordaré de entregarte tu carta? ¡Ojalá que sí!

### **12 de junio**

Hoy jueves, en la tarde, fui a la facultad decidido a conversar con Mariana. Me ubiqué en el pasillo de ingreso que da a la fotocopidora y me senté a esperar en el piso de losetas cremas. Saqué de mi mochila un libro de Cortázar, *Rayuela*, y me puse a leer mientras ella llegaba. Pasó cerca de media hora, cuando alcé el rostro y noté, sorprendido, que Mariana pasaba rauda por mi costado e ingresaba a la facultad. Fue todo tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Decidí aguardar a que saliera: seguramente tenía clase y en un par de horas saldría. Y así fue, me quedé esperándola y luego de casi dos horas la vi atravesar nuevamente aquel pasillo. Nos miramos de reojo, pero no atiné a nada y la dejé marchar (tuve un rezago de timidez). Mientras la veía alejarse, me levanté. Ella caminó en dirección al pabellón de Sistemas, que era el edificio contiguo al estacionamiento. La seguí a una prudente distancia. Ya era de noche y un viento frío se esparcía por la atmósfera. Su figura se aproximó al iluminado ascensor de aquella facultad. Noté que estaba vacío e iba a ingresar, y corrí para alcanzarla. Rogué que la suerte estuviese de mi lado. Estaba a punto de entrar al ascensor cuando, de pronto, Mariana –al ver que me aproximaba– salió de este y me encaró.

–¿Por qué me sigues? –señaló ella airada. Su rostro lucía visiblemente contrariado. Y agregó:– ¡Lo has vuelto a hacer!

–Disculpa si te incomodo. Solo quería charlar contigo –le contestó Miguel tratando de apaciguar la situación.

–¡Pero ya te dije que no! –exclamó ella.

–Sí, lo sé, pero igual necesitaba acercarme. ¡Disculpa nuevamente!

–¡Pero lo has vuelto a hacer! ¡Lo has vuelto a hacer! –señaló ella sonrojada y esa frase resonó como un eco en los oídos de Miguel. Sin embargo, y pese a que Mariana lo increpaba, sintió que no era con odio, sino como una madre irritada que reprende a su hijo por alguna travesura.

–Mariana, no te quiero incomodar, solo deseo saber si estás segura de lo que me dijiste la otra vez –insistió Miguel.

–...¡Sí, lo estoy! –contestó ella con voz grave y agachó la cabeza.

Esa frase dejó mudo a Miguel. Y ya no pudo, pese a que quería, decirle algo más.

–No te preocupes, Mariana. Ya entendí. ¡Que te vaya bien en tu vida! –señaló él y se alejó a paso lento. Ella, sorprendida, lo quedó mirando.

Al llegar a casa, me cambié de ropa y me eché en mi cama. La cabeza apoyada en la almohada, los ojos mirando el techo en penumbra y mi mente en un viaje interior. Estuve así un par de horas. Y tuve la sensación (equivocada quizá) de que el meollo de esa breve conversación no estuvo en lo poco que nos dijimos, sino en nuestros silencios, en nuestros gestos. Pero ya no había nada que hacer. Y al menos como consuelo, tuve la sensación, la tranquila sensación, de que había hecho todo lo que estuvo a mi alcance.



Luego de aquella vez, Miguel la vio un par de veces más por la facultad, pero ya no intentó acercarse. Ni siquiera para entregarle su carta (que se había olvidado nuevamente). Pensaba que Mariana había sido clara con él y debía respetar, ahora sí, su voluntad. Aunque ganas no le faltaron, ya que incluso le

escribió un par de misivas más con la intención de enviárselas y le siguió los pasos por las redes sociales. Sin embargo, un par de meses después, entendió que esas fantasías o vanas ilusiones que inventaba en medio de su soledad no tenían asidero.

Tres meses más tarde, mientras caminaba por la universidad, la encontró platicando con un chico. Mariana llevaba una rosa blanca en su mano y ambos se miraban con indudable simpatía. Aferrado a una vaga esperanza, Miguel pensó que se trataba solamente de un buen amigo. Pero no. Al día siguiente, los vio de la mano, caminando hacia el estacionamiento e ingresando a un moderno auto azul. El muchacho, pensó Miguel, resultaba ideal para ella. Simpático, de aspecto noble y casi de la misma edad: parecían hechos el uno para el otro. Y Miguel, como buen perdedor, se alegró por Mariana. “¡Al menos, ha sabido escoger!”, reflexionó. Y eso lo confirmó a través de las redes sociales. Aquel era un joven comunicador de veinte años que ya había ganado un premio al mejor corto audiovisual. Y por sus fotos, al igual que ella, era muy querido entre sus amigos. Las imágenes de ambos juntos no dejaban la menor duda. Estaban enamorados y hacían una linda pareja.



Hace un tiempo, ingresé al Facebook para saber qué era de la vida de Mariana. Fue así que me enteré que, tras finalizar su carrera, viajó a Argentina –junto con su enamorado– a cursar ambos una maestría. A su regreso a Lima, fundaron una empresa que mezclaba la comunicación con la educación: enseñan a niños y adolescentes a escribir y grabar sus propios cortos audiovisuales. Antes de cumplir los treinta años, viajaron por diversos países y provincias del Perú. Hace poco, se casaron y tuvieron su primer hijo, un varoncito que ha heredado la sonrisa y la mirada de su madre. Mariana, por lo que se aprecia en sus fotos, sigue hermosa como siempre y se le ve muy contenta con su nueva familia.

Personalmente, me alegro mucho por ella y rescato que debido a Mariana

(o gracias a ella), he podido escribir esta historia que se debe parecer a muchas otras –tal vez la tuya– y rescatarla así del olvido y del paso del tiempo, para que ojalá pueda vivir, por siempre, en el corazón de un lector. Finalmente, es una forma simbólica de hacerle llegar sus cartas a Mariana, esas que nunca le pude entregar, pero que tal vez, a través de la literatura – como por arte de magia– llegue un día a sus manos este relato y sepa que, en un tiempo no muy lejano, hubo un chico que también la quiso.

# Lucía

**De: Miguel**

**Fecha: 12 de diciembre del 2007**

*Lucía:*

*Eres muy bonita pero mentirosa (y así, te van a mentir también toda tu vida). De todas maneras, que te vaya bien. Y ahora que escribo esto recuerdo la frase de nuestro profesor Luna, que un día me dijo: "A las mujeres hay que usarlas". En esa época (más chibolo e idealista) me opuse, pero debo reconocer que tenía razón. A ustedes las tratan bien y es peor; las tratan mal y ahí están como pánfilas. Gracias a Dios, los hombres no somos tan bobos.*

*¡Hasta nunca!*

**De: Lucía**

**Fecha: 13 de diciembre**

*Hola, Miguel:*

*Te agradezco por aquello de "Lucía bonita", lástima que seas un resentido social. Aprovechando aquello de las frases, en la clase del profesor Gonzales se me quedó grabada la siguiente: "La ignorancia es atrevida, mientras más ignorante más atrevida". ¿Te suena? Estoy segura que sí.*

*Por tus palabras, interpreto que has tenido terribles experiencias amorosas (es de esperarse); además, mi estimado, el mal genio brota por tus venas y eso sin contar con el tedio que te caracteriza, lo que adormece y espanta a cualquiera.*

*Siempre fui muy respetuosa contigo, motivo por el cual jamás te mencioné directamente que no me interesabas en lo absoluto; traté de que seamos amigos pero la verdad... ya tengo suficientes y no necesito extras.*

*¡Suerte, Miguel! ¡La vas a necesitar!*



El primer recuerdo que tengo de Lucía fue cuando el profesor Montes, del curso de Literatura en la Universidad de Lima, solicitó, en la semana inicial de clases, hacer un pequeño trabajo grupal. Una chica de tez trigueña y

cabello ondulado, que no sabía que yo era jefe de prácticas, me pidió que me incorporara a su grupo y acepté (pese a que no me correspondía). Aquel estaba conformado por cuatro jovencitas: una de ellas era Lucía. A primera impresión, no me pareció especialmente atractiva, sin embargo fue la que me cayó mejor. Se le veía noble y educada, y era muy cálida en su trato. Además, mientras hacíamos el trabajo, sentí que nuestras ideas se complementaban y nos apoyábamos mutuamente. Recuerdo que esa noche, antes de dormir, pensé un instante en ella.

Acostumbraba a llegar temprano (las clases eran a las ocho de la mañana) y se sentaba en las carpetas de adelante, junto a las tres chicas de aquel grupo. Dos de ellas no me traían buena espina, pues las notaba interesadas y fingidas. “¿Qué hace con ellas?”, me preguntaba. Sin embargo había otra, la más calladita, de anteojos y cabello negro largo, a quien sí se le veía buena persona y me inspiraba confianza. Al menos tiene una verdadera amiga, pensé. Por entonces, aún no sabía cómo se llamaba ni estaba interesado en ella, no obstante la miraba de lejos con simpatía.

Hubo una mañana en que llegó más acicalada que de costumbre y ahí noté, recién, que era más linda de lo que creía. Verla con el cabello húmedo y suelto cayendo sobre sus hombros, sus ganchitos de colores dándole forma a su peinado y, sobre todo, su encantadora sonrisa (esas sonrisas que transmiten la frescura y ternura que solo una muchachita de dieciocho años puede tener) me conmovieron. Por si fuera poco, al finalizar la clase, yo que estaba sentado detrás, le hice una pregunta y, al voltear para contestarme, noté que tenía unos grandes y hermosos ojos café. Fue entonces que mi simpatía se acrecentó.

Sin embargo, como ya indiqué, todavía no pensaba en tener algo con Lucía. Primero, porque la veía demasiado jovencita. Y segundo, especialmente, porque me había enamorado de una estudiante de Comunicaciones llamada Mariana. No obstante, luego de un mes y medio de

cortejarla, ella me dijo que no y, tras un “periodo de luto” de dos semanas, decidí conocer más sobre esa chica de la clase de Literatura.

Supe su nombre el día que el profesor Montes entregó los exámenes parciales. Le pedí su prueba y ella me la dio. Había aprobado con doce. A pesar de eso, lo tomó con buen humor y me dijo que se iba a reivindicar para el final. Yo le brindé mi apoyo. Antes de leer su nombre y su apellido, intuí que se quedarían grabados para siempre en mi memoria. Y así ocurrió.

A partir de entonces, en cada clase, trataba de conocer un poco más del mundo de Lucía. Es cierto que en el salón, había chicas más guapas e incluso más inteligentes (pues ella no participaba mucho y las veces que lo hacía no decía nada del otro mundo); sin embargo, y a pesar de eso, yo percibía su valor, su talento y una especie de sabiduría que afloraba cuando conversábamos brevemente. Asimismo, fui sabiendo cosas de ella como, por ejemplo, que pensaba estudiar Comunicaciones, que era piscis (al igual que yo) y que tenía efectivamente dieciocho años. Cuando supe su edad, no lo vi ya como un impedimento; pero se me pasó por la cabeza que, de repente, Lucía no lo tomaría así (eran nueve años de diferencia). En todo caso, concluí que tenía que hacerme su amigo e ir ganándome su confianza poco a poco.

Se me ocurrió demostrarle mi interés sutilmente y ver cómo lo tomaba. Recordé que la primera vez que charlamos, en aquel trabajo grupal, me deslizó una pregunta que no supe contestar: por qué “El perro del hortelano” (título de una obra de teatro) llevaba ese nombre; es decir, por qué “del hortelano” y no otro adjetivo. Averigüé que el término provenía no solo de la famosa comedia de Lope de Vega sino, mucho antes, de una fábula de Esopo del mismo nombre. En este relato el perro es el guardián de la huerta de su amo y de ahí surge lo de hortelano. Además, el diccionario de la Real Academia Española confirmaba lo anterior, ya que define hortelano como aquel que cuida una huerta. Así, y resuelta la interrogante, llevé a la clase de Literatura mis *Fábulas de Esopo* y saqué una copia de la fábula. Esa mañana,

el profesor Montes pidió que leyéramos la separata del curso, pero como yo no tenía, le pedí a Lucía para sentarme a su lado. Ella aceptó encantada. Casi al finalizar la clase, saqué el libro y le dije que había resuelto su duda acerca de la interrogante que me hizo una vez. Lucía ni se acordaba, sin embargo me agradeció con una hermosa sonrisa y más cuando le entregué la fotocopia. “¡Muchas gracias!”, señaló. Y eso bastó para que mi pequeño detalle valiera la pena.

A partir de entonces, con la excusa de que no tenía las lecturas del curso, me sentaba junto a ella en clases y Lucía lo tomaba de buena manera. Cada vez parecía haber más confianza entre ambos. Una mañana, una chica de cabello ensortijado y voz aflautada, que siempre intervenía, dio su opinión con respecto a un tema y yo le comenté a Lucía que tenía buenas ideas. La clase siguiente, sin embargo, el profesor Montes le llamó la atención pues aunque participaba, era también un poco malcriada. Lucía, que estaba a mi costado, me miró y me dijo en tono de reproche: “¡Ahí está pues, la chica de la que tanto hablabas!”. Enmudecí enternecido con esa pequeña escena de celos y luego le respondí: “Yo solo dije que tenía buenos comentarios”. Lucía me quedó observando. Fue en ese momento que pensé que, quizás, no le era indiferente.

El ciclo fue avanzando y yo seguía intentando adentrarme en su mundo. Una de las cosas que más me gustaba de Lucía era cómo hablaba de su madre. Siempre que se refería a ella lo hacía con un cariño y una dulzura que me dejaban arrobado. Si así quiere a su madre, me conformo con la mitad de ese amor, reflexionaba. La penúltima semana de clases, decidí invitarla al teatro, a una obra de clowns que estaba en cartelera en ese momento y que tenía muy buena acogida. Debía arriesgar pues el tiempo se agotaba. Como siempre, nos sentamos juntos y antes de finalizar la clase aproveché para comentarle sobre la obra que estaban dando en el Británico. “¡Me han dicho que está bonita!”, señaló ella con entusiasmo. De inmediato, crucé los dedos y le lancé la temida pregunta: “¿Te gustaría ir a verla?”. Lucía, sin titubear y risueña, me respondió que sí. Yo me sentí más que feliz y respiré aliviado. Luego de terminar la sesión, intercambiamos los números de nuestros

celulares. “¡Nos comunicamos a través de mensajitos!”, dijo ella, y yo asentí.

Tres días después, el fin de semana, la llamé para coordinar la salida. Me contestó con voz dulce y me indicó que tenía que pedirle permiso a sus padres, que no iba a ser tan fácil (no me explicó la razón). Le dije que no se preocupara, que les preguntara y ya mañana la llamaría. Lucía estuvo de acuerdo, aunque la noté algo nerviosa. La llamé la tarde siguiente, pero me indicó que no había podido consultarles y que mejor aplazáramos la salida para otra ocasión. Le pedí que al menos lo intentara, que no perdía nada, y ella señaló que iba a ver. Esperé hasta el martes y le volví a timbrar (teníamos clase el jueves), sin embargo no obtuve respuesta. Lo intenté un par de veces más, pero nada. ¡Qué raro!, pensé. Lo único que escuchaba era su tierna y amable voz grabada, pidiéndome que por favor dejara mi mensaje. Decidí, entonces, buscarla en la universidad.

Recordé haberla visto los miércoles, al mediodía, salir con una de sus amigas por la puerta principal. Fue así que la esperé en la entrada de Olguín y, luego de media hora, observé que venía del pabellón de Estudios Generales junto con su amiga de lentes. Ahí me percaté que Lucía había engordado bastante. Ya era llenita cuando la conocí, pero mientras se aproximaba a donde yo estaba, noté su evidente sobrepeso. No obstante, no me importó pues me gustaba de verdad. A pocos metros, me acerqué y las saludé. Le pedí a su amiga que, por favor, nos dejara a solas. Cuando nos quedamos los dos, le pregunté por qué no había contestado mis llamadas. Con rostro y tono circunspecto, Lucía señaló que sus padres no le habían dado permiso. Le dije que luego de los exámenes podíamos salir. “Lo veo un poco difícil”, respondió. Entonces, le repliqué si podía invitarle un café en ese momento. “¡No, Miguel. Gracias!”. Desesperado, y sin saber el porqué de ese cambio súbito de opinión, decidí confesarle mis sentimientos (para ver si de esa manera ablandaba su corazón). Fue así que le revelé, con voz entrecortada, que en el poco tiempo que la conocía, me parecía una chica muy simpática e interesante, y que deseaba estar con ella... Sin embargo, Lucía, visiblemente sorprendida, me respondió tajante con otra negativa; agregó que tenía un enamorado que vivía en Japón hacía un año, al cual quería mucho. “¡No sabía

eso!”, atiné a responder desencantado. “¡Lo siento, Miguel!”, señaló ella. Y sin nada más que decir, nos despedimos.

Ahora que escribo estas líneas, me pregunto en qué pensaba para ser tan falto de tino; cómo se me pudo ocurrir declararme tan repentinamente, cuando recién empezaba a ganarme su confianza. Ahora entiendo su rostro de desconcierto cuando se lo dije. Y claro, lo único que conseguí fue ahuyentarla, asustarla. Debí saber esperar y ser más paciente.

Fue por eso que en la siguiente clase –la última del ciclo antes del examen final– Lucía llegó tarde y cuando pasó por mi lado, me saludó nerviosa (con un “hola”) y se sentó rápidamente en una carpeta al fondo del salón. Al terminar la clase, volví mi rostro para observar si estaba, pero ya se había marchado. Salí del aula para ver si todavía la encontraba en el pasillo o las escaleras, mas fue en vano.

Pasó más de una semana en que no volví a saber nada de Lucía. Pensé que era mejor dejarla tranquila y que se enfocara en sus exámenes. Además, ella había sido bien clara conmigo. No obstante, a mis veintisiete años, yo ya sabía que un “no” podía esconder otro significado. Asimismo, su enamorado estaba en el extranjero y, por lo que señaló Lucía, no sabía cuándo iba a regresar. Por tanto, esa relación no tenía futuro. Finalmente recordé que la vez que la invité al teatro, ella aceptó emocionada y sin vacilar; eso significaba que no le era indiferente. Así que decidí intentarlo otra vez.

La llamé el sábado en la noche desde un teléfono público. Lucía me saludó con su acostumbrada cordialidad. Su tono de voz era más jovial y distendido. Me contó que estaba con su madre y que habían salido de compras. Le pregunté cómo le había ido en los finales y ella me contestó que bien, eso espero, y se rio. Luego, crucé nuevamente los dedos, y la invité a esa obra de clowns a la que no llegamos a asistir. Ella quedó en silencio unos

segundos y me respondió: “¡Gracias, Miguel, pero mejor no!”. “¿Estás segura?”, le refuté amable. “¡Sí, lo estoy!”, señaló. “Está bien, Lucía, ya entendí”, dije resignado pero sin perder el humor. Tras una pausa agregué: “Fue un gusto haberte conocido. ¡Qué te vaya bien!”. Ella respondió: “¡Igualmente, Miguel, que te vaya excelente!”. Cuando colgué el auricular me apené un poco, sin embargo tuve la tranquilidad de saber que, al menos, lo había intentado.



Casi un año después, en la universidad, mientras bajaba al sótano de la biblioteca a sacar copias de un libro, avisté a Lucía junto con dos amigas. Noté que me lanzó una fugaz mirada y, de inmediato, volteó nerviosa. No me importó: me acerqué y la saludé. Su rostro se iluminó con una sonrisa. Se le veía mucho más simpática y elegante. Vestía un jean azul, una blusa marrón y un chalequito sin mangas de color verde oscuro. Estaba ahora más delgada y se había aclarado el cabello. Sus enormes ojos café brillaban con la luz del sol que se filtraba por la escalera. Platicamos unos minutos (sus amigas se habían esfumado) y me contó que ya estaba en el cuarto semestre de la carrera, que le gustaba Comunicaciones y que aún no decidía qué especialidad seguir. “¡Lo importante es que te apasione!”, le dije; y ella me lanzó una mirada cómplice. De pronto, me señaló que tenía que darle el alcance a sus amigas y se despidió. Mientras la veía alejarse a través de las gradas, lamenté el no haberle preguntado si continuaba con su enamorado.

Cuando llegué a mi casa, en la noche, prendí la computadora y digité su nombre en el Facebook. La ubiqué y revisé su información personal y sus fotos. A primera vista, parecía que estaba sola. Sin embargo, luego de leer sus publicaciones (y los comentarios que recibía), advertí que estaba saliendo con un chico desde hacía dos o tres semanas: ambos se enviaban mensajes cariñosos. También me percaté de que aquel no vivía en Japón (ni había vivido). En otras palabras, Lucía había estado sola durante un tiempo, y este *patita* se había aprovechado de la situación. Para colmo el *tipo*, que le llevaba seis años, no era ni simpático ni inteligente, al menos a primera impresión, y uno terminaba preguntándose qué le había visto.



A pesar de eso, Miguel decidió escribirle a Lucía, ya que pensaba que aquella relación no estaba consolidada. Le envió entonces un largo correo, excesivamente formal y cursi, en el cual le demostraba su genuino interés y le proponía ir juntos al teatro. Sin embargo, Miguel no obtuvo respuesta. Cuando ya se había resignado y habían transcurrido casi dos semanas, recibió un correo de ella, en el que le agradecía por el mensaje y aceptaba su invitación. Él le respondió de inmediato, con su peculiar estilo.

**De: Miguel**

**Asunto: ¿Por qué son así las mujeres?**

**Fecha: 17 de julio del 2007**

*Señorita Lucía:*

*Hace dos semanas, le envié el mensaje que usted leyó con la esperanza de que me diera una chance. Revisé mi correo los días siguientes, esperando encontrar su respuesta, pero nada. Al quinto día, me di cuenta que no tenía sentido esperar y había que voltear la página. Hoy abro mi correo y me doy con esta sorpresa. ¡Protesto! ¡Me quejo! Usted debe saber que los hombres, aunque parecemos duros e indiferentes, tenemos nuestro corazoncito. ¡No se puede jugar con las emociones del otro! ¡No se puede hacer esperar tanto! ...Sin embargo, me alegra que hayas contestado y más aún que aceptes mi invitación.*

*Yendo al grano, qué le parece si vamos a ver "La rebelión de los chanchos" a Larcomar. Me han dicho que la obra está muy buena. ¿Qué día puede? Le propongo el martes o el sábado.*

*Dígame si está de acuerdo y dígame si quiere que vaya a recogerla a su casa. Cuídese y nuevamente gracias por aceptar (¡no se va a arrepentir!).*

**Posdata:** *¿Cuál es tu número? Mi antiguo celular se extravió.*

**De: Lucía**

**Sin Asunto**

**Fecha: 18 de julio**

*Hola, Miguel! Asu! Así que tienes tu corazoncito, jeje. Mmm bueno, como voy a estar de vacas desde el viernes, el martes próximo podemos ir, sería chévere. Mi número es 994061107, es el de hace tiempo, y ya pues salir como*

*amigos! Me avisas pi! El sábado no puedo, me voy a la yapla, pero el martes estaría bien. Nos podríamos encontrar aia en el teatro, porque si me recoges en mi casa como que es algo muy formal, no crees? Bueno, chifas!!! :p*

**De: Miguel**

**Asunto: ¿Y si mejor vamos al cine?**

**Fecha: 19 de julio**

*Hola, Lucía:*

*Me has dejado pensando cuando dices que te parece demasiado "formal" si te recojo en tu casa. Pues estoy en contra. Creo que hay que recuperar la formalidad porque últimamente se está perdiendo (al igual que el respeto, los valores, etc.). Además, te voy a hacer una confesión: si fueras otra chica, no iría; pero tratándose de ti, lo hago encantado. No obstante, si quieres que nos encontremos en Larcomar, no tengo ningún problema.*

*En cuanto al día, estoy de acuerdo. El problema –me acabo de enterar– es que las entradas ya están agotadas. Pero no importa, podemos ir al cine... Te propongo encontrarnos a las 7 p.m. ¿Te parece?*

*Finalmente, debo confesarte que los piscianos como yo, cuando nos interesa alguien, somos la cosa más cursi que existe en el planeta. Sin embargo, cuando no ocurre eso, somos fríos. En su caso, no se preocupe, confíe en mí, que usted es demasiado interesante.*

**De: Lucía**

**Fecha: 19 de julio**

*Hola! Ya pi, nos encontramos en Larcomar a las 7. Sería chévere ir al cine porque como he estado en exámenes, no he tenido tiempo de ir y a mí me fascina el cine!!! Y pues sí, yo soy super fría, eso es cierto; pero no soy cursi :o*

*Ah!!! me mandas un mensajito pa confirmar, pero no mandes el mismo martes sino dos días antes; me gusta too con anticipación, okis?? Bueno, seguiré estudiando. Cuídate! Chifas!!!*

Sin embargo, el día acordado, Lucía envió un mensaje al celular de Miguel diciéndole que no iba a poder ir, que lo sentía. Y como él estaba

enamorado, sinónimo de cegado, le respondió de la manera más comprensiva y tarúpida que alguien podría imaginar.

**De: Miguel**

**Asunto: ¿Qué tal el jueves?**

**Fecha: 25 de julio**

*Estimada Lucía:*

*Como ya no sirve llorar sobre la leche derramada (supongo que ha tenido un buen pretexto para cancelar la salida de hoy), le propongo salir el jueves a la misma hora y por el mismo canal. Si no puede ese día, escoja usted la fecha.*

***Posdata:** Hay una frase de García Márquez que me fascina. Dice: "La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda". Esto significa que hay que hacer cosas que valgan la pena, pues al fin y al cabo, la vida son nuestros recuerdos. Y yo estoy convencido de que si salgo contigo, nunca lo voy a olvidar.*

*Un abrazo,*

*Miguel, "el fabricante de recuerdos"*

**De: Lucía**

**Fecha: 26 de julio**

*Mañana jueves voy a salir con mis amigos del cole, el próximo martes ta bien. Okey, chifas!!*



Y a pesar de que la “madura” Lucía lo trataba como tetelemeque a Miguel (aunque es innegable que visto a la distancia resulta graciosísimo), nuestro héroe seguía detrás como perro sin dueño. Por eso, terminó aceptando el pedido de ella de aplazar la cita para el martes. Sin embargo, algo sucedió: Miguel se puso celoso. Una tarde, entró al Facebook y encontró en el muro de Lucía unos mensajes muy afectuosos entre ella y el chico con el que salía. Eso lo indignó y lo hizo sentir un candelejón. Le dio cólera que ella lo hiciera ilusionarse, aceptando su invitación, mientras que por otro lado, y a la vista de todos, estuviese enviando mensajitos de amor. ¡Esto es el colmo! Esa misma noche, en el chat, Miguel le increpó a Lucía por qué no le había dicho que estaba con alguien (aunque él ya lo sabía). Ella le contestó que no lo veía

necesario, además “te lo iba a decir el día de nuestra salida”. Él le respondió: “Pero si estás con enamorado, ¿por qué aceptas salir conmigo?”. “Yo fui bien clara de que nuestra salida era solo como amigos”, se defendió Lucía. Y Miguel: “No siento que hayas sido clara, por el contrario te siento ambigua. Porque si sabías que estaba interesado en ti, lo lógico es que me digas que tienes enamorado. ¿Por qué no lo hiciste?”. Fue entonces que Miguel decidió de manera principista y contradictoria cancelar la cita, ya que esa nueva revelación (?) modificaba las cosas. Lucía no estuvo de acuerdo, pero aceptó su decisión. No obstante, como nuestro pánfilo héroe estaba embelesado, su negativa le duro solo un día y al siguiente, a través del Facebook, le señaló a Lucía que lo había pensado bien y que igual le gustaría salir, aunque fuera en plan de amigos. Y ella aceptó pues también le interesaba su amistad. Pero claro, Miguel aún guardaba la esperanza de hacerla cambiar de opinión.

Acordaron encontrarse en el Centro Cultural de la Católica, el martes, para ver una película. Lamentablemente para Miguel, el lunes en la noche, la señorita le envió un correo cancelando la salida. Nuestro mentecato protagonista hizo acopio de paciencia oriental y aceptó las razones (poco verosímiles) que ella le dio. Decidieron postergar la cita para la siguiente semana. Sin embargo, nuevamente, un día antes, Lucía le escribió el siguiente mensaje:

**De: Lucía**

**Fecha: 06 de agosto**

*¡Hola, Miguel! Disculpa, pero no voy a poder ir mañana. Mis papás no me quieren dar ni un sol y yo no soy fresca pues; espero entiendas. No es que no quiera salir como acordamos, pero no tengo dinero. Qué se va a hacer, la vida es triste, aún soy dependiente, jeje. Bueno, sorry. Ablaos :p*

Nuestro héroe, como ya señalamos, estaba chalado, y al igual que Don Quijote todo lo veía bonito. Por eso, tras leer el mensaje de su Dulcinea, la llamó de inmediato a su celular, con la firme resolución de no dejarse tomar el pelo otra vez. La instó, entonces, a salir al día siguiente como ya habían acordado, y que si el problema era el dinero, él invitaba. Lucía, al notar el tono decidido de Miguel, tuvo que dar su brazo a torcer, aunque por la

inflexión de su voz, más que contenta se le advertía resignada.

Se encontraron a las siete en el Centro Cultural de la Católica, una moderna y vistosa edificación en el corazón de San Isidro. Él había llegado una hora antes y estuvo observando, en el segundo piso, una exposición del famoso artista pop Andy Warhol. Le había pedido a Lucía que por favor sea puntual, y ella se había comprometido. Un minuto antes de las siete, recibió un mensaje en su celular: “Miguel, ¿dónde estás? ¡Estoy en la cafetería!”. Él bajó raudo las escaleras, ingresó emocionado al cafetín y la encontró ubicada en una de las mesitas de vidrio. Al verlo, Lucía le obsequió una hermosa sonrisa. Miguel la saludó y tomó asiento. “¡Disculpa por la tardanza, me entretuve con la exposición de Warhol!”, le dijo. “¡No te preocupes!”, contestó ella risueña. Se le veía bonita: llevaba un vestido oscuro bordado con figuras de colores, un coqueto lazo azul que adornaba su cabello y unas ballerinas de color plomo. Acordaron quedarse a platicar ahí en vez de ir al cine. Pidieron unos cafés y unos tequeños. El local, bien iluminado, tenía una decoración que mezclaba lo elegante con lo bohemio y en las paredes había afiches de artistas reconocidos como Chaplin, Orson Welles y Ernest Hemingway.

La conversación resultó amena e interesante. Hablaron de sus vidas. Lucía le contó de su familia: sus padres estaban separados y ella vivía una semana con cada uno de ellos. Tenía, además, una hermana mayor que vivía en Estados Unidos y pertenecía al ejército. Le habló también de la universidad, de los profesores que conocían (el profesor Luna les pareció excelente), de la música que escuchaba (le encantaba Bochelli y Jorge Drexler). Miguel hizo lo propio y se mostró tal cual era, sin caretas. No obstante, hubo un momento en que tuvo que morigerarse, porque notó que al dar sus opiniones de manera rotunda, le quitaba, sin querer, peso a las opiniones de Lucía, quien le dejaba tener la razón. Optó, por tanto, por ser más humilde y menos sabelotodo. Y conforme fue transcurriendo la charla, esta se volvió más cercana, entrañable y las pequeñas desavenencias quedaron atrás. En otro instante, una señora recién llegada se acercó a la mesa del costado, donde estaba su grupo de amigos, pero no encontró

asiento; al ver esto, Miguel le ofreció una de las sillas libres, y Lucía lo contempló con admiración.

Por otro lado, nuestro protagonista sabía que esa noche era su oportunidad. Sin embargo, y a pesar de charlar por más de dos horas, no surgió la ocasión o el momento adecuado para confesarle su amor (¿existe el momento adecuado?). Él esperaba que apareciera de forma natural, sin necesidad de forzarlo, pero nunca sucedió. Pensaba que mostrándose tal como era, ella se daría cuenta de que era un buen muchacho y terminaría enamorándose. ¡Qué ingenuo!

A las nueve y media, Lucía le dijo para salir, pues en unos minutos su madre la recogería. Tras pagar la cuenta, abandonaron el centro cultural y caminaron por los alrededores. Alumbrados por la luz tenue de los postes y la que provenía de la cafetería, caminaron hasta una esquina, dieron la vuelta sobre su eje y regresaron por donde habían venido, y repitieron varias veces el mismo recorrido como si estuviesen trazando una línea perpetua. Caminaban juntos, despacio, sus brazos rozándose, en medio de palabras, sonrisas y breves carcajadas. Ya exhausta, Lucía le pidió a Miguel que se sentaran en uno de los bloques de cemento frente a la fachada del centro cultural. Él creyó que era el momento oportuno: “¡Lucía, quiero estar contigo; deja de salir con ese tipo, por favor!”. Pero de pronto, ella recibió un mensaje en su celular y le dijo que su madre había llegado. Desconcertado, solo atinó a entregarle un cuento del *Libro de mal amor* (de Fernando Iwasaki), que le había traído, y la acompañó a la vuelta de la esquina. Ahí estaba la señora, una mujer de unos cincuenta años, de cabello corto, parada junto a la puerta de un Toyota plomo. Se saludaron de manera cordial y Miguel aprovechó para comentarle que su hija siempre hablaba de ella. La señora le agradeció el gesto. Luego, él se despidió de ambas y, mientras se alejaba rumbo al paradero, pensó –en complicidad con la noche– que había sido una cita inolvidable. Y a pesar de que no le confesó a Lucía lo que sentía, se había ganado su confianza.

Lamentablemente, para nuestro esforzado héroe, al día siguiente, al abrir el Facebook, leyó un mensaje que Lucía le acababa de enviar a su enamorado (llamémosle Ruperto), que resultaba de lo más romántico. En otras palabras, todo lo contrario de lo que ella era con Miguel. Y lo que le dio más cólera, luego de revisar otros mensajes en sus respectivos muros, fue constatar que a aquel enamorarla no le había costado ningún esfuerzo: tras una salida, donde la llevó a un bar en el Centro de Lima, la niña que nunca había salido de su casa, se dejó encandilar por Ruperto que tenía pinta de malo, de bacán, con harta calle y graciosísimo, a pesar de que era medio feúco y no contaba con estudios. El papanatas de Miguel pensó: “¡Qué injusta es la vida!”. Por eso, herido en su orgullo, decidió no insistirle a Lucía; se consoló sabiendo que al menos lo había intentado una vez más, pero que lamentablemente la suerte no estuvo de su lado (¡la suerte nunca está de tu lado, Miguel!). Por lo mismo, a los pocos días, cuando se produjo el funesto terremoto que asoló la capital y el sur del país, a pesar de que se moría de ganas por llamarla y saber cómo estaba, él se abstuvo. ¡Que se preocupe Ruperto de ella! ¡Total, es su enamorado y yo un mero intruso!

Desde entonces, se prometió no escribirle ni llamarla. Dejó que viva feliz con Ruperto. Sin embargo, al mes y medio, le vino a la mente (¡oh, el amor!) la posibilidad de que Lucía hubiese abierto los ojos. Así que le volvió a escribir preguntándole cómo le iba y qué le había parecido el cuento que le regaló. Ella le contestó de inmediato. Le señaló que ya estaban cerca de los exámenes parciales en la universidad y que le iba bien. Eso sí, lamentaba lo del relato: se le había extraviado sin saber cómo. Y finalizaba su correo preguntándole cómo andaba y si estaba “con enamorada”. Miguel tomó esto último como una posibilidad, como una chance, y le respondió enseguida.

**De: Miguel**

**Fecha: 27 de setiembre**

*Estimada Lucía:*

*Hola. ¡Qué pena que hayas perdido el cuento! Pero no hay problema, te lo puedo volver a dar. Sobre cómo me va, creo que bien pero en un grado normal. Es decir, no me ha pasado alguna maravilla ni tampoco alguna tragedia. Soy de esos que reniega de la vida –por sus injusticias–, sin embargo sé que, a pesar de las cosas negativas, la vida vale la pena ser*

*vivida (¡Dios! ¡por qué termino siempre filosofando!). Finalmente, no tengo pareja. He estado saliendo con una chica, mas no despierta en mí ese mágico interés.*

Y tú, ¿sigues con enamorado? Porque si has acabado con él (¡ojalá fuera así!), me gustaría invitarte al teatro.

*Un abrazo*

***De: Lucía***

***Fecha: 28 de setiembre***

*Holaaa! Oye, Miguel, sí quisiera leer ese cuento...Y como buen alumno de Luna te gusta filosofar, ta bien :p*

*Yop sigo con mi enamorado aunque hemos terminado unas cuantas veces; bueno, yo he terminado con él. Acerca del teatro, me encantaría pero tengo chico, puf!*

Luego de ese correo, Miguel, aprovechando que a Lucía sí le interesaba el relato, le envió otro mensaje planteándole la posibilidad de verse en la universidad para entregárselo. Sin embargo, no obtuvo respuesta. Nuevamente Miguel decidió dejar de insistir. Si ella había escogido a Ruperto, pues que se quedara con él. Miguel no iba a ser impedimento. Además, ella había sido bien clara sobre su relación (al menos en sus últimos correos). A pesar de eso, nuestro bobo protagonista no podía olvidar a la señorita y cada cierto tiempo regresaba a su mente. “¿Ya habrán terminado?”, se interrogaba atribulado. Con ese fin, revisaba el Facebook unas tres veces por semana, y se ponía al tanto de lo que ocurría en su vida. Un mes después se enteró –por esa vía– que había terminado con su enamorado y ahora sí parecía definitivo. Incluso, una amiga la felicitó por su “inteligente” decisión. Miguel no cabía de felicidad.

A partir de ahí, comenzó a entrar con más frecuencia al chat y cuando la veía conectada, como quien no quiere la cosa, le preguntaba cómo estaba. No obstante, Lucía no le respondía y cuando lo hacía era después de una larga espera, y casi siempre dejaba las conversaciones inconclusas, pues se desconectaba sin avisar. Una semana más tarde, Miguel recibió un correo de

ella, en el cual le adjuntaba un guion que había escrito para un curso y le pedía, encarecidamente, su opinión. Nuestro héroe, ya cansado de ser tratado como paparulo, por fin reaccionó ante el maltrato sistemático de la muchachita y le respondió mortificado.

**De: Miguel**

**Fecha: 23 de noviembre**

*Lucía, sinceramente no te entiendo. Por más esfuerzos que hago por entender cómo piensas, no encuentro la lógica (aunque debo confesar que se trata de un problema con el género femenino). No entiendo por qué me pides un favor, si días antes, en el chat, ni siquiera me saludas y menos te despides. Supongo que te habrán enseñado, en el colegio o en tu casa, que los modales o el respeto es la base de todo. Entonces, ¿por qué me pides un favor de lo más fresca y como si nada hubiera pasado? ¡Eso no tiene sentido ni aquí ni en la China!*

**De: Lucía**

**Fecha: 24 de noviembre**

*No te respondí porque no le prestaba atención al chat y de ahí tuve que salir rápido, lo siento. Bueno, disculpa por molestarte. ¡Bye!*

Al cabo de un día, Miguel le contestó que no era la primera vez que ocurría y ya estaba aburrido de su comportamiento. Pasó luego una semana en que se mantuvieron distantes. Hasta que una tarde, Lucía –a través del chat– le pidió disculpas y Miguel, cándido, se las aceptó e incluso, quién lo entiende, le comentó su guion diciéndole que estaba muy interesante. Fue entonces que hicieron las paces y Lucía le confesó que había terminado con su enamorado; y él, animado por la noticia (que ya sabía), decidió volverlo a intentar. Por eso la invitó nuevamente a salir, sin embargo ella, arrojando la piedra y escondiendo la mano, le respondió que no estaba segura, ya que de repente viajaba a Estados Unidos en unos días. Y como tenía que comprar su maleta, se desconectó.

Nuestro pánfilo protagonista, al recibir aquella respuesta, en vez de

tomarlo con calma, se volvió casi loco; sintió que la oportunidad que tanto había esperado, se le escabullía de las manos y le pidió que no viajara. Pero Lucía, una vez más, no contestó. En ese momento, Miguel sintió que no podía quedarse de brazos cruzados, así que con el corazón desbocado y con una ansiedad que lo carcomía, le escribió una larga carta en la que le contaba todo lo que sentía. Y se la mandó esperando que el milagro, por fin, ocurriese. (¡Pobrecito, no sabía lo que le esperaba!).

**De: Miguel**

**Fecha: 06 de diciembre**

*Lucía, lee esta carta. A veces, creo que soy muy directo para estas cosas del amor, pero no sé actuar de otra manera (además, no me gustan los rodeos). ¡Espero que te agrade!*

***Carta para convencer a una chica bonita de que no viaje a Estados Unidos y sí al país del amor***

*“Quiero ver, quiero entrar.  
Nena, nadie te va a hacer mal,  
excepto amarte”  
Seminare (Serú Girán)*

*Lucía bonita:*

*Quiero escribirte la mejor carta de amor, la más hermosa –acorde con tu belleza– para que la recuerdes toda tu vida. Para que cuando pasen los años, te acuerdes de mí y lo hagas con una sonrisa, con un suspiro. Quisiera decirte tanto y siento que las palabras no me bastan para expresarlo; para decirte que hace tiempo estás en mi mente, y que me muero por vivir una historia contigo.*

*Lucía bonita, cada día me convenzo que el destino quiso que te conozca. Cómo iba a saber yo que en ese salón de literatura del profesor Montes, conocería a una chica que me produciría tantas cosas bellas. Cómo iba a saber yo, cuando me dijeron para formar grupo junto con tus amigas, que sentiría una simpatía tan grande por ti que aún hoy sigo hechizado, obnubilado, ido. Recuerdo que el día que te conocí, ya en la noche, antes de dormir, me acordé de ti y pensé: “Esa chica me cae muy bien”. ¿En qué momento ese afecto se tornó en amor?*

*Lucía bonita, aunque tú no eras la más guapa del salón (a pesar de que eres muy simpática), tenías algo que no poseía nadie: luz, vida. Y yo caí fascinado, poco a poco y sin darme cuenta, por tu bondad, tu sonrisa, tu humor y esa sensibilidad –que es una especie de sabiduría– que solo tú posees. Tú escuchabas y decías cosas que a mí se me quedaban grabadas en la mente: desde la pregunta del “Perro del hortelano” hasta la confesión del profesor Luna de que no había nacido para ser artista. Me acuerdo también que luego de una intervención mía, me increpaste con dulzura: “¿Pero qué tiene que ver eso con la clase?”.*

### ***El mejor viaje es el que nos ofrece el amor. Costo del viaje: gratis***

*Lucía bonita, recuerdo esa vez, en el aula de literatura, que nos sentamos juntos y me hiciste un tierno reproche. Un día, yo te comenté que una chica tenía buenas ideas. Y en la siguiente clase, luego de que el profesor Montes le llamara la atención por malcriada, tú me miraste y me dijiste como regañándome: “¡Ahí está pues, la chica de la que tanto hablas!”. Y embargado de ternura, te contesté: “Yo sólo dije que sus opiniones eran buenas”. Entonces dibujaste una leve sonrisa y pensé: “Tal vez, no le soy indiferente”.*

*Lucía bonita, recuerdo también la vez que te pedí tu examen parcial para saber tu nombre. No te lo había preguntado, no porque no me hubiese fijado en ti, sino porque hasta semanas antes estaba enamorando a otra chica (que me choteó). Pero cuando se acabó esa historia, entendí que me interesabas y que quería conocerte. Yo ya sabía antes de leer tu nombre que nunca lo iba a olvidar (Lucía G.S); sabía que mi curiosidad podía llevar a perderme en el bosque del cursi amor. Y así sucedió.*

*Lucía bonita, la vez que me regalaste una sonrisa cuando contesté a tu pregunta del “Perro del hortelano”, varias semanas después de que la formulaste, fue mi primera muestra de interés. Las posteriores señales fueron aquellas en que te pedí para sentarnos juntos –decir que no tenía separatas era la excusa perfecta para estar a tu lado–. Y cuando te invité a salir, y me contestaste sin titubeos que sí, me sentí súper contento.*

*Lucía bonita, también me dio mucha pena cuando me dijiste que tenías enamorado; me dio más pica aún cuando, tras encontrarte un año después,*

*me saliste con que tenías otra relación. A veces pienso que la primera vez te presioné mucho. Pero ahora que me acabo de enterar que estás solita, creo que todo lo anterior te ha servido para que ganes experiencia –pues de los tropiezos también se aprende– y que ahora sí vas a poder aceptar el amor que te ofrezco... A mí no me interesa la edad, porque cuando te conocí ni siquiera me pregunté cuántos años tenías, solo me gustaste y punto –y creo que tú igual–. Lo que yo creo que sí importa para iniciar una historia es tener mucho interés y pasión (como en cualquier cosa). Y a mí, eso me sobra.*

*Lucía bonita, es ahora o nunca. Yo quiero, me muero, por tener una historia de amor contigo y ahora que estás sola no pienso desaprovechar la oportunidad. Con culebritas en el estomago y un ligero escalofrío en el cuerpo, te digo que quiero estar contigo, que si apuestas por mí, vas a vivir la mejor aventura que puedas imaginar. Y aunque sé que una cosa son las novelas y otra la realidad, daré todo de mí para que esta relación se parezca lo más posible a las novelas. Lo prometo.*

***¡Atención pasajeros: el vuelo ya va a empezar. No es necesario llevar equipaje, solo su corazón!***

*Lucía bonita, el mejor motivo para que declines de tu viaje original, es que no te vas a arrepentir de quedarte en Lima. Si quieres viajar de verdad, viaja conmigo en el vuelo que anuncian arriba. Es más económico, no es necesario llevar equipaje y nunca lo vas a olvidar. Estados Unidos va a estar siempre, vas a tener mil oportunidades para ir, pero las historias de amor pasan a cuentagotas por la vida. Y yo no te ofrezco una más, te ofrezco la mejor.*



Esa misma noche, horas después de enviarle la carta a Lucía, la llamé a su celular. Estaba desesperado, pues quería evitar que viajara. Ella me contestó de inmediato. No recuerdo exactamente las palabras textuales que nos dijimos, pero sí que la notaba, por su tono de voz, dubitativa y nerviosa; en cambio yo, a pesar de mi inquietud, estaba más que decidido. En un momento del diálogo, ella me agradeció por la misiva. Entonces aproveché y le dije: “¡Lucía, no quiero ser solo tu amigo. Me importas de verdad!”. Y ella señaló:

“¡A mí también me interesa eso!”. No obstante, tras una pausa, agregó que me veía únicamente como un amigo y que, por favor, no le insistiera; y yo, obstinado, seguí intentando persuadirla, hasta que en un momento me colgó. Me quedé en ascuas y, sintiendo el corazón a punto de estallar, la llamé innumerables veces, sin embargo no me respondió. Esa madrugada no pude dormir. Al día siguiente, le envié un correo afiebrado en el que le reiteraba mi interés, y finalizaba diciendo: “Lucía, creo que ayer te contradijiste. Tú señalaste literalmente: ‘A mí también me interesa eso’. Y ‘eso’ no es la amistad, sino que tú también quieres tener una relación (¡yo más de repente!). Y si el problema es tu viaje, cuando vuelvas quiero intentarlo contigo. Mientras llega abril, hagamos nuestras vidas normal –porque aún no somos nada–, pero ya sabes que te quiero. ¿Okey?”.

No obstante, Lucía no me contestó. Esperé dos días y la llamé a su celular, pero nada. Al día siguiente, intenté nuevamente: su teléfono estaba desconectado. Pensé entonces que había viajado a Estados Unidos y le envié otro correo preguntándole cómo estaba y adjuntándole un cuento que había escrito, pidiéndole que me lo comentara. Fue en vano. “Seguramente, quiere aclarar sus ideas. Debo dejarla en paz un tiempo”, reflexioné.

Para mi sorpresa, esa noche revisando el Facebook, leí el comentario que una amiga suya le acababa de hacer en su muro. Ahí le decía que la esperaba “hoy” en su casa, tal como habían acordado “ayer”. En ese momento, me sentí traicionado, además de un mentecato y zopenco absoluto. Y le escribí a Lucía un correo lleno de cólera y despecho con frases hirientes. Por último, me despedí con un “hasta nunca”. A la mañana siguiente, ella –con inusual buena ortografía– me respondió con un mensaje también cargado de ira y resentimiento, que daba por concluida nuestra efímera amistad y me dejaba completamente devastado.



Desde entonces, Miguel ya no tuvo contacto con Lucía. Decidió dejar de actuar como el cabeza de chorlito que había sido durante todo ese tiempo y

trató de voltear la página. Con ese fin, se concentró en su tesis y en su trabajo (dictaba talleres de redacción en un instituto). Cinco meses después, en mayo del 2008, acudió a la universidad para sustentar su tesis. Era las seis y media de la tarde y el cielo estaba en penumbra. Miguel, sentado en una banca frente a la pileta de agua, esperaba que fuera las siete, hora programada para la sustentación. Vestía un terno azul marino y revisaba concentrado los apuntes de su exposición. De pronto, alzó la vista y observó a dos chicas que pasaban por su costado. Una lo quedó mirando. La reconoció de inmediato: era Lucía, quien contemplaba a Miguel con el rostro absorto. Él también la quedó mirando por unos breves segundos, pero luego agachó la cabeza y la dejó ir. Miguel tenía muy fresco lo sucedido unos meses atrás y no estaba dispuesto a hablarle. Le pareció curioso, eso sí, que justo el día de la sustentación de su tesis (que finalmente aprobó), se topara con ella. Y lo tomó como una peculiar anécdota.



Pasó más de un año luego de ese fugaz encuentro. Miguel había cumplido su promesa de no tener vínculo alguno con Lucía y ni siquiera había vuelto a indagar en el Facebook sobre su vida (a los pocos días de la pelea, ella lo eliminó de su contactos). En otras palabras, Lucía formaba parte del pasado.

Sin embargo, a fines de junio del 2009, Miguel recibió una sorpresiva llamada del profesor Montes. Pensó, en un primer momento, que se trataba de una oferta laboral, pero no era ese el verdadero motivo. El profesor le informó, en tono amical, que había una alumna suya del curso de Semiótica, muy responsable, que estaba preguntando por él con insistencia. Miguel se inquietó al escuchar eso. “¿Quién puede ser? Tanto jale no tengo”, reflexionó. “Se llama Lucía, te conoce de la clase de Literatura... Sería bueno que te comuniques con ella; dice que se acuerda de ti y te manda saludos”. “Pero, profe, creo que le conté: ella fue la chica de la que me enamoré cuando era su jefe de prácticas”. “Ah, era ella, ya entiendo”. “¡Sí, profe, pero acabamos mal!”. “Bueno, Miguelito, al menos cumplo con informarte”... Después de colgar, Miguel se dirigió a su cuarto, se recostó en su cama y, mirando el foco iluminado que colgaba del techo, se puso a meditar: ¡Tanto me había

costado olvidarme de ella y ahora esto! Justo cuando intentaba conocer a otra chica. Lucía...Lucía... Si ella dijo claramente que no quería nada conmigo (aunque nunca le creí del todo), ¿qué hace ahora preguntando por mí? Y según el profesor Montes, no ha sido una, sino varias veces. ¿Será que en el fondo le intereso? ¿Será que en aquella época sí sentía algo por mí?... Y yo ¿aún siento algo por ella? Bueno, no sé, tal vez... Miguel se pasó toda la noche pensando y definiendo qué iba a hacer: si obviar todo lo que le dijo su profesor o, por el contrario, comunicarse con ella. Finalmente, se dejó llevar por su corazón y decidió escribirle.

**De: Miguel**

**Fecha: 23 de junio del 2009**

*Hola, Lucía:*

*Recibí del profesor Montes tus saludos. Cuando le escuché decir que me los enviabas tú, mi mente viajó en un segundo al pasado y varias imágenes y emociones me invadieron... Bueno, ya estoy viejo para resentimientos, así que te devuelvo el saludo y espero me consideres tu amigo nuevamente. Los errores del pasado –que ahora que lo pienso, fueron errores tontos y sin mala voluntad– son parte del aprendizaje y sirven para crecer. Espero que recibas mi son de paz, pues dejando de lado el orgullo, aún me interesa tu amistad.*

Con respecto a mí, te cuento que actualmente trabajo en una pequeña editorial y sigo metiendo la pata con las mujeres, pero siempre con la mejor intención.

Suerte en todo

**Posdata:** *Confieso que la pensé cincuenta veces antes de escribirte. Sin embargo, al final primó, supongo, una supuesta madurez que espero estar alcanzando.*

**De: Lucía**

**Fecha: 24 de junio**

*Hola, Miguel! A los años! Imagínate que cuando me matriculé en Semiótica no sabía que el profe Montes era el mismo de Literatura!, jaja. Ya cuando fui a la clase me di cuenta de que era él, y en realidad me gustó, ya que siempre me ha caído bien y además es buen profesor.*

*En fin, fui a una asesoría y ahí le pregunté qué sabía de ti; le dije que la*

*última vez que te había visto estabas en la pileta sentado en una de las bancas. Yo te vi y noté que también me miraste, pero bajaste la mirada; entonces ahí me di cuenta de que no me ibas a saludar. Así que tampoco te saludé, además que me palteé, ja. Esa fue la última vez y le conté al profesor (obvio que no le hablé de nuestro roche!).*

*Bueno, Miguelito, recibo tu son de paz. A mí también me interesa ser tu amiga, además creo que he madurado un poco... ¿Y has tenido enamorada en estos años? ¿Y hasta ahora no descubres por qué esas metidas de pata?:D*

*Acerca de mí, volví con mi enamorado; estamos bien, pero a veces peleamos por cosas banales!... Y yo no tuve que pensar cincuenta veces antes de escribirte!, jaja... ¿Te acuerdas cuando te dije que quería ser tu amiga y tú me dijiste que eso era imposible? Ahora me río, mas en ese momento me diste mucha cólera, jaja. Pero, como tú dices, las personas maduran; quizás ahora podamos ser más sinceros, porque yo no lo fui en lo absoluto contigo y por eso quiero pedirte disculpas. Bueno, Miguel, espero tu respuesta. Chifas :D*

A partir de ese nuevo contacto, Miguel y Lucía volvieron a comunicarse a través de correos y ocasionales mensajes en el Facebook (ella aceptó su solicitud de amistad). La primera semana, intercambiaron varios correos y se contaron detalles de sus vidas que mostraban que el rencor había sido dejado de lado. Lucía, incluso, le contaba sobre su relación con Ruperto y de las peleas que tenían por cuestiones nimias. Y nuestro héroe, de su trabajo en una editorial y de sus calabazas con las chicas. Incluso, un par de veces la llamó a su celular y conversaron prolongadamente, y Lucía le sugirió, al enterarse que Miguel llevaba clases de baile, que un día la invitara a salir y le enseñara unos cuantos pasos. Él aceptó encantado.

Pero cuando Miguel estaba más que animado, porque se abría una nueva oportunidad de enamorarla y sus sospechas de que la relación entre ella y Ruperto no era de las mejores, aparecía de pronto, y nuevamente, la indiferencia de Lucía al no contestarle sus correos o simplemente se topaba con la realidad: un mensaje de ella en el muro de Ruperto cargado de amor y cursilería. Entonces, Miguel se sentía como un reverendo pepelmas y pensaba que estaba malgastando su tiempo. Y en este proceso estuvo casi un mes, en

que pasaba de ilusionarse a estrellarse con una pared y viceversa. Hasta que un día, cansado de estar presenciando por Facebook, en vivo y en directo, las peleas y reconciliaciones hasta el infinito de Lucía y Ruperto, tomó la hidalga decisión (¿la cobarde?) de dejar de comunicarse con Lucía y eliminarla de sus contactos. Era la única forma de olvidarse definitivamente de ella y rehacer su vida. Y así sucedió...por un tiempo.



Durante un año y nueve meses, Miguel logró sacar de su mente a la muchachita, y en ese lapso de tiempo, salió con algunas chicas, tuvo una que otra aventura, pero nada en serio. Hasta que un día, azuzado por la soledad y la curiosidad de saber acerca de Lucía, se dejó llevar por la debilidad –la muy humana debilidad– y le escribió un mensaje.

**De: Miguel**

**Fecha: 08 de mayo del 2011**

*Hola, Lucía:*

*¿Cómo va todo? ¿Acabaste tu carrera? ¿Llegaste a llevar cursos con el chato Hevia y con el negrito Bailón? Saludos y espero que te esté yendo bien. Aunque no te veo hace tiempo, a veces me acuerdo de ti. ¡Un abrazo!*

**De: Lucía**

**Fecha: 08 de mayo**

Hola, Miguel! A los años! Estoy bien, estuve trabajando casi un año y tuve que llevar pocos créditos en la universidad, por tanto terminaré en diciembre :/... Justo ahora estoy llevando un curso con Bailón y sí me gusta bastante, no es para nada como me contaron que sería!! Es súper bueno y las clases son muy interesantes. Con quien sí no pienso llevar es con Hevia, porque mi mejor amiga llevó con él y la jaló! :s... Bueno, cuéntame cómo te va. Saludos!

**De: Miguel**

**Fecha: 09 de mayo**

*¡Lucía, hola! Sabes, lo mismo que dices de Bailón ahora, lo vas a decir*

*de Hevia si llevas con él. El tipo es capo, la rompe y solo jala si no estudias... Yo, por mi parte, estoy de profesor: enseño a adolescentes en un colegio y en una academia preuniversitaria. Laboro ahí desde principios de este año, ya que dejé mi trabajo anterior.*

Luego de ese correo, nuestro héroe no recibió respuesta. Una semana después, se animó a agregar a Lucía a su Facebook, para ver si al menos por esa vía sabía un poco más de su vida (sentimental). Para su sorpresa, ella lo agregó de inmediato, y por su muro parecía que ya no estaba con Ruperto; sin embargo, ahora se comunicaba seguido con otro chico, que no tenía nada de simpático pero sí se le veía interesante y muy creativo. No parecían enamorados sino simples amigos. Fue entonces que a nuestro Quijote (¡ay, Miguel!) le entró de nuevo la chifladura. Se le ocurrió ir a buscarla a la universidad e intentarlo de nuevo. Pánfilo como él solo, decidió ahora sí enamorarla y cerrar el círculo que había empezado cinco años atrás. Culminar una historia de amor plagada de grandes obstáculos, pero que con perseverancia él lograría plasmar en un final feliz. Pensó, además, que ella ya tenía veintitrés años y seguramente había madurado. Así que con la idea fija de conquistarla, nuestro caballero de la triste figura partió a la universidad y se sentó en una banca frente a la facultad de Comunicaciones. Tarde o temprano la encontraría. Además, por el Facebook, había averiguado que los miércoles tenía clase en la mañana, así que debía salir entre el mediodía y la una. La esperó con un libro en la mano (*La Tregua*, de Benedetti), y alzaba la vista hacia la entrada de la facultad, cada vez que percibía a alguien entrar o salir. Esperó cerca de una hora sin éxito. No importaba, todavía era las once y cuarenta y cinco. Se alejó unos metros más allá, a la altura de un pasadizo rodeado de bloques de cemento y enormes palmeras, y siguió aguardando. Llegó el mediodía y luego las doce y media, mas nada. Un tibio sol acariciaba la fresca mañana. Cuando ya estaba dándose por vencido, cerca de la una, observó que una chica salía de la facultad; no se le veía bien el rostro, pero parecía Lucía. De inmediato, Miguel se levantó y fue caminando detrás de ella, a unos veinte metros de distancia. Se acercó un poco más, sin embargo comenzó a vacilar. Era mucho más voluminosa que su Lucía. Al menos, como él la recordaba. Aquella llevaba un pantalón de buzo, un polo blanco y una mochila roja en la espalda. Caminaba lento y sus piernas parecían columnas. “¡Imposible, no puede ser ella!”, pensó Miguel, y advirtió

que salía de la universidad, por la avenida Olguín, y se detenía al borde de la acera. Miguel hizo lo mismo y notó que ahora ella, ¿Lucía?, conversaba a través de su celular. Volvió a examinar, a unos diez metros, las regordetas piernas y el voluminoso trasero, y pensó nuevamente: “¡Es imposible!”, pero después veía alguna similitud en su rostro. Se colocó a un par de metros, tratando de verla de frente y reconocerla por sus facciones, y entonces, con gran sorpresa, se percató de que esa mujer rolliza, que parecía salida de un cuadro de Botero, era su Lucía. En ese momento, recordó que ella, en uno de sus correos –hace más de un año y medio– le comentó que en su último viaje a Estados Unidos había engordado quince kilos y estaba haciendo dieta. De pronto, un brillo de malicia y venganza se empozaron en la mirada antes límpida de nuestro héroe, y recordando todos los desplantes de su Dulcinea y todas las veces que le hizo sufrir, sintió que su amor se esfumaba, se desvanecía en cuestión de segundos. Y en vez de acercarse a ella, le dio la espalda, como si nunca la hubiese conocido, y se fue alejando a paso lento y después apresurado hasta desaparecer en una esquina. En ese instante, Miguel recordó el título de un cuento de Maupassant (“Bola de sebo”) y esbozó una sonrisa burlona.



Por supuesto, ese no fue el final de la historia. Cuando Miguel vio que su Lucía no era ni la sombra de lo que había sido años antes, no le importó: igual se acercó y la saludó. Aun gordita, a él le gustaba. Y más cuando escuchó su cálida voz y reconoció esos inmensos ojos cafés y aquella hermosa sonrisa que ahora aparecía a cuentagotas. Pensó: “No solo está subida de peso, también se le ve desmejorada en su manera de vestir y en su ánimo. ¡Esto debe ser culpa de un mal enamorado! No importa, la salvaré –concluyó–. Yo haré que vuelva a ser la Lucía de antes”. (Sin embargo, la realidad es completamente distinta a los sueños)

Ese día, Miguel y Lucía conversaron amigablemente. Ella le contó que terminaba la universidad a fin de año y entre sus planes estaba abrir un negocio de diseño con un amigo talentoso. Luego él la acompañó a comprar una hamburguesa al Burger King: “Es para mi amiga María, la chica de lentes

de la clase de Literatura, ¿te acuerdas?... Voy a visitarla. ¡Está embarazada!”. Al salir del local, le dijo a Miguel que iba a tomar un taxi y que más adelante podían coordinar para tomar un café. Él asintió. Pero al momento de despedirse, Miguel se empeñó en acompañarla y se subió con ella al vehículo. Ya rumbo a la casa de su amiga, en La Victoria, Lucía le preguntó qué tal le iba como profesor y él le habló sobre la difícil y gratificante experiencia de trabajar con adolescentes. Ella lo escuchaba con genuino interés. Nuevamente, al párpado de Miguel le embargó la ternura de estar junto a Lucía. De tenerla tan cerca. Y cuando se despidió, a la altura de la Biblioteca Nacional de la avenida Javier Prado, hubiera deseado nunca hacerlo (aunque Lucía tampoco le dio chances para quedarse). Miguel bajó del auto como si acabase de vivir una escena de película romántica.



Los días siguientes, intercambiamos algunos mensajes protocolares a través del Facebook. Una noche, ingreso a la red social y leo un comentario del *tipejo* en el muro de Lucía, a partir de una publicación de ella sobre la película *El secreto de sus ojos*, que yo había comentado. Él escribió: “Lucía, ¿te acuerdas cuando vimos esa pela en mi cuarto? ¡Buenaza y yo la escogí, jajaja!”. Era obvio, que aquel había querido marcar territorio y ahí me di cuenta de que ambos seguían o, en todo caso, mantenían algún tipo de vínculo. Decidí no inmiscuirme. Sin embargo, al día siguiente, cuando quise entrar al perfil de Lucía, ya no pude: me había eliminado de su lista de contactos. Traté de guardar la calma e intenté comunicarme con ella el fin de semana, mas no contestó mis llamadas. Entonces, como último recurso, decidí buscarla en la universidad. Quería al menos aclarar esto de manera civilizada. Preguntarle el porqué de su extraño proceder.

Cuando llegué a la facultad de Comunicaciones, el lunes, ingresé y me puse a observar unos coloridos paneles en el amplio pasillo del primer piso. Asomé mi rostro a un salón y, de pronto, noté que Lucía estaba en una de las computadoras realizando un trabajo con un muchacho. En ese momento, nuestras miradas se cruzaron pero ella, absorta, volvió su semblante de inmediato. Pensé entrar en aquel instante, no obstante desistí y decidí esperar

a que saliera. Fue así que me alejé de la facultad y me ubiqué en una posición estratégica. Casi dos horas después, la vi salir acompañada de un par de chicas. El cielo estaba despejado y el sol brillaba intensamente. Durante unos quince minutos, ella y sus amigas (que no conocía) se quedaron charlando, en las gradas, con un profesor de lentes y copiosa barba. A lo lejos, yo esperaba impaciente a que Lucía se despidiera, para así poder abordarla. Pero preví mal (o no fui lo suficientemente audaz: pude acercarme en aquel momento de la plática), porque cuando ella y sus compañeras se despidieron del profesor, caminaron juntas en dirección al óvalo y no a la avenida Olguín. Entonces, con el corazón en la mano, me levanté y comencé a seguir las a varios metros de distancia. Cuando ya se alejaban de los pabellones y se acercaban al estacionamiento, apuré el paso, mas en un momento las perdí. Posé mi vista por los accesos y las varias hileras de autos: se habían esfumado. Esa misma noche, le escribí un correo a Lucía.

**De: Miguel**

**Fecha: 07 de junio del 2011**

*¡Hola, Lucía! Como te habrás dado cuenta, te he llamado varias veces. Y como no contestabas, te fui a buscar hoy a la universidad. Caminando por la facultad, me asomé a un aula y, sin querer, vi tu rostro. Noté que me miraste, pero volteaste de inmediato (supongo que por nervios). Luego te esperé un par de horas y te vi salir con un grupo de amigas. Te seguí, mas te perdí el rastro.*

*Lo que quiero decirte es que deseo ser tu amigo. A diferencia de años anteriores, ahora solo me anima tu amistad. Creo que vales mucho. Debo confesarte, eso sí, que estoy saliendo con una chica hace unos meses y, con sus inevitables peleítas, nos va bien... Entiendo también que acabaste con tu enamorado; aunque me parece, por un mensaje suyo en el Facebook, que han regresado (por cierto, ¿por qué me has eliminado de tus contactos?).*

*Por último, Lucía, yo no pienso interferir en tu relación y, por favor, si me estás evadiendo porque crees que sigo enamorado de ti (que es mi teoría), no te preocupes, también te veo como una amiga. Bueno, espero que contestes si no, de todas maneras, ¡que te vaya muy bien!*

Hasta el día de hoy sigo esperando su respuesta.



Reconozco que mucho de lo que dije en aquel último correo era mentira. Por supuesto, yo no tenía enamorada entonces y solo fabulaba embustes, porque ya entonces había aprendido a hacerlo y, sobre todo, para ver si de esa manera atraía el interés de Lucía. Causarle celos era mi estrategia, mi as bajo la manga. Pero ni así me resultó. Ni siendo sincero ni embustero logré conquistarla. ¡Qué decepción!

Y a pesar de que escribí este relato para contestar algunas preguntas que no pude responder entonces, aún siento que me resultan un enigma: ¿Me faltó voluntad para enamorarla o simplemente le era indiferente? ¿En algún momento ella llegó a sentir algo por mí? ¿Por qué si Lucía decía que no le importaba en lo absoluto, preguntó por mí, en varias ocasiones, al profesor Montes? ¿Qué le veía ella a aquel enamorado? ¡Tantas preguntas y ni una sola respuesta! Lo único que me queda claro, es que yo fui el que estuvo realmente enamorado y que me hubiese encantado, tal como Sabina, escribir “La canción más hermosa del mundo”. Lástima que no se dejó alcanzar.

# Jessica

Cuando salimos de Larcomar, cerca de la medianoche, yo ya intuía lo que iba a pasar: estaba encendido y más con el licor en el cuerpo. Caminamos bordeando el parque Salazar, vamos a contemplar el mar le decía, y cuando llegamos al borde del acantilado, la cogí de la cintura y la besé apasionadamente. Jessica se dejó llevar y también me besó, primero con ternura y luego con verdadera pasión. A diferencia de otras ocasiones, estos no eran besos románticos, sino besos de deseo, de excitación. Nuestros cuerpos también se rozaban con fuerza, sobándose, restregándose. Fue entonces que le propuse ir a un lugar donde estuviésemos “a solas”. Ella por unos segundos se quedó callada, pero ante mi insistencia aceptó con un dulce y coqueto “vamos pues”. Le cogí la mano y la llevé a paso raudo por las callecitas en penumbra de Miraflores. Conocía un hotelito de dos estrellas por ahí, nunca había entrado, pero sabía que era perfecto para la ocasión. Quedaba en el cruce de la avenida Benavides con la calle Porta y era de tres pisos. Los dos caminábamos en silencio, intercambiando breves frases, que delataban nuestra ansiedad y nerviosismo. Al entrar a la recepción, me soltó la mano y yo me acerqué al recepcionista, un joven de lentes. Le pedí una habitación, y tras pagarle y entregarle mi DNI, me dio la llave del cuarto. Con una mirada cómplice le dije a Jessica que subiéramos las escaleras de madera. Lo hicimos rápidamente con unas sonrisas camufladas en nuestros rostros. La habitación estaba en el segundo piso, al fondo de un largo e iluminado pasillo. El hotel se veía bien, incluso mejor de lo que creíamos. Abrimos la puerta y prendimos las luces. Era una habitación pequeña, con baño, pero bien limpia y ordenada. Una cama de dos plazas, con una colcha color vino y sábanas blancas, se ubicaba en el medio; a los costados, dos veladores con sus respectivas lámparas; una silla en la esquina; un pequeño armario; y un cuadro de una calle del Cuzco colgaba de la pared. Apagamos la luz del cuarto y nos quedamos con la del velador. Después nos sentamos en la cama y, tras contemplarnos unos segundos, nos comenzamos a besar tiernamente. No teníamos ningún apuro, había que disfrutar cada instante. Me quité la casaca y la dejé sobre la silla, luego le retiré la suya. Ella me pidió que apagara la lámpara. Echados ya sobre la cama, la seguí besando y ahora sí, lentamente, mis manos fueron explorando su cuerpo. Poco a poco nos fuimos

desprendiendo de nuestras ropas, que dejábamos en la alfombra; ella me desabotonó la camisa y yo hice lo mismo con su blusa, botón por botón. De pronto, Jessica sintió frío y nos cobijamos debajo de las sábanas. De inmediato le quité el sostén y palpé sus pequeños senos. Chupé sus pezones como si succionara una fruta madura. Deslicé mi mano entre sus piernas. Ella gimió suavemente, me detuvo por un segundo, pero después se dejó llevar. Poco a poco, su vergüenza inicial fue desapareciendo. El placer nos fue envolviendo. La sentía mojadita y eso me excitaba más. De la calle, un chorro de luz tenue ingresaba por la ventana y las cortinas. Bajé a su monte espeso y la acaricié y la lamí con los ojos cerrados. Sus leves gemidos me envolvían más y más. Luego me coloqué encima de ella y la penetré con pasión. Ella se enlazó a mi cuello con una de sus manos. Nuestros cuerpos ahora sudaban y nuestros movimientos se hicieron uno.



A inicios del 2004, estudiaba inglés en el Icpna, de Miraflores, y eso lo compaginaba con mis clases en el Club de Teatro y la universidad (ahora me había transformado en un alumno aplicado y solo me faltaba un ciclo para terminar la carrera). Por aquella época, estaba locamente enamorado de una chica del Club de Teatro que no me hacía caso. Fue entonces que conocí a Jessica en el Icpna. Tenía diecinueve años y yo veinticuatro. Recuerdo que se sentaba en las carpetas de adelante, cerca al profesor. Se vestía de manera muy formal para su edad: blusas claras, pantalones negros o plomos y zapatos de tacón alto. No era bonita: pequeña, de contextura grácil, cabello negro lacio, ojos pequeños y rasgados, frente amplia y labios delgados. En clases, a veces, nos tocaba realizar ejercicios en parejas y fue ahí que la empecé a tratar. Nos llevábamos bien. Jessica era educada, responsable y tenía una voz grave y melodiosa que le otorgaba cierto encanto. Pronto nos empezamos a sentar juntos y habíamos hecho buena amistad. Pero nada más. Como ya señalé, no me parecía simpática.

Una mañana, haciendo un trabajo grupal, Jessica me regañó diciendo: “¡Miguel, cómo es posible que no sepas esto! ¿No te da vergüenza?”. En otras palabras, me lanzó un reproche que me hizo quedar mal delante de

todos. Yo me quedé callado y esperé a que finalizara la clase. Ya en la salida, rumbo al paradero, le increpé su actitud; le dije que no era la manera de comportarse, que yo no tenía por qué saberlo todo. Estaba irritado y esto se traslucía en el tono de mis palabras. Jessica enrojeció, me miró apenada unos segundos y se despidió, antes de abordar su bus.

Después de ese incidente, sin embargo, la relación se volvió más estrecha. Por alguna extraña razón, a partir de ahí ella me respetaba más y yo también la veía diferente, y ya no como esa chica que solo me caía bien. Creo que fue entonces, por primera vez, que me provocó –al menos de pensamiento– tener una aventura con ella.



Jessica me contaba sobre su vida: me hablaba de su familia y de su anhelo de estudiar en la universidad. Yo también le contaba de la mía: quería ser redactor en un periódico o una revista, y convertirme algún día en escritor. Una mañana, durante un receso de clase, me presentó a su enamorado: un jovencito de su edad, que entró de improviso al aula, la besó en los labios y le cogió la mano con evidente cariño. Yo me reí por dentro, no en plan de burla, sino porque sabía que era una buena chica. Lamentablemente, la relación entre ambos duró poco tiempo.



Jessica se reía de las cosas que yo decía. Por algún mágico motivo, le parecían divertidas las ideas que profería. Además tenía una risa encantadora que reverberaba como una suave melodía. Un día, al salir del Icpna, le propuse asistir a una exposición, en Chorrillos, sobre la época del terrorismo. Me escrutó unos segundos con sus pequeños ojitos negros y contestó: “Voy a ver si tengo tiempo durante la semana. ¡Yo te aviso, Miguel!”. Sin embargo, al final, no recuerdo bien por qué, no llegamos a ir.

En julio terminé la universidad y al mes comencé a practicar en un importante diario de la ciudad. Y valgan verdades, no la estaba pasando nada bien. El periodismo en la práctica era muy distinto a como lo había imaginado o estudiado en las aulas. “Buscar la bronquita” era la consigna, mientras que la búsqueda de la verdad era accesorio. Tenía además un horario sacrificado y el sueldo era irrisorio. En suma, estaba atravesando por una crisis vocacional. Una mañana, en que estaba de vacaciones en el Icpna y esperaba la tarde para acudir al periódico, llamó Jessica a mi casa. Me saludó cariñosa y me pidió que por favor la acompañara a matricularse en el instituto. Pese a que me sentía cansado, acepté ya que necesitaba relajarme y charlar con alguien. Aquella mañana nublada, estuvimos haciendo cola cerca de una hora mientras platicábamos entretenidos. Luego de la matrícula, no recuerdo el motivo, subimos al tercer piso y nos sentamos en las sillas ubicadas a lo largo de un amplio pasillo. No había gente alrededor. Nuestra conversación prosiguió en medio de sonrisas y miradas cómplices. Tal vez ya adivinábamos lo que iba a pasar. De pronto, no aguanté más y la besé llevado por un impulso, ella me correspondió. Cerré mis ojos y todos mis problemas se esfumaron. ¡Sí, así fue! ¡Esa chica, que no era bonita, me hizo ver el mundo mejor de lo que era! A veces, también, dejábamos de jugar con nuestros labios, y hacíamos comentarios disparatados y nos reíamos como niños traviosos, para volver de inmediato al *juego de los cíclopes*.

Al día siguiente, pensando en lo que había ocurrido, decidí llamarla. Jessica me contestó. Me gustaba cómo pronunciaba mi nombre, el tono que le daba con su inconfundible timbre de voz. Le dije, sin mayores preámbulos, que había reflexionado sobre lo sucedido y que deseaba que fuese mi enamorada. “¡Hay que intentarlo!”, exclamé entusiasmado. Jessica se sorprendió, pues el día anterior le había señalado que era mejor ir conociéndonos poco a poco. Me preguntó el por qué de este cambio tan repentino. Le respondí que no teníamos nada que perder, que yo estaba solo y ella también (había acabado con su enamorado un par de semanas atrás). Me contestó que lo pensaría.

Nos encontramos el lunes en el Icpna. Era el primer día de clases del

nuevo ciclo. Estábamos en el hall del primer piso, cuando nos vimos y nos saludamos con afecto. Ella, observándome con sus diminutos ojos, me dijo con rostro serio, que había meditado bien acerca de mi pedido y que, por el momento, no quería una relación. “¡Todavía siento algo por mi ex. Él me está tratando de reconquistar!”, agregó. Yo escuché su respuesta y no le insistí; por el contrario, me sentí aliviado (?). Muchos preguntarán el porqué de mi alivio o el porqué de semejante contradicción. La razón es sencilla: ni bien colgué el teléfono, tras la llamada del día anterior, sentí que había metido la pata (“¿qué has hecho, Miguel?”) y que la única explicación a mi calabaza era escapar del sentimiento de soledad que a veces me invadía. “Si la chica del Club de Teatro no quiere nada conmigo, por qué no intentar una relación con Jessica. Además, nos llevamos muy bien”, pensé. Sin embargo, de inmediato me di cuenta de que me estaba engañando a mí mismo y que una relación entre ambos, definitivamente, no iba a funcionar.

Fue por eso que, durante unos meses, a pesar que nos seguíamos viendo y contando nuestras cosas, no volvió a pasar nada entre nosotros. Incluso, recuerdo que fuimos con Jessica y una amiga a aquella exposición sobre el terrorismo. Yo me había demorado viendo la muestra y cuando salí de la antigua casona de techos altos y paredes blancas, encontré a Jessica sola sentada frente al malecón de Chorrillos. Nuestra amiga se acababa de marchar. Recuerdo que caminamos por el amplio malecón, en medio del sol y la brisa marina. Minúsculas gotas salpicaban nuestros cuerpos. Era evidente para mí que yo le gustaba (ella me había confesado, hacía poco, que ya no sentía nada por su ex enamorado: “Es demasiado inmaduro”). Pero decidí no aprovecharme de la situación, pues sabía que no le iba a poder corresponder. Lamento decirlo.



Hubo un lapso de tiempo en el que dejé de ver a Jessica. Ella abandonó el Icpna, porque había conseguido un trabajo. Le perdí el rastro durante todo el verano del 2005. Hasta que una noche, me llamó y me contó que había ingresado a una universidad particular para estudiar Derecho. La felicité, pues era su gran sueño. Ya tenía veinte años y estar en la universidad le iba servir

en el futuro. Acordamos vernos el fin de semana.

Nos encontramos en la puerta del Icpna un sábado por la mañana. Jessica lucía totalmente diferente. Se había aclarado el cabello y tenía los labios pintados de un rojo intenso. Su aspecto era más juvenil: zapatos de cuero negro, jean ceñido y lentes de sol. Me pidió que la acompañara a un albergue de ancianos en Barranco. Tomamos un bus y en el trayecto sacó un álbum de su cartera y me mostró algunas fotos de ella y su familia. Tenía una hermana un par de años menor, un hermano de trece y una hermanita de cuatro que la llamaba “Yeka”. Y todo eso, lo contaba Jessica con una ternura que por momentos me apartaba de mi inicial indiferencia. Ya en el albergue, estuvimos cerca de dos horas, departiendo y acompañando a los ancianos. Eran casos muy tristes, pues muchos de ellos habían sido abandonados por sus hijos o no tenían parientes que los visitaran. Hubo una señora que nos relató su fallida historia de amor: un hombre la abandonó por otra mujer poco antes de que se casaran. Sin embargo, la anciana, de unos 85 años, no lo contaba con pena sino con humor, y finalizó aconsejándole a Jessica: “¡No confíes en los hombres! ¡Todos son iguales!”. Nosotros dos nos reímos, pero en el fondo sentimos una gran tristeza.

Cuando nos marchamos, Jessica me pidió que la acompañara a su hogar. Ya me lo había solicitado en un par de ocasiones anteriores, pero me había negado. Así que esta vez accedí. Vivía en Chorrillos, en la urbanización Los Cedros. Era una zona relativamente nueva, pues había buen número de terrenos aún sin construir. Su casa era de dos pisos, de color blanco humo, no muy grande, con un pequeño jardín en la entrada. Esa tarde, conocí a su madre y a su hermana, quienes eran personas muy amables y sencillas. Me invitaron a almorzar y les agradecí la cortesía. Luego de una hora nos marchamos juntos, pues Jessica tenía un taller en la universidad. Abordamos una Cúster y nos sentamos en los asientos posteriores, el colectivo estaba casi vacío. Conversábamos y nos reíamos. Una corriente de aire fresco se colaba por la ventana entreabierta. El cabello de Jessica se agitaba al compás del viento, mientras el sol iluminaba su rostro. No resistí la escena: la cogí de la cintura y la besé. Cerré los ojos y, al igual que la primera vez, sentí como si

besara a la mujer más hermosa. Como si realizara un viaje alrededor del planeta. Ese juego de nuestros labios y nuestras lenguas tratando de morderse, de succionarse, de entrelazarse, de demoler todo lo cotidiano y banal a nuestro alrededor. Cuando volvimos a abrir nuestros ojos, de nuevo la realidad: esas calles atiborradas de autos y cargadas de *smoke*. Pero no importaba, ahora todo se veía mejor. Tenía, sin embargo, que despedirme. Ella me pidió que la acompañara a su universidad y yo, mezquino, me negué aduciendo una excusa tonta. Fue así que nos separamos, cada uno con un rumbo distinto.



A pesar de lo acontecido en el bus, no la volví a llamar. De nuevo, nuestras rutinas nos separaron y me olvidé completamente de Jessica. Es cierto que a veces, cuando la soledad arreciaba, me acordaba de ella y pensaba que era una lástima no haber podido corresponderle, porque en verdad le había cogido cariño. Sin embargo, no estaba enamorado. Lamento decirlo.

A mediados de noviembre, Jessica me llamó para invitarme a su casa: iba a celebrar su cumpleaños el fin de semana. Le agradecí por acordarse de mí y le dije que haría todo lo posible por asistir. A pesar de eso, no llegué a ir. Y no porque estuviese ocupado, sino por flojera, que es el síntoma más claro del desinterés. Cumplía veintiún años y yo por simple pereza, ya que su casa quedaba lejos de la mía, no acudí a ver a una chica que no veía hacía meses y que me había regalado bellos momentos. No acudí a ver a una chica que, en medio de mi orfandad, me ofrecía su amor, aunque en ese momento no era tan consciente de eso.

Luego, debido a ese desaire que le hice, no se comunicó conmigo durante buen tiempo (más o menos un año). Y yo tampoco lo hice. Pensé que era mejor olvidarla y que ella hiciera lo mismo conmigo, total, era una buena mujer y pronto encontraría a un hombre que la valorara. Mas el tiempo pasó y yo seguía solo. Hasta que una noche, la llamé para saber cómo le iba. Jessica,

contenta, me refirió que estaba ya casi en la mitad de su carrera y le iba muy bien en los estudios. Yo, por mi parte, había dejado el periodismo y, luego de varios meses sin empleo, empecé a trabajar como profesor de Redacción en un instituto. Quedamos en encontrarnos una tarde para platicar (ella se jactaba de que no tomaba ni iba a discotecas), pero algo sucedió que no pudimos concretar la cita. La llamé una vez más, pero todo quedó en nada.

Seis meses después, en junio del 2007, recibí una inesperada llamada de Jessica. Acordamos vernos al día siguiente en Miraflores. Recuerdo que nos encontramos en el parque Kennedy y fuimos a ver una película al cine El Pacífico. Cuando salimos de la sala, el cielo despedía tonalidades rosáceas y el sol acababa de ocultarse. Decidí acompañarla y subimos a un bus en dirección a su casa. Durante el trayecto charlamos entretenidos. En un momento del viaje, lancé un comentario cualquiera y ella exclamó: “¡Qué lindo!”. Al llegar a su hogar, estuvimos un rato más conversando en su puerta. Me despedí a la media hora, pero ella quiso acompañarme al paradero. “¡Es lo mínimo que puedo hacer por ti!”, señaló. En el camino, nos desviamos por las calles aledañas, poco iluminadas, y desembocamos en una amplia alameda poblada de robustos ficus. Unos elegantes faroles alumbraban el lugar. Nos sentamos en una de las bancas y, en complicidad con la íntima charla y las luces en penumbra, nos volvimos a besar como en los viejos tiempos. Nos besamos recordando aquellas caricias del pasado, aquellas sensaciones que nos aferraban a la vida, a los sueños. Nuestros labios hablaban el mismo idioma. Nuestros labios parecían abolir a la soledad. Luego nos dimos un abrazo, y nos quedamos así por largo rato. Esa noche, nos despedimos con mucho afecto; pero yo sabía, en el fondo, que no la iba a llamar.

Debo agregar que Jessica, entonces, también estaba sola. Había tenido un nuevo enamorado, sin embargo él, ahora, estaba con otra chica. “¡Pero me ha dicho que no la quiere, que solo está con ella porque van a tener un hijo!”, me señaló mortificada. A pesar de eso, Jessica quería olvidarlo y yo era su confidente y, a su vez, el cálido abrigo a ese vacío que ambos compartíamos. La única y fundamental diferencia giraba en la calidad de nuestros

sentimientos.



Luego de aquella noche, decidí cortar con ella. No tenía derecho a ilusionarla, sabiendo que nunca le iba a corresponder. No me parecía justo de mi parte. No obstante, a los meses recibí un correo suyo invitándome, nuevamente, a su cumpleaños. Le contesté que trataría de asistir, pero por supuesto no lo hice. Una de las razones fue porque me contó que iría el muchacho que la estaba pretendiendo. Y yo no estaba para esos trotes, no estaba ya para competir: si aquel chico quería enamorarla, en buena hora, por mí tenía el camino libre. Tiempo después, entendí que Jessica me contaba todo eso para causarme celos, para hacerme reaccionar; sin embargo, lo que no tomó en cuenta es que los celos solo existen si uno está realmente interesado. Y no era mi caso. Lamento decirlo.

Y pasaron los días, los meses, los años. Hasta que una mañana, a inicios del 2009, recibí una llamada de ella en el trabajo (ahora laboraba en una pequeña editorial). Me dijo, emocionada, que se había acordado de mí y que le suscitó curiosidad el saber cómo estaba. “¡Miguel, hay que vernos para platicar!”, agregó efusiva. Por supuesto, yo acepté su invitación y entendí que no me había olvidado. Además, a mí también me provocaba verla después de tanto tiempo; al fin y al cabo, seguía soltero y no le hacía daño a nadie.

Nos encontramos un viernes, en la noche, en Larcomar y la llevé a Mamá Batata, un local con buena música que estaba entonces de moda. Aunque ella no tomaba, aceptó un daiquiri de durazno. Yo pedí un chilcano, además de unas quesadillas. Conversamos teniendo como telón de fondo un show a cargo de una talentosa joven que interpretaba, con peculiar estilo, clásicos del rock. Jessica me contó que había estado con enamorado, pero la relación lamentablemente no funcionó. Yo le confesé que había salido con algunas chicas, sin embargo ahora estaba solo. La empatía entre ambos afloró rápidamente. Brindamos por la amistad y el amor mirándonos fijamente a los ojos. Recordamos, entre sonrisas, cómo nos conocimos y algunas anécdotas

que vivimos en el Icpna. Luego solicité un Cuba Libre y ella me acompañó con otro daiquiri de frutas. “¡Pero es el último, Miguel, que quede claro!”, enfatizó.

Cuando salimos del local, cerca de la medianoche, yo ya intuía lo que iba a pasar: estaba encendido y más con el licor en el cuerpo. Caminamos bordeando el parque Salazar, vamos a contemplar el mar le decía, y cuando llegamos al borde del acantilado, la cogí de la cintura y la besé apasionadamente. Jessica se dejó llevar y también me besó, primero con ternura y luego con verdadera pasión. A diferencia de otras ocasiones, estos no eran besos románticos, sino besos de deseo, de excitación. Nuestros cuerpos también se rozaban con fuerza, sobándose, restregándose. Fue entonces, que le propuse ir a un lugar donde estuviésemos “a solas”. Ella por unos segundos se quedó callada, pero ante mi insistencia, aceptó con un dulce y coqueto “vamos pues”. Le cogí la mano y la llevé a paso raudo al paradero más cercano. Detuve un taxi y le pedí al conductor que nos llevara a Risso. Conocía un hotelito de dos estrellas por ahí, nunca había entrado, pero sabía que era perfecto para la ocasión. Quedaba en la avenida Petit Thouars, a unas cuadras del Centro Comercial, y era de tres pisos. Durante el trayecto, viajamos en silencio, intercambiando breves frases que delataban nuestra ansiedad y nerviosismo. Al entrar a la recepción, me soltó la mano y yo me acerqué al recepcionista, un joven de lentes. Le pedí una habitación, y tras pagarle y entregarle mi DNI, me dio la llave del cuarto. Con una mirada cómplice le dije a Jessica que ingresáramos al ascensor. Lo hicimos rápidamente con unas sonrisas camufladas en nuestros rostros. La habitación estaba en el segundo piso, al fondo de un largo e iluminado pasillo. El hotel se veía bien, incluso mejor de lo que creíamos. Abrimos la puerta y prendimos las luces. Era una habitación espaciosa, con baño, bien limpia y ordenada. Una cama de dos plazas, con una colcha color marrón bordada con florecitas y sábanas blancas, se ubicaba en el medio; a los costados, dos veladores con sus respectivas lámparas; una silla en la esquina; un pequeño armario; y un cuadro de una calle del Centro de Lima colgaba de la pared. Apagamos la luz del cuarto y nos quedamos con la del velador. Después nos sentamos en la cama y, tras contemplarnos unos segundos, nos comenzamos a besar con furia: le mordí levemente los labios y nuestras lenguas se

entrelazaron. Me quité la casaca y la lancé al aire, luego la despojé de la suya. Echados ya sobre la cama, mis manos fueron explorando su cuerpo con una energía impetuosa. Rápidamente nos fuimos desprendiendo de nuestras ropas, que caían a la alfombra; ella me desabotonó la camisa y yo hice lo mismo con su blusa, botón por botón. De inmediato le quité el sostén y palpé, deslumbrado, unas grandes y hermosas tetas. Chupé sus pezones como si succionara una fruta madura. Deslicé mi mano entre sus piernas. Ella gimió con fuerza y su mano acarició mi pene erecto. El placer nos fue envolviendo. La sentía mojadita y eso me arrechaba más. De la calle, un chorro de luz tenue ingresaba por la ventana y las cortinas. Bajé a su monte espeso y la acaricié y la lamí con los ojos cerrados. Sus intensos gemidos me envolvían más y más. Luego Jessica se colocó encima mío y comenzó a cabalgar, a ritmo creciente, con la mirada en blanco y el rostro colmado de placer. Nuestros cuerpos ahora sudaban y nuestros movimientos se hicieron uno.

Después de hacer el amor, prendimos el televisor y estuvimos observando una comedia pícaro mexicana. La película era mala, pero nos reíamos de las jocosas escenas eróticas. A veces, también, comentábamos estas risueñamente y nosotros, distendidos tras lo acontecido, lo celebrábamos con sonoras carcajadas.



Luego de aquella vez, nos empezamos a ver con mayor frecuencia. Al menos un par de veces al mes. Para entonces, ella comenzó a practicar como asistente en un estudio de abogados. Nos encontrábamos los sábados en la noche, en Miraflores, e íbamos a tomar y comer algo al Eka bar, en la calle Esperanza. Charlábamos sobre el trabajo, los estudios o la familia. Después nos dirigíamos al hotelito de la primera ocasión. Fuimos a este múltiples veces. Conocimos los tres pisos del hotel, las diversas habitaciones, y tanto en las más caras como en las más asequibles, éramos felices en esas cuatro o cinco horas que ocupábamos el espacio. Por otro lado, Jessica era muy tierna y apasionada y sabía hacer el amor muy bien, a pesar de no ser una experta. Conforme íbamos conociéndonos más en la intimidad, los dos nos volvimos más osados, y dejamos atrás nuestros pudores. Ella me confesó algunas de

sus fantasías y caricias que le procuraban placer, y yo trataba de complacerla. Jessica hacía lo mismo conmigo. También me contó sobre su vida sexual con uno de sus enamorados, el cual había sido su primer y único hombre. Sin embargo, nunca hablamos de la relación que teníamos; ni Jessica ni yo nos animamos a tratar lo que estábamos viviendo. Y como no estaba enamorado, la relación para mí era perfecta, ya que ella no me exigía nada a cambio. Simplemente, nos veíamos ocasionalmente y nos prodigábamos cariño mutuo. Un cariño que nos hacía ver el mundo mejor de lo que era y que nos permitía sentirnos acompañados. Un cariño que no era amor, pero que de alguna manera se parecía. Porque lo que comprobé con Jessica, y ya antes me había sucedido en alguna oportunidad, es que en las relaciones furtivas también existe, a veces, aprecio genuino y respeto. Y yo, de cierta manera, quería y respetaba a Jessica.

La última vez que lo hicimos fue a fines de mayo. No sabía que luego no la volvería a ver por un buen tiempo. No obstante, así sucedió. Recuerdo que en aquella ocasión, ella estaba con la regla, pero a pesar de eso tuvimos sexo y nos gustó. Y lo que más recuerdo de esa noche, aunque no se lo dije, era el olor de su cuerpo. Me gustaba, me excitaba, el olor que se desprendía de su cuerpo, que no estaba contaminado con perfumes. Ese aroma que se desprendía de su piel, de sus cabellos y su entrepierna me parecía delicioso. Al día siguiente, le mandé un mensaje deseándole una buena semana, y ella me devolvió el saludo cortésmente. Pero a partir de ahí, Jessica tomó la decisión de no verme (¿o sería después?). Porque luego de una semana, como era costumbre, le envié un correo para encontrarnos el próximo sábado, sin embargo no me respondió. Supuse que estaba hastiada de aquella relación clandestina. A los pocos días, le volví a escribir y llamar pero tampoco obtuve respuesta. Intenté otra vez más: fue en vano. Decidí entonces no insistir. Entendí que ella se había percatado de que estaba perdiendo el tiempo conmigo, que nunca íbamos a tener una relación formal y que se merecía alguien que la amara. Y claro que tenía razón. Lamento decirlo.



Transcurrieron dos años. Una tarde de agosto del 2011, abro mi cuenta de

correo electrónico y encuentro, asombrado, un mensaje de Jessica. Me saludaba con afecto y me contaba que acababa de finalizar su carrera y, ahora, se encontraba laborando para el Estado. Además, me preguntaba qué había sido de mi vida y me proponía salir juntos. No la pensé mucho y le contesté de inmediato: “Jessica, me alegra saber de ti. ¡Te felicito por tus logros! Por supuesto, me encantaría verte”.

Nos citamos en el parque municipal de Barranco un sábado en la noche. Ella apareció media hora más tarde. Se le veía mucho más simpática: parecía que estaba yendo al gimnasio. Nos dimos un cálido abrazo de bienvenida, disculpa por el retraso me dijo, y nos dirigimos al bar La Noche. Pedimos unos pisco sours y unas brochetas de pollo. Platicamos largo sobre nuestras vidas y lo que nos había acontecido en todo ese tiempo. Ella trabajaba en el Ministerio de Trabajo como asistente del área Legal; mientras que yo había retomado la docencia en un instituto. “¿Estás con alguien?”, me preguntó a bocajarro. “¡No!”, le respondí. “¿Y tú?”. “¡Tampoco!”, contestó, y los dos nos reímos como adolescentes. A pesar de eso, no le pregunté por qué no respondió mis mensajes y llamadas luego de la última vez que nos vimos. Sentí que estaba de más (era obvio por qué se alejó). Jessica tampoco abordó el tema. Y pensé: “Si me ha llamado, es porque sigue enamorada”.

Cuando salimos de La Noche, le dije para caminar por el Puente de los Suspiros. Las luces de los postes irradiaban una tenue atmósfera. Una corriente de aire frío envolvía a los transeúntes envueltos en oscuros abrigos. De los locales iluminados, llegaba el barullo de la gente y la música. Llevé a Jessica al mirador a contemplar el mar. Elegí un rincón alejado de la multitud, y en medio de la penumbra cómplice, la cogí de la cintura e intenté besarla. Ella me apartó el rostro y me increpó fastidiada: “¡Qué te pasa, Miguel!”. Me disculpé de inmediato. Jessica, sin embargo, no pareció darle mucha importancia y pronto retomamos la charla como si nada hubiese ocurrido. Minutos después, decidimos retornar al parque central. Caminamos alrededor de este por un buen rato y luego nos sentamos en una de las bancas de madera. La plática se tornó nuevamente entretenida y, aprovechando esa renovada complicidad, intenté besarla otra vez. No obstante, me volvió a

rechazar de manera tajante. Pensé que se estaba haciendo de rogar, típico de las mujeres, sin embargo después del tercer intento, decidí no volverle a insistir. Es cierto que ella me había contado en el bar que salía con un muchacho. Pero entonces ¿para qué me invitó a salir? ¿Acaso no sabía que yo iba a pretender algo, más aun sabiendo lo que habíamos vivido en el pasado? ¿Acaso su mensaje a mi correo no simbolizaba que todavía me quería? Esa noche, me despedí de Jessica sin entender el porqué de su comportamiento, aunque intuyendo las posibles razones. Y esto lo comprobé al día siguiente, cuando me envió un mensaje en el que mostraba su disgusto por mi conducta, y finalizaba diciendo: “Tú me preguntaste por qué las mujeres están a la defensiva y la respuesta es sencilla. Lo están porque la mayoría de hombres, al igual que tú, creen que todas somos iguales y lo único en lo que piensan es en llevarnos a la cama. Si alguna vez sucedió algo entre nosotros, fue porque así se dio, pero eso no quiere decir que vuelva a ocurrir. Yo estoy ahora en una etapa diferente. Así que te pido, por favor, que madures”. Cabe decir que, luego de leer esta misiva, ya no me provocó contradecirla, sino que simplemente le respondí: “Jessica, tienes toda la razón. ¡Prometo no volver a comportarme como un bobo! Un abrazo. Miguel, el inmaduro”.

A pesar de eso, estuvimos manteniendo contacto a través de correos y llamadas telefónicas. Fue así que me enteré, al mes, que había iniciado una relación con un compañero del trabajo (el mismo con el que estaba saliendo cuando nos vimos). Me alegré por ella y la felicité. Sin embargo, eso no impidió que Jessica me siguiera enviando mensajes y que estuviésemos planificando un próximo encuentro. Por mi parte, era claro que ella me estaba encelando para que yo me pronunciara e hiciera algo al respecto; es decir, que impidiera aquella relación y le propusiera, de una buena vez, estar en serio. Pero como se imaginan, yo no moví un dedo, y a lo más, de vez en cuando, la llamaba para coordinar el día de la cita. Precisamente una noche, estábamos charlando, cuando de pronto su tono de voz cambió (escuché a otra persona al fondo de la línea) y me señaló nerviosa que tenía que colgar. A la tarde siguiente, me comuniqué con Jessica y me dijo que había conversado seriamente con su enamorado, que le había contado de mí, y habían llegado a la conclusión de que lo mejor era que no nos viéramos, pues eso podía afectar su vínculo. Yo respeté aquella decisión y no le insistí. Lamento decirlo.



Salvo una llamada que le hiciste unos meses después, en que platicaron un rato y de nada trascendente, no has vuelto a saber nada de Jessica. A veces, incluso, has estado tentado de escribirle o llamarla, pero no lo llegaste a hacer. Eso sí, la buscaste en el Facebook con tenacidad, mas no la pudiste ubicar. Recordaste, entonces, que no era muy asidua a las redes sociales.



Si pudiera tenerte enfrente, aprovecharía para decirte que te tengo mucho afecto. Porque fuiste una de las pocas mujeres, en mi vida, que me demostró su amor y logró que me sintiera menos solo. Además, te agradecería por los hermosos recuerdos que fabricamos juntos: aquellos besos tiernos que nos dimos y las inolvidables noches de placer. Te agradecería también por haberte reído de las bobadas que decía, y por afanarme con perseverancia. Lamentablemente, no pude corresponderte (¡me hubiese encantado!). Y a pesar de que no nos vemos hace tiempo, estoy seguro de que te va muy bien y que ya encontraste a un muchacho que te valora como solo tú te lo mereces. Asimismo, espero que me recuerdes por lo bueno que había en mí, y te ofrecí a cuentagotas, y no por mi lado mezquino y bobalicón. Finalmente, Jessica, me despido con un fuerte abrazo, ese que nos dimos algunas veces y con el que vencimos a la soledad. ¡Sí, a la soledad!

# Carolina

Toda la noche, se la pasó Miguel escribiendo como un endemoniado esa obra de teatro que debía terminar. Mañana era el día más importante de su vida. Escuchaba “El rito”, de Soda Stereo, para darse ánimos: “...Sueles encontrarme en cualquier lugar/ y ya lo sabes, nada es casualidad./ Tu misteriosa forma me lastimará/ pero a cada segundo estaré más cerca”. Pensaba que mañana debía declararse a Carolina y que acabar esa obra de teatro era una prueba hacia ella de su valentía y sobre todo que su amor valía la pena. Frente a la pantalla de la computadora, con los ojitos adormilados, escribía apretando con furia las teclas, como si en eso se le fuera la vida. Cada vez que se le venía el sueño (ya eran las dos de la mañana), pensaba en Carolina y eso le daba fuerzas para seguir con su labor. Paralelamente, planeaba cómo la abordaría en la Feria del Jockey Plaza, donde el Club de Teatro de Lima, al cual ambos pertenecían, ocupaba un *stand*. Le había escuchado decir, la tarde anterior, que iría temprano (la feria abría a la una) y él pensó aprovechar que había poca gente a esa hora, para decirle lo que sentía por ella. No importaba que se muriera de miedo por dentro. Miguel estaba más que decidido.

A las nueve de la mañana culminó la obra. Durmió poco más de tres horas y tras un baño, partió rumbo a la feria en el Jockey. Estaba exhausto pero ilusionado por lo que iba a pasar. Sabía que ese día su destino estaba en juego. Sabía también que no importaba lo que ocurriera: se le iba a declarar por segunda vez. Una sonrisa en el rostro de Miguel ilustraba su optimismo. Cuando llegó, tal como lo imaginaba, había escaso público y los *stands* recién se estaban abriendo. Un tapiz verde oscuro cubría los amplios pasillos y el sol se filtraba por las ventanas. En el *stand* del Club de Teatro, encontró solo a su profesor ordenando los libros y folletos que ofrecían al público. Lo saludó amablemente y se ofreció a ayudarlo en su labor. Mientras tanto, pensaba que Carolina llegaría en unos minutos; sin embargo, el tiempo transcurría y ella no daba señales. Eran ya las tres de la tarde y nada. Por el contrario, la feria se iba poblando de gente y buena parte de sus compañeros

habían llegado. Cerca de las cuatro, vio por fin aparecer a Carolina. Se saludaron de manera fría y se pusieron a conversar en grupos distintos. Es cierto, Miguel, que ya entonces tu relación con ella no era de las mejores, no por ti, sino por Carolina. Desde aquella vez, meses atrás, en que te le declaraste por primera vez, ya nada era igual. Carolina te rehuía, ya no te decía “Miguelito” con cariño, como antes, ¿te acuerdas?, sino con un distante “Miguel”; aunque el timbre de su voz al pronunciar tu nombre te seguía fascinando. Ella lucía incómoda contigo y tú notabas esa molestia. Por eso ahora, Carolina charlaba de lo más animada con un grupo de muchachos del Club, mientras Miguel, mirándola con disimulo, platicaba con otro. La espiaba a la distancia, escuchaba su voz risueña y su risa fresca, veía sus rizos castaños, su naricita respingada, su sonrisa encantadora, y trazaba un nuevo plan para abordarla: no tenía la menor idea. Hasta que en un momento, cuando le llegó un afiche de la Feria para que lo firmara, y le dijeron que era de Carolina, él supo que era su oportunidad. Cogió entonces el lapicero azul que un compañero le pasó y, tras ponerse a meditar unos segundos, una frase iluminadora le vino a la mente. La escribió con determinación, mientras un brillo en sus ojos alumbraba su rostro: “¡Carolina, te amo!”. Eso fue todo y estampó su firma. Luego le pasó el afiche a una amiga. Algunos se detenían, tras colocar su dedicatoria, a leer lo que habían puesto los demás. Una de ellas, Leticia, leyó lo que escribió Miguel y sus ojos se abrieron como platos. Otro muchacho, Sandro, se quedó estupefacto, como si no lo creyese. Mientras tanto Miguel, a unos metros, observaba sus reacciones con una tranquilidad que incluso a él mismo lo sorprendía (posiblemente se debía a que estaba convencido de su proceder) y advirtió que ninguno de ellos se atrevía a mirarlo. Hasta que le llegó el afiche a Carolina. Era el momento que Miguel había estado esperando. Ella se puso a leer las dedicatorias de sus compañeros. Las leía en silencio, con una expresión de agrado; de pronto, el semblante se le congeló y se tornó circunspecto. Miguel sabía muy bien por qué. No se atrevió ella a buscarlo con la mirada; sabía él que estaba incómoda. No obstante, pensó que ojalá se diera cuenta de que todo eso lo estaba haciendo por una buena causa. Al rato, los grupos se desintegraron y Carolina se alejó con unas amigas. Miguel se quedó en el *stand* esperando. Las imaginó en el baño comentando lo acontecido. ¿Qué estarían hablando ahora? La verdad, no le importaba. Estaba satisfecho de su conducta y ahora todo dependía de ella. Transcurrieron quince minutos y Carolina no regresaba. Decidió salir y caminar en dirección al baño. No bien avanzó unos

metros, a través del grueso tapiz verde, observó que, del otro extremo, ella venía sola. Vestía un jean azul, una chompa guinda y zapatillas marrones. Cuando estuvieron a la misma altura, Miguel le cerró el paso y la abordó:

–Carolina, ¿qué opinas sobre lo ocurrido? –le preguntó con aire resuelto, mirándola a los ojos.

–¿Opinar de qué? –respondió ella, en tono serio.

–Tú ya sabes de qué –dijo él.

–¡No, no lo sé, Miguel! ¿A qué te refieres? –señaló ella crispada.

–Me refiero a lo que te escribí en el afiche –contestó él.

Carolina hizo una breve pausa. Luego, dijo tajante:

–¡Miguel, no entiendes! ¡Ya te he dicho que solo te veo como un amigo! ¡Además eres inoportuno! – Acto seguido, ella lo esquivó y se alejó con expresión grave. Miguel volteó y, con una media sonrisa, la vio alejarse por el pasillo iluminado de la Feria.

Cuando regresó al *stand*, escuchó a sus compañeros decir que, después de la Feria, celebrarían en un karaoke. Miguel estaba agotado producto de la amanecida. Pero a pesar de la negativa de Carolina, estaba contento por su proceder. “Has hecho lo que tenías que hacer”, se dijo para sí. Luego se despidió de sus amigos del Club, se disculpó por no asistir a la reunión, y se marchó del Jockey sabiendo que nunca olvidaría aquel día de agosto. Aquel en que Carolina le dijo “no” por segunda vez y él volvió a perder de manera valerosa, sabiendo que hizo su mejor esfuerzo. ¿Volvería a intentarlo?



Conocí a Carolina en el verano del 2003, en el Club de Teatro de Lima. Era inicios de enero y comenzábamos el segundo año de la carrera de Arte Dramático. Veníamos de grupos distintos: ella del grupo de la tarde y yo de la noche. Recuerdo que éramos más de treinta, todos de distintas edades y

procedencias. Recuerdo también que ese primer día de clases, en un salón de paredes blancas, sillitas cremas y una alfombra color vino, estaba embobado viendo a las nuevas compañeras, la mayoría muy simpáticas. Pensaba a quién podía enamorar. Contemplé a Carolina, una adolescente de tez blanca, ojos claros, cabello ensortijado, algo gordita, que llevaba un polo celeste, un short beige y sandalias, y no le presté mucha atención, pues había chicas más guapas. Esa fue la primera impresión que tuve de ella.

A las dos semanas, me tocó formar grupo con Carolina y Gerardo, un amigo del primer año. El profesor nos entregó la obra *Juan Palmieri* y nos pidió trabajar una de las escenas. Fue entonces que la conocí un poco más y me sorprendió su inteligencia y su humor. A pesar de que solo tenía diecisiete años (yo me iba por los veinticuatro), era bien madura para su edad. Además, poseía una hermosa sonrisa. Trabajar con ella, por tanto, me resultó agradable y creo que a Carolina también. Ella me llamaba Miguelito con cariño. Pero aún entonces la veía como una amiga y nada más.

Fue a mi regreso de Arequipa (estuve de vacaciones una semana) que comencé a verla de manera diferente. Precisamente, fue la tarde del 14 de febrero, Día de los Enamorados. Recuerdo que estábamos en grupo conversando en la entrada del Club y que el sol brillaba. En un momento, al contemplar a Carolina, vi cómo sus ojos pardos verdosos fulguraban como piedras preciosas. Y ese destello me dejó hechizado durante varios segundos. Cuando recobré el aliento, le dije delante de todos: “¡Qué bonitos ojos tienes!”. Gerardo me observó con un gesto cómplice y ella solo atinó a sonreír, como agradeciendo mi piropo. A partir de ahí, definitivamente, mi percepción de ella varió y mis sentimientos dejaron de ser solo de amistad.

Fue entonces que decidí enamorarla. Y para eso, primero, debía hacerme su amigo e invitarla a salir. El problema radicaba en que como era jovencita, sus padres no le daban permiso muy seguido. Sin embargo, por aquella época, acostumbábamos ir, en grupo, a ver obras de teatro a diversas salas:

el Mocha Graña, en Barranco; el Británico, el Icpna y la Alianza Francesa, en Miraflores; la Asociación de Artistas Aficionados y el Teatro Segura, en el Centro de Lima. Con ese fin (enamorarla), llamaba a algunos compañeros para ir al teatro y luego a ella con la excusa de asistir todos. Fue así que acudimos a un par de obras y siempre aprovechaba para charlar un rato con Carolina. En una ocasión, luego de ver una función en el mismo Club, me quedé conversando a solas con ella. Estábamos sentados frente a la fachada. Eran aproximadamente las seis de la tarde y nuestros amigos se acababan de marchar. La acompañé mientras llegaba su hermano, quien la iba a recoger. El cielo azul desperdigaba tonos rosados y anaranjados. Era un hermoso espectáculo. Carolina me contó que quería ser actriz, que su sueño era trabajar en Televisa (la cadena mexicana), y que iba a estudiar Comunicaciones en la Universidad de Lima. Justo yo estudiaba la misma carrera en dicha universidad, así que le brindé algunos consejos. En ese momento, me sentí feliz de estar a su lado y comprobar que teníamos mucho en común. Además, intuí que el destino me la había puesto en el camino y estaba decidido a aprovechar esa oportunidad.

El segundo paso a dar, luego de haberme ganado su confianza, era invitarla a salir, pero ahora los dos solamente. Una tarde, platicando antes de clase, comentamos que venía a Lima el doctor Bola Roja (del cual se había hecho una reciente película protagonizada por Robin Williams) y que se iba a presentar en la Universidad Católica. La noté muy interesada, así que una noche, la llamé a su casa y le hice la invitación. Tras una pausa, me contestó que le agradaría pero tenía que consultar primero con sus padres. Yo estuve de acuerdo y quedamos en que me confirmaría el lunes en el Club.

Sin embargo, llegado aquel día me dijo que no iba a poder, aunque a manera de esperanza, señaló: “¡Para la próxima, Miguelito!”. Y yo le tomé la palabra. Una semana después, la invité al cine. Tras consultar nuevamente con sus progenitores, ahora sí aceptó. No obstante, esta vez nuestros horarios se cruzaron y no llegamos a coincidir. Finalmente acordamos salir un sábado y, cuando ya estábamos a pocas horas de la cita, me llamó para cancelarme con una educada excusa. Yo, por mi parte, me preguntaba qué estaba

ocurriendo. ¿Por qué lo nuestro, que había empezado tan bien, se estaba enfriando? ¿Estaba haciendo algo mal? Una noche, al salir de clase, supe la razón. Josué, un compañero de clase, le regaló a Carolina un pequeño conejo blanco y ella lo recibió emocionada. Al contemplar la escena, entendí de pronto lo que sucedía, y pensé, como buen perdedor, que Carolina al menos tenía buen gusto. Josué, apodado Conejo, era a sus diecinueve años un excelente partido para ella: inteligente, simpático, noble, con sentido del humor; al verlos, uno notaba que formaban una bonita pareja y que tenían química, pues no dejaban de reírse (cosa que no sucedía entre Carolina y yo).

A pesar de eso, decidí persistir porque sabía que la quería más. Podía ser que Josué fuese más interesante, más divertido, más carismático, pero yo también tenía mis cualidades; y, sobre todo, estaba enamorado de ella, y eso nadie me lo podía quitar. Tarde o temprano, Carolina se percataría de esto y la balanza se inclinaría a mi favor. Sin embargo, las siguientes actitudes de ella no fueron de las mejores. Recuerdo, sobre todo, una ocasión en que estábamos en el vestíbulo del Club, antes de una función. Yo le pedí a Carolina que me guardara, por favor, un asiento en la primera fila, ya que ingresaría antes a la sala. Pero ella, delante de unos compañeros, me dijo exasperada: “¡No molestes!”. Mis amigos se rieron, ella se puso seria y yo, entre sorprendido y ruborizado, no sabía qué cara poner. Ya en la sala, me senté en una butaca posterior y, mientras presenciaba el espectáculo con mal talante, a veces observaba a la distancia, en medio de la penumbra, el semblante adusto de Carolina. “¿Por qué se había comportado así?”, me pregunté.

Pasaron los días y aquel incidente se me olvidó. Pronto volví a llamarla, a pesar de que era evidente que me rehuía. Una noche, logré acompañarla a su casa. Vivía en Surco (al igual que yo) por la avenida Ayacucho, frente a un gran parque poblado de árboles. En el trayecto, me contó que era la menor de tres hermanos. Era la única mujer y la engreída de sus padres. Esa noche, la convencí para almorzar en la universidad al día siguiente. Ya que no quería salir conmigo, al menos podíamos vernos en el lugar donde estudiábamos. Ella puso mil pretextos de horario, sin embargo, a regañadientes, terminó por

dar su brazo a torcer.

A la una de la tarde, tal cual lo acordado, la esperé en el comedor de la universidad. Había preparado mi plan de manera milimétrica. Cuando llegó Carolina, luego de un saludo frío de su parte, nos sentamos en una de las blancas mesas, junto a un gran ventanal; desde ahí se contemplaba el jardín y los diversos pabellones. Me señaló, de inmediato, que ya había almorzado y me iba a acompañar solo un momento, pues tenía que realizar un trabajo grupal. “¡Entiendo!”, le dije. Luego, saqué un discman de mi mochila y le hice escuchar un relato oral que me fascinaba: “El partido de ajedrez”, de Francois Vallaey; y ella, mientras lo oía, dibujó una amable sonrisa que contrastó con su inicial indiferencia. Después conversamos un rato de las clases de teatro, de nuestros compañeros, de Josué (recuerdo que solté algunas frases elogiándolo); y de pronto, cuando ya planeaba hablarle de mis sentimientos, recibió un mensaje de texto a su celular y me informó que se marchaba. “¡Pero quédate un ratito más!”, le repliqué. No obstante, Carolina recalcó que era importante, entonces se levantó de su asiento y comenzó a retirarse. Yo, desconcertado, dejé mi almuerzo inconcluso, y la acompañé hasta la pileta de agua ubicada a la espalda de la Facultad de Psicología. Al despedirnos, noté que se encontraba, a unos metros, con un muchacho de su edad. Observé que se dirigían a la biblioteca. Los seguí, algo nervioso, y al verlos ingresar, me senté en una banca próxima. Pensé en marcharme al cabo de unos minutos, pero sentí que no podía dejar las cosas a medio hacer. Llevaba conmigo una carta que le había escrito a Carolina la noche anterior, y no quería irme sin entregársela. Además, ya habían pasado casi tres meses desde que decidí enamorarla, y no iba a dejar pasar otra oportunidad. Era ahora o nunca y no importaba lo que sucediera: igual lo iba a intentar. Así que esperé y, al cuarto de hora, la vi salir con aquel chico. Se percibía que eran amigos y nada más. El sol quemaba desde lo alto y las nubes eran grandes copos de algodón. Los escolté a una prudente distancia y, cuando estaban a la altura de la enfermería, me acerqué. Le dije al muchacho que, por favor, me dejara hablar con ella un momento. Pese a que estaba nervioso, una repentina seguridad me invadió. Una leve sonrisa iluminaba mi rostro. Carolina, sorprendida y dócil, se dejó llevar a unos metros de ahí. Saqué mi carta y se la entregué. “¡Léela y dime qué piensas!”, le señalé. Me apoyé en

un poste de luz, frente a ella, y me puse a contemplar su faz abstraída en la lectura. No se le veía irritada; por el contrario, lucía sorprendida, emocionada, como si aquel gesto mío le hubiese gustado. Yo, por mi parte, sentía la adrenalina correr por todo mi cuerpo. Por fin, ella levantó su mirada del papel, y me dijo con tono afectuoso:

–Gracias por la carta, Miguel. ¡Está bonita! Pero lo siento, solo te veo como un amigo –Y tras una breve pausa agregó:– ¡Además, me gusta otro chico!

En ese instante, tuve ganas de preguntarle quién era aquel, mas no lo hice porque intuí a quién se refería. Y ya no le insistí pues noté, en sus palabras y en su mirada, que era sincera conmigo.

–¡Entiendo, Carolina! ¡No te preocupes! –señalé resignado.

–Pero, Miguel, seguimos siendo amigos, ¿no es cierto? –dijo ella.

–¡Por supuesto! –le respondí.

Finalmente, nos despedimos de manera cordial y quedamos en vernos en el Club durante la semana. Al verla marcharse junto con su amigo, sentí emociones encontradas: por un lado, satisfacción por haberme atrevido a confesarle lo que sentía; y por otro, un sabor agri dulce por haber sido rechazado. “Al menos, lo intentaste”, me consolé.



Luego de aquella vez, Miguel, te hiciste la promesa de olvidarla, mas fue en vano. Por si fuera poco, ya nada volvió a ser lo mismo entre los dos. Si ya antes la relación se había enfriado y ella era distante contigo, después de que te declaraste, Carolina se volvió más esquiva e incluso, a veces, esbozaba gestos de disgusto. Hasta te hacía desaires maleducados y tú tenías que sobrellevarlos en silencio. Pero así y todo, en secreto, seguías como loco pensando en ella y eso se alimentaba por tu sueño de vivir una verdadera historia de amor: una en la que el hombre, a base de perseverancia, lograba ablandar el corazón de la mujer hasta conquistarla. Sí, Miguel, es cierto: de

todas las historias de amor que habías leído, escuchado o visto, las que más te emocionaban o impactaban eran esas en las que, al principio, la mujer no quería nada con el hombre; pero luego, en base a paciencia y constancia, ella terminaba por ceder, hasta terminar locamente enamorada de aquel gallardo caballero. Tú también querías vivir una historia idéntica, y ahora, a diferencia del pasado, ya confiabas en ti. Por eso, a pesar del “no” de Carolina y sus desaires, tú sabías que podías hacerla cambiar de parecer. Además, una noche, cuando saliste a tomar unas cervezas con un grupo de amigos del Club, le escuchaste decir a Josué que no estaba preparado para una relación y que por el momento quería estar solo. En otras palabras, él solo veía a Carolina como una buena amiga. Por el contrario, el único tetelemeque que la quería realmente eras tú y solo tú. Pero aun así, la realidad te paraba golpeando y tus sueños de amor parecían solo eso: simples quimeras, porque Carolina no demostraba el más mínimo interés. “¿Estaré viendo espejismos?”, te preguntabas. Entonces, volvías a engañarte diciendo que tenías que olvidarla, que era en vano estar perdiendo tu tiempo; mas eso te duraba solo un par de días, porque al verla nuevamente en clases, y escucharla hablar o reír, no podías dejar de adorarla a lo lejos. Tú veías cosas en ella (valores, actitudes, rasgos) que los demás no apreciaban. Solo tú eras capaz, y te enorgullecías, de apreciar el coraje, la belleza y la inteligencia de esa muchachita.



En julio del 2003, Miguel había culminado un nuevo ciclo en la universidad y tenía un mes de vacaciones. Por entonces, el Club iba a participar en una feria de arte en el Jockey Plaza y tenía que armar un número, de unos quince minutos, para presentar al público. Su profesor había hecho una convocatoria entre los alumnos del Club para que participen del espectáculo y Miguel se había inscrito, pues en dicho grupo iba a estar una chica que le gustaba. Además, era una magnífica oportunidad para ir sacando de su mente a Carolina, ya que estaba claro que no quería nada con él. El nombre de aquella muchacha era Ana Delia, cursaba el tercer y último año de la carrera de Actuación, y se iba a encargar de dirigir aquel número. Sin embargo, Miguel no contó con que Carolina también se había inscrito. Por eso, el día del primer ensayo, al verla a ella, no supo si alegrarse o entristecerse. A pesar de eso, intentó no prestarle mucha atención y comenzó

a hacerse amigo de Ana Delia. Es cierto que ya la conocía del año pasado, que habían charlado en un par de ocasiones, y que ambos parecían gustarse, pero él nunca había ido más allá. Fue por eso que una mañana, al término de un ensayo, la acompañó al paradero. Como vivían relativamente cerca, abordaron el mismo bus, uno que cruzaba todo Benavides. En el trayecto, conversaron sobre una obra teatral que se estaba representando en el Británico, y ella le insinuó su interés para ir juntos. Pero él, sin saber por qué, se hizo el desentendido. Luego, cuando Ana Delia se bajó a la altura del colegio Juana Alarco, se percató de la razón de su proceder: Carolina. Aunque él quisiera ocultárselo, seguía enamorado de ella y aún cobijaba el anhelo de conquistarla.

A partir de entonces, Miguel acudía a todos los ensayos puntualmente y era feliz con tan solo ver a Carolina, a lo lejos, ensayando sobre el escenario. En una ocasión, un grupo de muchachos, entre ellos Miguel, contemplaba a las chicas, las cuales practicaban una coreografía. Uno de ellos, Luis Alberto, lanzó la pregunta de quién era la más simpática. Uno contestó Ximena; otro, Ana Delia; aquel, Sofía. Cuando le llegó su turno a Miguel, que observaba embelesado, exclamó sin titubear: “¡Carolina!”. Luis Alberto, sorprendido, le preguntó qué le veía. “De repente si bajara de peso”, agregó. Miguel se quedó en silencio unos segundos, luego respondió: “¡Debo estar enamorado entonces!” y se rio. Y era cierto: Miguel era consciente de que Carolina estaba subida de peso e incluso había compañeras más guapas, pero aun así la prefería. Él se percataba de sus virtudes, de su valor, de su belleza, esa que no estaba solo en el físico, sino y sobre todo en su personalidad. Era un encanto ver cómo esa muchachita, que no cumplía aún los dieciocho, tenía más carácter, pasión y talento que otras chicas de mayor edad. Fue por eso, cuando se inició la feria, a mediados de agosto, que decidió volver a declararse. Sería su segundo intento. Y en esta ocasión, a manera de homenaje, y como una muestra de su valentía, decidió también dedicarle una obra de teatro (su ópera prima) que escribiría antes del día clave. Con ese fin, luego de los ensayos, en las tardes, se encerraba en su habitación a escribir esa obra que sería una prueba tangible de su amor, de la inspiración que ella le producía. La tituló “Lazos de amistad” y era la historia de dos compañeros de colegio que se reencontraban después de veinte años. Uno de los

personajes era “Ella” y representaba de manera velada a Carolina. Era el personaje que le daba su razón de ser al protagonista, ya que terminaba casándose con ella. ¿Ocurriría eso en la vida real? Miguel no lo sabía, pero estaba convencido de que debía volver a intentarlo.

Días previos a la feria, Miguel le confesó a su padre, que entonces vivía en Estados Unidos, que estaba enamorado de una joven de diecisiete años. Era la primera vez en su vida, que él recordara, que sintió la necesidad de abrirse, de contarle lo que le estaba pasando. Incluso, a través del hilo telefónico, le pidió que lo aconsejara y le comentó que Carolina se parecía a su madre. Lo cual era muy cierto.

Cuando empezó la Feria del Jockey, Miguel estaba ansioso pero entusiasmado. Solo él sabía lo que iba a ocurrir. Y reservó el último día para ejecutar su plan. Los días previos, junto a sus compañeros del Club, representaron para el público la escena que habían preparado. El resultado fue satisfactorio, la gente los aplaudió efusivamente. En las noches, como ya dijimos, Miguel se enclaustraba en su cuarto y frente a la computadora, como un poseso, apretaba las teclas tratando de culminar esa obra dedicada a Carolina y rogando que la inspiración estuviese de su lado. Cuando finalizó, una mañana a mediados de agosto, una sensación de paz lo invadió. Durmió poco más de tres horas y, tras bañarse, enrumbó al Jockey Plaza para la cita que tenía con el destino. Sabía que era el día más importante de su vida.



Luego del segundo no, Miguel, decidiste no volverlo a intentar. Pero esta vez, sí estabas convencido de tu decisión. Habías hecho todo lo humanamente posible por conquistarla y nada había resultado. Sin embargo, querías conservar su amistad y tenerla como amiga: ella no tenía la culpa de no sentir lo mismo que tú. Mas a veces, no lo puedes negar, te daba vueltas esa última frase que te dijo aquella vez en la Feria: “¡Además eres inoportuno!”. ¿Qué significaba esto? ¿Acaso que de ser más oportuno, tal vez ella te hubiese dicho que sí? ¿Es decir, que si hubieras escogido una situación más propicia,

y no delante de todos, como lo hiciste, posiblemente ella hubiese reconsiderado sus sentimientos? Y esa pequeña espina de duda la tenías clavada en tu ser y cada cierto tiempo, cuando ya pensabas que la estabas olvidando, afloraba nuevamente. A pesar de eso, hiciste todo por olvidar a Carolina: saliste con otras chicas, tuviste un par de aventuras, pero nada en serio, nada que la arrancara totalmente de tu corazón. Además, era difícil porque la veías tres veces a la semana, y en temporada de obra, casi todos los días.

¿Recuerdas que los dos trataban de llevar la fiesta en paz, a la distancia, solo cruzando las palabras indispensables? No obstante, a veces, inevitablemente, sentías su fastidio. Y tú tenías que hacerte el tonto, para no generar mayor conflicto. Incluso una vez, en la biblioteca de la universidad, poco después de la Feria, se encontraron y ella te dijo: “¡Miguel, me incomoda tu presencia!”, y tú tuviste que hacer de tripas corazón y aguantar el golpe mortal. Es cierto, también, que cuando veías que se excedía, la ponías en su sitio y le decías lo que pensabas. Y Carolina te quedaba mirando en silencio, ruborizada, sin saber qué decir. Porque podías tolerar o entender su incomodidad, pero no que te maltrate o te haga quedar mal delante de todos. Eso nunca.

A inicios del 2004, se preparaban para la muestra final del segundo año; no obstante, se habían formado subgrupos y varios habían abandonado la carrera. Carolina pertenecía a un grupo de doce muchachos que llevaban talleres paralelos al Club e incluso crearon su propia agrupación: Los gatos de goma. Tú, sin embargo, que no querías ser actor mas sí vencer tu timidez, te quedaste en un pequeño grupo y contemplabas, a lo lejos, cómo Carolina iba madurando tanto actoral como personalmente. Cada vez, en el escenario, se le veía más segura de sí y eso te generaba admiración.

Por eso, y aunque te habías prometido olvidarla, no pudiste. Durante más de un año, luego de la segunda vez que te declaraste, ella permaneció en tu

corazón y aquel sueño de poder alcanzarla se mantuvo intacto. Intacto más aún porque ese posible romance entre Carolina y Josué nunca se concretó. E intacto pese a que durante el 2004, en que cursaron el último año de Actuación, ya no ibas ni siquiera las dos veces a la semana que tenían clases, sino solo cuando podías, pues habías terminado tu carrera de Comunicación y empezado a trabajar en un prestigioso diario de la capital. Incluso, durante dos meses, te desapareciste porque tu horario de trabajo era incompatible con el teatro. Fue en esa época también, en la segunda mitad del 2004, que comenzaste a experimentar nuevamente el caos y el vacío de la existencia, a dudar de ti mismo y de tu vocación. Parabas de mal humor y el estrés te carcomía. Solo una aventura que viviste por ese entonces, te ayudó a sobrellevar aquella época difícil; pero sobre todo, lo que te permitió aguantar y luchar fue el recuerdo de Carolina. Solo el pensar en ella, el soñar que su amor era posible, te permitió tolerar la frustración de la vida real. Y fue por ella, luego del tiempo que dejaste el Club y pensaste en no culminar, que regresaste y estuviste los últimos meses que duró la carrera. ¡No te arrepentirías! ¡Al contrario, fue la mejor decisión de tu vida!



Cuando Miguel se reincorporó al Club, a inicios de diciembre, luego de hablar con el profesor de tercer año –un hombre mayor que usaba un bastón y una boina negra–, decidió divertirse. El grupo, que ahora no llegaba a los veinte alumnos, estaba ensayando una obra para la muestra final a comienzos de febrero. Miguel, en secreto, se alegró de ver nuevamente a sus compañeros y sobre todo a Carolina. No importaba que a ella le resultara indiferente; el solo verla de nuevo lo hacía feliz.

En esos dos meses, Miguel ensayó duro para interpretar su personaje de *piraña* que le había tocado. Fue al Centro de Lima, a la Alameda Chabuca Granda, a observar a esos niños de la calle que se drogaban con sus bolsas de terokal debajo del puente; también leyó un excelente libro al respecto: *Navajas en el paladar*, de Jorge Eslava. Sabía que era su último papel como alumno y lo quería hacer bien. A su vez, disfrutaba de los ensayos, del olor a viejo de aquellas salitas acogedoras del Club, de la compañía de los pocos

amigos que le quedaban ahí (tres o cuatro) y las ocasiones en que se iban a tomar un par de cervezas al *Pollo Pier*, aquel inolvidable bar-restaurant de la calle Porta. Por supuesto, en silencio, seguía adorando a Carolina: gozaba del timbre dulce de su voz, de su risa contagiante y sonora, de sus hermosos ojos pardos. Pero sobre todo, gozaba al ver cómo esa pequeña mujercita, algo excedida en su peso, podía desafiar al mundo con su voluntad y su carácter. Era como un motorcito en acción. Y Miguel se preguntaba de dónde sacaba esa energía, ese temple.

Las últimas semanas antes del estreno fueron un poco tensas, ya que hubo roces entre el director interino (uno de los alumnos) y los actores (había dos elencos rotativos). Precisamente, el director era buen amigo de Miguel y su estilo algo autoritario no agradó a ciertos compañeros. Además, existía falta de compromiso y varios se habían ausentado a los ensayos programados fuera de clase. Una noche, al salir del Club, todo el grupo se reunió en el pasadizo de la entrada y se puso a dialogar sobre lo que estaba ocurriendo. La mayoría expuso su punto de vista y planteó soluciones al problema. Cuando le llegó su turno a Carolina, se dirigió a Miguel, delante de todos, y le dijo que lo ocurrido entre los dos era parte del pasado y había que llevar la fiesta en paz. Miguel se limitó a escuchar y pensó: ¿por qué me dice eso Carolina? ¿Acaso no hace más de un año que no le he vuelto a insinuar mi interés? ¿Acaso no he guardado una prudente distancia para no incomodarla? No entendía a qué venían sus palabras. Pero siguió cavilando: ¿acaso sabe o intuye que sigo loco por ella? ¿Acaso se me nota en el rostro mi cara de enamorado? ¿O simplemente me está diciendo que tenga más confianza y me está ofreciendo su amistad?

A pesar de los inconvenientes, la temporada se llevó a cabo tal como estaba planificada y las funciones resultaron un éxito. Luego de la última función, que daba por culminada la carrera de Actuación, el grupo decidió ir a celebrar a la casa de Josué. Miguel estaba contento porque había representado bien su papel; no obstante, sentía también cierta melancolía, pues luego de esa noche no vería más a Carolina. Ya en la casa de Josué, se dejaron de lado las diferencias y todos pasaron un momento agradable.

Jugaron Charada, Todito, Botella Borracha, Yo nunca. Hubo un juego en el que uno le preguntaba al otro lo que deseaba, y en un momento Sofía, una chica simpática de largas pestañas, le preguntó a Miguel qué sentía por Carolina. Todos se quedaron expectantes esperando la respuesta de aquel, sin embargo él no se dignó a responder y solo dijo “¡Paso!”, con tono serio. Minutos después, el grupo se desintegró y algunos se dirigieron al comedor a degustar los bocaditos y las bebidas. Otros se quedaron sentados en los sofás de la sala platicando y tomando cerveza. Miguel, en la sala, departía con un amigo y observaba disimuladamente a Carolina que charlaba, en el comedor, con Fito, un muchacho de ojos claros y cabello ensortijado. Pensaba en abordarla cuando estuviese sola, pero no encontraba el momento propicio; el momento para decirle lo que aún seguía sintiendo por ella, a pesar del tiempo transcurrido; y que el tiempo en vez de desvanecer su amor, lo había hecho más sólido, más intenso, más puro. Sin embargo, pronto se percató de que lo que había alrededor era un simulacro de amistad y no un acto genuino. Era indudable que muchos no se llevaban bien y que él mismo generaba antipatías. Pensó que seguramente Carolina también estaba actuando, simulando cierta amabilidad. Finalmente, a las siete de la mañana, Miguel se despidió de todos, incluida ella. Cuando cruzó el umbral de la puerta, sintió que una etapa de su vida, muy importante y bella, había culminado. No obstante, también se sentía un cobarde por no haberle expresado a Carolina sus sentimientos. ¿Por qué no aprovechó cuando Sofía le hizo aquella pregunta delante de todos? ¿Por qué no lo hizo después? ¿Te ganaron las dudas, el miedo? “No tienes excusas”, concluyó Miguel.



Creí que con el paso de los días, y al no verla, me olvidaría de ella, pero fue imposible. Imposible a pesar de que escribía en mi diario frases en las que me prometía hacerlo e incluso me engañaba diciendo que ya lo estaba logrando. Imposible aun cuando invité a mi onomástico a mis compañeros del Club, entre ellos a Carolina, mas solo un par se dignó a responderme. Con el transcurso de las semanas, esa fiebre en vez de aquietarse, se fue tornando más intensa y se fue apoderando de todo mi ser. Lo noté cuando comencé a escribir una suerte de ensayo en torno al amor que tenía como destinatario a ella. Lo titulé pomposamente: “Tratado sobre las pasiones humanas y otras locuras afines”. Hasta que una tarde de abril del 2005, la fiebre o delirio llegó

a su grado máximo. Recuerdo que estaba escribiendo sobre Carolina en mi habitación, cuando de pronto sentí como un vértigo, como una fuerza interior que guiaba y controlaba todos mis actos. Se me vino a la mente la imagen de Ximena, una amiga del Club que pertenecía al círculo íntimo de Carolina, quien una noche, luego de tomar unas cervezas en el Pollo Pier, me señaló: “¡Yo que tú lo volvería a intentar!”. “¡Yo que tú lo volvería a intentar!”. Y esa frase comenzó a resonar como un eco en mi cabeza. Fue en ese momento que me cambié rápidamente, me puse una camisa ligera y un jean azul, cogí mi vieja bicicleta Goliat, y pedaleé raudo hasta su casa. Tardé quince minutos en llegar a aquel enorme parque, al que una vez la acompañé, y ya estaba oscureciendo. Me sentía emocionado y nervioso. Luego toqué el intercomunicador de una de las casas –que pensé era la suya– pero me dijeron que ahí no vivía ninguna Carolina. Entonces, le pregunté al vigilante de la cuadra si sabía dónde vivía la familia Díaz. Me contestó que en la casa aledaña: una de dos pisos, de pared blanca y techo a dos aguas. Le agradecí y me dispuse a tocar el timbre, mas nadie respondió. Volví a intentar un par de veces: fue en vano. Le pregunté al guardián nuevamente. Me dijo que estaba seguro y que de repente habían salido. Tras pensarlo, decidí esperarla. Crucé la pista, dejé mi bicicleta al costado de un arbusto y me senté en una banca del parque. Estuve ahí cerca de hora y media, sintiendo una ráfaga de aire frío cada vez más intenso que agitaba las hojas y las ramas de los árboles. Mientras que en otras bancas, bajo el amparo de las luces tenues de los postes, algunas parejitas se prodigaban cariño. En ese lapso, sin embargo, no llegó nadie al domicilio. Pensé en marcharme y regresar otro día, pero pronto descarté esa idea. Decidí entonces volver y timbrar nuevamente. A los pocos segundos, alguien abrió la puerta y se asomó. Era precisamente, y para mi gran sorpresa, Carolina.



Ella lucía tan sorprendida como Miguel. Se le veía simpática con su nuevo corte de pelo: el cabello corto a la altura de los hombros. Llevaba un pijama blanco estampado con pequeñas florecitas.

–¡Hola, Carolina! –le dijo Miguel decidido, a pesar que los nervios lo devoraban.

–¡Hola, Miguel! –respondió ella, aún sin poder creerlo.

–He venido porque quiero hablar contigo –señaló él.

–Dime de qué, por favor –dijo ella, tratando de ser amable.

–...Carolina, me gustaría que salieras un momento. ¡Vamos al parque! – le propuso.

–Dímelo acá nomás– respondió ella.

–No nos vamos a demorar ¡Vamos un momento y regresamos! –insistió él.

–¡Miguel, dime qué cosa quieres! –contestó ella, ya impaciente.

Él guardó silencio unos segundos. El miedo aún seguía presente.

–Carolina, por favor, dame diez minutos ¡Es muy importante!

Ella, por la expresión de su rostro, parecía vacilar; pero finalmente terminó por ceder.

–¡Está bien, Miguel, pero solo cinco minutos! Mañana tengo que madrugar.

–¡Perfecto!

–Espera un momento. Voy abrigarme.

–No te preocupes. ¡Yo te espero! –señaló él.

Miguel se quedó parado en el umbral de la puerta. Levantó la mirada y contempló el cielo: una hermosa luna llena alumbraba en medio de la oscuridad. Al rato, volvió Carolina con una casaca de jean celeste y una bufanda colorida. Cruzaron la pista y caminaron por las estrechas veredas del parque. Se detuvieron en una banca desocupada y él estacionó su bicicleta junto a un poste de luz.

–Okey, Miguel, ¿qué es eso importante que me quieres decir? –preguntó Carolina intrigada.

Él quedó en silencio. No sabía cómo empezar.

–¡Miguel, apúrate, si no me voy! –amenazó ella.

–¡Está bien, está bien! ... ¡Vine por ti, Carolina! Tú ya lo debes saber.

–¿Cómo que por mí? –dijo ella, mostrando desinterés.

–¡Sí, Carolina, por ti! A pesar de todo, tú me sigues importando –le confesó.

–Pero, Miguel, ¡te he dicho mil veces que solo te veo como un amigo! –dijo ella. Sin embargo, su tono no demostraba la firmeza de otras ocasiones.

–¡Sí, lo sé. Claro que lo sé. Siempre fuiste clara conmigo! Pero aun así, no me puedo mentir. ¡Yo te amo, Carolina! ¡Te amo!... Sí, ya sé, ahorita me vas a decir que estoy loco, que no entiendo, pero esa es la pura verdad: no puedo olvidarte –señaló Miguel. Y ahora que hablaba, ya sus palabras brotaban como un torrente de agua caudalosa.

Carolina esbozó una media sonrisa y, tratando de retomar la seriedad, preguntó:

–¿Y qué me ves?

–¿Qué te veo? –repitió Miguel sorprendido– ¡Veo todo lo que vales! No solo eres simpática, sino también una chica inteligente, noble y talentosa.

Carolina observó a Miguel y escrutó sus pupilas, como tratando de comprobar si era realmente sincero. De pronto, ella que parecía halagada, dibujó un gesto grave y señaló:

–Pero ya te dije que a mí me gusta otro chico, ¿te acuerdas?

–Te refieres a Josué, ¿no es cierto? –y Miguel vio que Carolina asentía con la cabeza– ...Creo que él ya tuvo su oportunidad y no la aprovechó. Sí sé

que se llevan excelente, pero él solo te ve como una amiga.

Luego hubo una pausa. Una corriente de aire frío los caló. A lo lejos, se oían los murmullos de algunas parejas conversando en la oscuridad, el ladrido de un perro, el motor de un auto.

–¡Carolina, por favor –agregó Miguel, acercándose a ella y mirándola a los ojos– date cuenta que yo te quiero. Y te quiero de verdad! ¡Si tú dejas de lado esa muralla que pones entre los dos, y me llegas a conocer, te vas a enamorar de mí!

–¿Tú crees? –respondió Carolina desafiándolo.

–¡Sí, Carolina, estoy convencido! Totalmente convencido.

–¡Está bien, Miguel!

–¿Qué dijiste? –preguntó él anonadado– ¡Repite por favor, lo que acabas de decir!

–¡Que está bien. Me has convencido!

Miguel, en ese momento, no lo pudo creer. Una enorme sonrisa iluminó su semblante, y le dijo a Carolina:

–¡Espérame un ratito! –y se alejó de ella y se puso a correr alrededor del parque en medio de la oscuridad, solo alumbrado por el resplandor de la luna y la luz mortecina que proyectaban los postes. Carolina contemplaba a Miguel con una expresión de asombro y ternura. Cuando volvió a su lado, él mantenía aquel gesto de felicidad.

–¡Estás loco, Miguel! –dijo Carolina, esbozando un mohín.

–¡Lo sé! ¡Ahora deme un abrazo, señorita! –respondió él, con tono risueño.

Carolina dudó un segundo, pero después se dejó llevar y ambos se unieron en un emotivo y prolongado abrazo. Miguel sintió la energía acumulada de sus cuerpos, aquella que habían guardado consigo todos estos

años. Estuvieron así largo rato, no se querían separar. Hasta que en un momento, Miguel apartó el rostro y la miró fijamente. La besó en la frente, luego en los labios. Ella le correspondió.

–¡Vaya que me hiciste sufrir! –le susurró Miguel. Carolina se rio y exclamó emocionada:

–¡Gracias por venir! –Y agregó: –¡Gracias también por hacerme cambiar de opinión!

–Y tú gracias por darme esta oportunidad. ¡No la voy a desaprovechar!

–¡Yo tampoco, Miguel!

Y ambos se besaron nuevamente. Arriba, la luna llena, radiante, contemplaba la escena.